

ADVIENTO-2015/16

(A mis hermanos del grupo “LITURGIA”)

“Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son, a la vez, gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón... No impulsa a la Iglesia ambición terrena alguna. Solo desea una cosa: continuar, bajo la guía del Espíritu, la obra misma de Cristo”. (Vaticano II-Constitución Pastoral “*Gaudium et spes*”, n° 1)

*Dos mil años después de tu venida
te espera nuestro mundo en nuevo Adviento;
solo contigo cobrara aliento
para vivir la tierra envejecida.
Tu eres la luz de la razón perdida,
el agua viva del que está sediento,
el verdadero pan del hombre hambriento;
vencedor de la muerte, eres la vida.
Eres alfa y omega de la Historia
que vive de tu cruz y tu victoria.
Tú descubres al hombre qué es ser hombre
y le ayudas a serlo y lo levantas,
por eso el mundo entero ante tus plantas
confiesa el Nombre sobre todo Nombre.*

En el horizonte de un nuevo año litúrgico, también de un nuevo año de gracia, año de la misericordia, nos situamos en Adviento, es decir en esperanza ante lo que viene y ya ha venido y vamos a celebrar. Cuatro semanas de Adviento nos preparan para la Navidad. Y la Navidad marca toda nuestra vida y nuestra historia. No es una casualidad que desde aquel día, el día en que Dios vino a nuestro encuentro, haciéndose presente en nuestro mundo, ha comenzado la cuenta atrás de la historia y de nuestras vidas al encuentro del Señor, que nos espera con los brazos abiertos, para acogernos en su casa con todos los honores.

El Adviento no solo nos prepara para la Navidad, sino que nos invita a salir al encuentro del Señor que vuelve. Cuatro semanas de Adviento resumen todas las maravillas del Creador, los miles de años de esperanza de patriarcas y profetas, la voz del precursor clamando en el desierto, el silencio amoroso y entregado de la virgen, encinta de Dios. La Navidad nos recuerda que Dios se ha hecho presente en nuestro mundo, que camina con nosotros en nuestra historia, que está presente en nuestras vidas. Y todo eso para hacer posible que nosotros podamos ser felices y caminar sin miedo, con fe, confiando en que el Señor está con nosotros.

La celebración del Adviento nos recuerda un aspecto fundamental de la fe cristiana: su carácter histórico. En este contexto, celebrar el Advenimiento de Jesús, consistirá en descubrir en nuestra sociedad, en la Iglesia y en nuestra vida los signos actuales de la presencia y de la actuación de Dios, iluminados por los textos bíblicos. Un dato común de las venidas del Señor es su imprevisibilidad; nos sorprende y desconcierta; de aquí la necesidad de estar vigilantes. El mensaje que se nos revela en los textos bíblicos de este tiempo es simple: **«Pase lo que pase, debemos tener plena confianza en Dios, que salva siempre».**

En la actual situación caracterizada por el desconcierto y el descontento generalizado, que tiene como consecuencia una profunda crisis de fe y de confianza en las actuales instituciones y estructuras, se precisa que se recupere como una necesidad prioritaria el profetismo, ya que sin profetismo no es posible la esperanza y, a la vez, sin esperanza de que es posible un orden nuevo, no es posible el profetismo.

Creo que esta experiencia de descontento, de falta de credibilidad y de esperanza en las actuales instituciones y estructuras, tal y como funcionan y se muestran ante la opinión pública, en el fondo no es algo negativo, aunque a simple vista tenga un tinte de pesimismo, sino una denuncia profética.

Desde la fe de los profetas, sobre todo, desde el anuncio del Reino de Dios por parte de Jesús, la denuncia profética fundamentalmente va dirigida a que renazca de nuevo la esperanza de los pobres, de los “*don nadie*”. De aquí, el gran interrogante actual: **¿Cómo hablar del Dios de la promesa? ¿Cómo anunciar y comunicar a las “no personas”, a los “don nadie” que son hijos de Dios y hermanos entre ellos y de todos?**

Un paso necesario es desenmascarar, que aflore la injusta situación del pueblo, de la gente sufriente y de quienes se ven excluidos de una vida digna por la dinámica de un desarrollo que favorece solo a los más poderosos. Su opresión y sufrimiento ocultan el rostro de Dios, Padre de todos.

Pero el profeta, hermanos, no solo detecta el pecado del mundo, sino también descubre los signos de la actuación del Dios Amor misericordioso y liberador a favor del pueblo oprimido y excluido. Por eso, una dimensión esencial del profeta, del cristiano es la celebración de Acción de gracias.

DOMINGO PRIMERO DE ADVIENTO

1ª lectura (Jeremías 33,14-16): *Suscitaré a David un vástago legítimo.*

Salmo (24,4bc-5ab.8-9.10 y 14): *«A ti, Señor, levanto mi alma»*

2ª lectura (1ª Tesalonicenses 3,12-4,2): *Proceded así y seguid adelante.*

Evangelio (Lucas 21,25-28.34-36): *Levantaos, se acerca vuestra liberación.*

Dicen los estudiosos que uno de los mayores problemas que tiene el cristianismo en Europa, y por consiguiente la Iglesia Católica, es una cierta apatía generalizada de los cristianos, un estado prolongado de cansancio personal y colectivo..., una falta de ánimo, como si la llama que sostiene su fe estuviera apagándose lentamente, por más convocatorias e iniciativas en pro de una nueva evangelización.

En la casa de cada uno y, en la casa grande de la Iglesia, podemos pintar las habitaciones, arreglar la fachada, reparar el tejado, adornarla, llenarla de cosas, de libros, de normas..., pero necesitamos habitarla y abrirla de par en par para que entren los vecinos..., abrir las ventanas para que entre el aire del Espíritu.

Y de vez en cuando mirarnos en el espejo, para ver nuestro rostro, y también mirar el interior de nuestro corazón. Pero, humildemente, con esa humildad que nos permite acoger la realidad tal como es, sin miedo, sin disfrazarla, sin manipularla. La que nos abre al misterio de Dios y nos permite intuirlo y acogerlo como la presencia más real de la realidad. Esa humildad que nos sitúa con infinito respeto y cariño ante el misterio escondido en la existencia de cada persona.

Necesitamos ejercitar esa doble mirada: mirarnos en el espejo y escudriñar nuestro corazón. El espejo reflejará el aspecto externo de nuestro rostro, y el corazón delatará nuestro estado vital. Ha pasado un año desde la última vez que comenzamos, con toda la Iglesia, la preparación de la Navidad en el tiempo litúrgico del Adviento. Un año puede dar lugar a distintos acontecimientos que han podido cambiar radicalmente nuestra vida o puede seguir en la tónica de “*un día viene detrás de otro*”.

Al miramos en el espejo, puede ser que veamos alguna arruga nueva o tal vez nos haya salido alguna cana más. Las experiencias acumuladas pueden habernos servido para crecer como personas y como cristianos, o quizá no. Nuestra vida está ahí, y es la nuestra; los años pasan y dejan su paso, irrenunciable.

Dando un paso más y pasando de lo exterior a lo interior, al miramos al corazón podemos preguntarnos: **¿Cómo tenemos el corazón? ¿Hemos rejuvenecido o hemos envejecido? ¿Hemos cerrado puertas o hemos abierto boquetes? ¿Hemos dinamitado puentes o hemos lanzado pasarelas? ¿Ha sido un año para las oportunidades o para “cierres por liquidación”?**

«*Levantaos, alzad la cabeza*». El mensaje del evangelio de este domingo puede tomarse al pie de la letra y conducirnos a una lectura tremendista, casi invocando al miedo, o bien puede leerse desde el anuncio de un futuro de liberación que llega de parte de Dios.

Puede ser que algunos oyentes de la Palabra se queden en la primera parte y toda su reflexión gire al cuándo sucederán estas cosas y a la posibilidad de salir libre de ellas. Sin embargo, no caen en la cuenta de que se trata de un lenguaje que quiere poner en pie, llamar fuertemente la atención, «*levantarnos*» de la silla y escuchar el mensaje: “*se acerca el mundo nuevo que esperamos posible, no estamos condenados a una vida sin sentido, vacía o chata, no somos juguetes de un destino inhumano y caprichoso*”.

El espejo puede delatar arrugas que surcan nuestro rostro; el corazón puede estar fatigado, cansado por el peso de los años o por un ritmo intenso; pero la esperanza no depende de uno ni de otro; la esperanza se lleva en el interior de cada uno de nosotros.

El evangelio anuncia la venida de una figura humana que viene de parte de Dios, disipando la reducción de la salvación a las simples fuerzas históricas. Jeremías ya había anunciado que Dios cumpliría sus promesas, y san Pablo pone nombre a esta esperanza: Jesús, el Señor.

Adviento es mirar de frente a la vida y decir “*se puede*”. Se puede no por nuestras fuerzas, tantas veces debilitadas, sino porque Dios es el origen y la meta de nuestra historia; se puede, porque la salvación no es una palabra balsámica para débiles; se puede, porque el sinsentido no tiene la última palabra. Se puede, porque la historia apunta a Cristo, «*en quien todo y por quien todo fue hecho, y hacia dónde camina todo*». También cada una de nuestras historias personales, fueron salvadas por Él.

DOMINGO SEGUNDO DE ADVIENTO

1ª lectura (Baruc 3,1-9): *Dios ha mandado abajarse a todos los montes.*

Salmo (125,1-2ab.2cd-3.4-5.6): *«El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres»*

2ª lectura (Filipenses 1,4-6.8-11): *Así llegaréis limpios e irreprochables.*

Evangelio (Lucas 3,1-6): *Allanad sus senderos.*

Nos obstinamos en hablar una y otra vez de la crisis económica, pero es algo más. Porque no solo andamos atemorizados, agobiados y preocupados por lo que nos ha sucedido o nos pueda suceder, sino porque estamos desorientados, sin saber que hacer o por donde salir. Demasiados recortes a diestro y siniestro, cuando lo importante, lo inaplazable, es cortar por lo sano. No solo anda mal la economía; anda mucho peor la ética, la honestidad, la honradez, los valores, los derechos humanos. Y de eso hablamos muy poco, demasiado poco.

La crisis, en opinión de muchos, ha puesto sobre el tapete cuestiones urgentes y escandalosas, tales como el despilfarro del dinero público en obras discutibles e innecesarias (aeropuertos, palacios de congresos, etc.); la atribución de sueldos, honorarios y blindajes del futuro de personajes, que exceden con mucho los límites de lo lícito y razonable (banqueros, políticos, jefes empresariales y sindicales); la especulación inmobiliaria y financiera de algunas entidades bancarias (créditos e hipotecas sobredimensionadas y con cláusulas arbitrarias); el aumento incontrolado de unas estructuras administrativas, que no solo complican la vida, en vez de facilitarla, sino que resultan insostenibles de financiar con recursos escasos (enchufismo en puesto de la administración, colocaciones a dedo en entidades culturales ¿sin ánimos de lucro?), etc., etc.

En esta coyuntura no nos vendría mal prestar atención a las recomendaciones del profeta que habla de allanar el camino, rebajando montañas, rellenando abismos, enderezando entuertos. Y es que hay que rebajar los humos de los que no se conforman con nada, desmontar los entresijos que se hacen para apropiarse de millones, como también hay que rellenar el vacío que sufren los millones de seres humanos sin trabajo, sin medios, sin esperanza. Y, claro está, hay que enmendar lo hecho.

En medio de la frustración que lleva consigo la experiencia del destierro en Babilonia, el profeta llama al pueblo a la esperanza, invitándole a ponerse en pie, subir a lo alto y descubrir en el horizonte signos de cambio. En un lenguaje poético, el profeta habla de rebajar los montes, rellenar baches y allanar el camino para emprender la marcha de la liberación. Fueron llevados a la fuerza, derrotados, vencidos, humillados, pero van a volver con alegría, porque el Señor ya está viniendo en su ayuda.

Una situación semejante aqueja al pueblo de Dios, sometido al imperio de Poncio Pilato y las órdenes del poder religioso de Anás y Caifás, y de nuevo la palabra de Dios viene sobre el profeta para suscitar la esperanza y levantar el ánimo. Sus orientaciones son las mismas: Hay que rebajar montañas, hay que eliminar baches, hay que enderezar entuertos, hay que empezar por hacerse cargo de la situación y asumir la propia responsabilidad, **¡ya!**

La palabra que escuchamos no es solo palabra de Dios para aquel tiempo, sino también para este tiempo, para nosotros, hoy, aquí y ahora, aquejados y agobiados por la crisis. Y Dios, cuando habla no habla por hablar, sino porque quiere decirnos algo. No habla para que todo siga igual sino para que las cosas vayan a mejor, por eso nos llama a nosotros, porque cuenta con nosotros para la tarea.

No habla para agobiarnos, sino para levantarnos el ánimo. Porque su palabra, no es solo invitación, es promesa y garantía de éxito. Y su palabra pide primero nuestra conversión. Nada podemos cambiar si no empezamos por cambiar nosotros. Y tenemos que empezar por cambiar y convencernos de que podemos hacer mucho con la ayuda de Dios y, también con nuestro esfuerzo.

Ante la crisis, ante los problemas que nos ha tocado vivir y compartir, podemos inhibirnos pensando que no va con nosotros, porque *“nosotros estamos bien”*, incluso podemos relajarnos, esperando que sean otros (los poderes públicos, políticos y financieros) los que resuelvan los problemas.

Pero también podemos sentirnos aludidos y comprometernos, y, en la medida de nuestras posibilidades y con nuestros medios, tomar la iniciativa y junto con otros, contribuir a resolver lo que a todos nos afecta. Nadie puede presumir que él tiene la vida resuelta, porque la vida nos enreda a todos y hace que todos dependamos los unos de los otros. Por eso la única salida se llama solidaridad.

INMACULADA CONCEPCIÓN

1ª lectura (Génesis 3,9-15.20): *Ella herirá tu cabeza.*

Salmo (97,1.2-3ab.3c-4): *«Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas»*

2ª lectura (Efesios 1,3-6.11-12): *Él nos eligió en la persona de Cristo.*

Evangelio (Lucas 1,26-38): *Alégrate, llena de gracia.*

La fiesta de la Inmaculada se celebra en medio del Adviento y, de esta forma, aparece como Santa María de Adviento, como la virgen de la esperanza. La liturgia recoge en la primera lectura la promesa que Yahvé hace después de la caída de los primeros padres. La Tradición ha interpretado este texto enigmático y lo ha llamado “*protoevangelio*” de lo que será el auténtico Evangelio, la verdadera Buena Noticia que Jesús nos traerá.

Esa mujer tantas veces representada en las “*Purísimas*”, que hiera en la cabeza de la serpiente, es un símbolo de la victoria de María sobre el poder del maligno. En ella se ha hecho plena realidad esa Buena Noticia de Dios y los valores del Reino pueden reinar en el corazón del ser humano.

En este tiempo de noche oscura provocada por la crisis, la figura de María Inmaculada brilla como estrella, como señal, como promesa, que nos invita a confiar, como ella, en la Palabra de Dios, y que abramos los ojos para captar su presencia amorosa y liberadora en nuestro mundo, que se va transformando poco a poco, invirtiendo los valores, como canta el Magnificat. Cuando el ser humano sufre una crisis profunda, siempre aparece una mujer como signo de victoria y promesa de vida. Todas las grandes promesas pasan por la mujer.

La historia de la salvación, está llena de ellas. El Antiguo Testamento se abre con **Eva** la primera mujer, en constante lucha contra la serpiente (símbolo del mal en todas sus dimensiones): *«pongo hostilidad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo; ella herirá tu cabeza cuando tú hieras su talón»* (Génesis 3,15). Con **Sara**, esposa de Abrahán (padre de innumerables pueblos): *«El Señor se fijó en Saray, como había dicho y cumplió lo que le había prometido. Ella concibió y dio un hijo al viejo Abrahán en el tiempo que había dicho Dios»* (Génesis 21,1).

Continúa con **Débora**, profetisa, casada con Lapidot, gobernaba a Israel y los israelitas acudían a ella para arreglar sus litigios, luchó contra Sísara (general cananeo) en Cades junto a Barac: *«¡Vamos! Que hoy mismo pone el Señor a Sísara en tus manos. ¡El Señor marcha delante de ti!... Aquel día Débora y Barac, entonaron un canto de victoria a Jahvé»* (Jueces, 14,4); con **Manoa**, esposa de Manoj, de la tribu de Dan, madre de Sansón: *«Eres estéril y no has tenido hijos. Pero concebirás y darás a luz un hijo... No pasará la navaja sobre su cabeza, porque el niño estará consagrado a Dios desde antes de nacer. Él empezará a salvar a Israel de los filisteos»* (Jueces 13,3); con **Ana**, mujer de Elcaná, madre del profeta Samuel: *«Señor, por tu vida, yo soy la mujer que estuvo aquí, junto a ti, rezando al Señor. Este niño es lo que yo pedía; el Señor me ha concedido mi petición. Por eso yo se lo cedo al Señor de por vida, para que sea suyo»* (1º Samuel 1,27). Sigue con **Abigail**, esposa de Nabal, inteligente y sensata, aliada de David (1º Samuel 25); con **Judit**, viuda de Manasés, la heroína de Betulia fue quien cortó la cabeza a Holofernes, General de Nabucodonosor; con **Ester**, huérfana de Abjail, tío de Mardoqueo que la adoptó como hija; casó con Asuero rey de Persia y consiguió la liberación de su pueblo; y culmina con **María**, la mujer-virgen que da a luz al Emmanuel, señal también de victoria contra los enemigos del pueblo.

En el Nuevo Testamento, protagonizan el evangelio de la infancia, dos mujeres: **Isabel** y **María**: *«Por aquellos días, María se puso en camino y fue de prisa a la montaña, a una ciudad de Judá. Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Y cuando Isabel oyó el saludo de María, el niño empezó a dar saltos en su seno»* (Lucas 1,39-41). En el calvario al pie de la cruz: *«Muchas mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea para asistirlo, contemplaban la escena desde lejos. Entre ellas, estaban María Magdalena y María, la madre de Santiago y José, y la madre de los Zebedeos»* (Mateo, 27,55-56). Las mujeres fueron también los primeros testigos de la resurrección y las que comunicaron la noticia a los discípulos: *«El domingo por la mañana, muy temprano, antes de salir el sol, María Magdalena, acompañada de otras mujeres, se presentó en el sepulcro. Cuando vio que había sido rodada la piedra que tapaba la entrada, se volvió corriendo a la ciudad para contárselo a Simón Pedro y al otro discípulo a quien Jesús quería tanto»* (Juan 20,1-2). Y en Pentecostés también se encontraban presentes.

Y hoy día están adquiriendo protagonismo, sin duda, interesante; es todo ese movimiento de la mujer que algunos califican como uno de los “*signos de los tiempos*”. Y, por fin, se termina con la mujer coronada de estrellas, en lucha contra el dragón que concentra todo el poder del mal.

Así, la Inmaculada quiere decir que el pecado en su raíz puede ser vencido. Quiere decir que la historia camina hacia su liberación y plenitud. La promesa de Dios sigue en pie, podemos esperar *«un cielo nuevo y una tierra nueva donde reine la justicia»* (2º Pedro, 3,13). La celebración de la fiesta de la Inmaculada es una invitación, como María, a crecer, confiar y actuar en consecuencia. El mal y el sufrimiento causado por las graves injusticias, puede poco a poco, ser superado.

La Inmaculada Concepción fue proclamada como dogma de fe por Pío IX en 1804. Es interesante recordar que será, sobre todo, la fe del pueblo sencillo, la que proclamará a María como la «sin pecado» antes que el Magisterio oficial lo proclamase como dogma de fe.

DOMINGO TERCERO DE ADVIENTO

1ª lectura (Sofonías 3,14-18a): *El Señor ha cancelado tu condena.*

Salmo (Is 12,2-6): *«Gritad jubilosos: “Qué grande es en medio de ti el Santo de Israel”»*

2ª lectura (Filipenses 4,4-7): *Estad siempre alegres en el Señor.*

Evangelio (Lucas 3,10-18): *No merezco desatarle la correa de sus sandalias.*

No podemos decir que estos últimos años hayan sido fáciles, sobre todo para las personas que han visto caer muchos de sus sueños de futuro y han tenido que adaptarse a vivir con menos y peor, o con apenas nada y tentados por la desesperación. Los recortes y la forzosa reducción del estado de bienestar afectan a la sociedad española, que, además, se había acostumbrado a un ritmo de consumo incontrolado.

Este es un buen caldo de cultivo para que emerja un buen número de mesías y propuestas salvadoras de todo tipo: desde los expertos y televisivos economistas hasta los echadores de cartas con mágicas recetas para encontrar trabajo. Todos nos preguntamos *«qué tenemos que hacer»* y, de un modo casi inmediato, nos responden y acosan los dadores de respuestas fáciles y soluciones mesiánicas, ya sea con explicaciones técnicas o con aquellas otras mágicas que, sin embargo, no nos sirven ni siquiera para tranquilizarnos.

Frente a esta tentación, no nos podemos quedar en casa con los brazos cruzados, pues hemos de preguntarnos una y otra vez que tenemos que hacer, pero sin suponer que la solución será sencilla. Cada uno de nosotros, ciudadanos cristianos, somos parte de una solución que, aparte de nuestra aportación caritativa o una mera resignación pasiva, exige mucho más. La lucha por la justicia social, como proclamaba Juan por las riberas del Jordán, es una necesidad que los tiempos nos exigen.

La justicia social es un deber cristiano de primer nivel, que no deberíamos de dejar en otras manos, como ya hemos hecho demasiadas veces como ciudadanos. Nuestra democracia representativa lamentablemente es un buen mecanismo para eximirse de responsabilidades. El cristiano, sin embargo, sabe que la injusticia llama directamente a su puerta, y que el Evangelio no guarda otra puerta trasera por la que escabullirse de ella.

El principio de la caridad, frente a la vida cristiana y también de la Doctrina Social de la Iglesia, interpela a cada uno desde el fondo de nuestra experiencia presente y de nuestro compromiso creyente.

El Adviento es un tiempo litúrgico y vital que está presidido por un fuerte sentimiento de esperanza. Hay muchas formas de esperar, y la esperanza cristiana no es, por tanto, vacía o indefinida, sino que su sentido radica en la Natividad de Jesús de Nazaret. Su nacimiento es un nuevo génesis en la historia y, como el primero, va precedido por un tiempo de oscuridad y desconcierto. En él predicaba Juan, como leemos en el evangelio de Lucas.

El tiempo de claroscuros y esperanzas que representa el Adviento no es momento para la inacción. Si las situaciones injustas (de desigualdad económica, de desempleo, de empobrecimiento de los más pobres y de corrupción de los poderosos) oscurecen nuestro presente, este puede clarear con nuestras acciones a favor de la justicia olvidada. Tal y como respondía Juan a la gente que le preguntaba.

Cada uno tiene su propia responsabilidad y capacidad para cambiar las cosas, en lugar de atender ingenua o egoístamente a que otros lo hagan en nuestro lugar. Juan insta al que tiene a repartir lo suyo entre quienes lo necesitan; o al que detenta un cargo a que no se beneficie de él sino que lo ejerza con honestidad. Todos hemos de atender a la justicia, y cada cual según su situación y su capacidad.

Pero, si bien Juan era ante todo un defensor de la justicia y pregonero de una ética radical, sabía que esta no era suficiente, ni tampoco lo más importante. Nuestras acciones son necesarias pero no el sustento de nuestra esperanza. El agua del Jordán limpiaba y servía para dar claridad a las conciencias ensombrecidas de las gentes, pero ninguna ética da sentido auténtico a la vida. Este proviene de una fuente que mana más fuerte; un fuego que no solo limpia sino que purifica y regenera; no del agua que tan solo sacia sino del Espíritu que renueva.

Por eso la auténtica predicación de Juan, y de todo cristiano que confía en Dios, no es solo un conjunto de acciones prácticas –la de una ética propia– sino la que proclama una novedad absoluta para nuestras vidas: la venida de uno más fuerte, de un *«salvador poderoso»*, como anunciaba también Sofonías, que transforme todo lo viejo en nuevo, toda temible oscuridad en claridad luminosa.

En el horizonte de la esperanza cristiana no se halla únicamente un *“cambio de sentido sino el sentido del cambio”*. La presencia de Dios entre nosotros, su venida prometida e inmediata, nos da la paz y la alegría que nuestras luchas por la justicia por sí solas no lograrán alcanzar.

Como muy atinadamente lo expresa san Pablo en la segunda lectura de hoy, *«la paz de Dios supera cualquier razonamiento»*: todos los esfuerzos de la razón y las acciones bien razonadas para afrontar este tiempo de dificultades sociales y económicas son muy necesarias; pero nuestra esperanza tiene que aguardar la novedad radical, una fuente más fuerte de paz y alegría para todos.

DOMINGO CUARTO DE ADVIENTO

1ª lectura (Miqueas 5,1-4a): *Este será nuestra paz.*

Salmo (79,2ac y 3b.15-16.18-19): *«Oh Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve»*

2ª lectura (Hebreos 10,5-10): *Aquí estoy yo para hacer tu voluntad.*

Evangelio (Lucas 1,39-45): *¡Bendita tú entre las mujeres!*

Como todos conocéis, mi hija Camino me acaba de hacer abuelo. No es que esto sea una novedad para mí (es el quinto de mis nietos) pero para mi hija, primeriza, si ha sido todo nuevo y, aunque ahora se conocen casi todas las cosas al respecto, crecimiento del feto, su ubicación en el interior de la madre, su sexo, peso y medida, etc. El paso de las semanas es una maravilla humana que permite a personas observadoras contemplar el proceso de la vida en los primeros meses; y no tanto en los hijos como en la madre y el padre.

Llevar dentro de tu ser una vida nueva es... como engendrar cualquier proyecto humano que merezca la pena; sentir cómo va creciendo, cómo va para adelante con lo que tú y los demás le van aportando, cómo preguntan los que observan desde fuera por sus avances y por sus dificultades, cómo, en definitiva, hay muchas personas preocupadas por esa historia tan pequeña que está empezando a ser.

Las que mejor procuran nuestra dicha son ellas, las madres que día a día sienten crecer dentro de ellas una vida nueva que dará sentido de plenitud a la suya propia. Lo muestran en su propio cuerpo, que se va engrandeciendo, y en su rostro, que cada día es más bello. Los padres, auténticos promotores también de este proyecto de vida y para la vida, nos ayudan a darnos cuenta de lo importante que es colaborar, no desentenderse de nada de lo que emprendemos con otras personas y seguir apoyando todos los proyectos que dan sentido a nuestra propia vida; precisamente porque no se quedan en nosotros mismos sino que ayudan a otras personas a crecer y a llegar a ser protagonistas de su propio desarrollo.

Padres y madres esperan con ilusión la llegada de alguien que saben, de antemano, que les va a cambiar la vida. Y **¡no saben hasta qué punto!** El tiempo y el espacio en sus vidas, se va a trastocar; lo que llega va a necesitar todo el tiempo del mundo, ella es lo prioritario; así mismo va a ocupar todos los espacios por la noche, por la mañana, por la tarde, llenando con sus cosas y sus “cacharros” toda la casa. Camino y Javier, **¡qué fortuna la vuestra!** Al haber engendrado a Marina. **¡¡Felicidades!!**

La proximidad de la Navidad nos hace pensar que muchas personas lo pasan fatal porque hay niños que se van a quedar sin regalos; son menos las personas que sufren porque son muchos también los que se quedarán sin celebrar el misterio de la Navidad, la Encarnación de Jesús, el Hijo de Dios. En el mejor de los casos les repetiremos la “historia” del Niño que nació en un pesebre de Belén, pondremos un adornado árbol en casa, nos juntaremos con la familia, nos desearemos “feliz año nuevo”, jugaremos a la lotería de “la salud que no falte”, y, posiblemente, daremos alguna limosna a Cáritas para tranquilizar nuestra conciencia y así justificar el derroche de tantos gastos innecesarios. Las vacaciones que tienen los pequeños marcan lo que se hace en estas fiestas; ellos dicen que se aburren debido a la falta de un tiempo programado como cuando acuden al colegio. Este puede ser un buen tiempo para hacerles descubrir temas como el de la “gratuidad” (Jesús se encarnó porque nos quería); el de la “creatividad” (preparar regalos para el resto de la familia) y el de la “solidaridad” (reservar algo de lo nuestro para los demás).

En los escasos quince días que dura el tiempo litúrgico de Navidad se celebran tres fiestas y casi siempre, dos domingos. Lo habitual es quedarse en los ritos y hacerlo en familia y con personas mayores. No está mal. Pero estaría bien que fuésemos capaces de plantearnos celebrarlo con la comunidad cristiana, creyentes de todas las edades, en un día que nos fuese bien a la mayoría: celebrar el misterio de la encarnación y el **¿dónde encarnamos nosotros, en nuestro mundo, la fe en Jesús?**

Como les invitaba Jesús a sus discípulos. *«los que no están contra nosotros están a favor nuestro»*, también nosotros debemos analizar, discernir y participar en la transformación necesaria para una sociedad más justa y fraterna con todas las personas que buscan una sociedad más humana y son capaces de poner sus valores materiales y personales al servicio de los más desfavorecidos, como hizo el Maestro de Nazaret.

La comunidad de Jesús ha de afrontar, como asunto que le es propio, el abandonar este modo de vivir imperante y ofrecerá a todas las personas que se acerquen a ella un estilo de vida austero, fraterno y solidario con los que no tienen lo imprescindible para llevar una vida, digna de llamarse humana, que incluya el compartir y compartirse con los otros.

Juan Bautista marchó al desierto (silencio y encuentro con la verdad de Dios) para preparar la realización con otras personas la misión encomendada. María se va a la montaña de Judá a echar una mano a Isabel: *«¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?»*, mujer mayor en situación “embarazosa”, para sentirse viva sirviendo y habitada por la Vida creciendo.

¿Cómo preparamos nosotros el advenimiento de Jesús a nuestra vida?, ¿a nuestra relación colectiva con las personas de nuestros grupos?, ¿al servicio cotidiano en la sociedad que hacemos mejor entre todos? y ¿al desarrollo de la Iglesia más evangélica y pobre que todos anhelamos? ¡Feliz Navidad!, con el deseo de que seáis protagonistas de vuestra vida a lo largo y ancho del año nuevo.

LA NATIVIDAD DE JESÚS

1ª lectura (Isaías 52,7-10): *Trae la Buena Nueva.*

Salmo (97,1.2-3ab.3cd-4.5-6): *«Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios»*

2ª lectura (Hebreos 1,1-6): *Nos ha hablado por su Hijo.*

Evangelio (Juan 1,1-18): *Y la Palabra se hizo carne.*

La Navidad es nacimiento, esperanza, amor y vida... pero su celebración repetida puede hacernos perder su novedad. Cada tiempo es distinto, cada generación es diferente, cada circunstancia es nueva, y la luz que irradia Dios alumbraba siempre de un modo nuevo, auténtico y distinto.

Es la novedad del amor y la grandeza del Dios empujado y apasionado por la humanidad, por amor. Nada queda sin su luz. Solo es necesario recibirla y reconocerla. La Navidad expresa la experiencia básica de la fe: Dios está a nuestro lado.

Navidad es Dios con nosotros... en un pesebre. De la pobreza surge la luz que ilumina a todo hombre. Es la autenticidad de Dios. Que nada oculte ni disimule la grandeza de este nacimiento. **¡Pocos lo descubrieron!** Pocos miraron en la parte de atrás de la posada, junto a los animales. Pocos pensaron que Dios nacería en la miseria. Solo los necesitados y los que, en medio de la noche, buscaban una luz que iluminase su existencia.

El nacimiento de Dios se sigue dando en la humildad y la sencillez. En las acciones básicas y solidarias que buscan el bien de la persona. En los gestos utópicos de indignación que promueven un mundo más fraterno. En los gritos de denuncia ante las injusticias. En las palabras que rompen barreras ideológicas para promover encuentros entre los diferentes. Son otros pesebres que iluminan nuestro mundo y que nos hablan de Dios.

Muchos no sabrán reconocerle y seguirán caminando en medio de la noche. No vivimos tiempos fáciles. Buscamos luces, indicadores y referencias que nos marquen el camino. La claridad volverá a venir de un pesebre: sencillo, discreto, silencioso... pero eficaz. Allí nace el amor, la compasión, la solidaridad y la utopía. Allí nació Dios y sigue naciendo la esperanza de nuestro mundo. La Iglesia, comunidad de fe, abre los ojos para reconocer, en medio de los signos de los tiempos, esta presencia de Dios. Ojalá, en medio de la noche sepamos reconocerlo.

Dios ha plantado su tienda entre nosotros. Su presencia es permanente y transforma la realidad. En medio de la noche hay una luz que ilumina. En el bullicio escuchamos un mensajero que anuncia la paz. Es Dios con nosotros, el Emmanuel. Este año la Navidad vuelve a suceder y nos sorprende. Dios sigue naciendo y haciéndose presente en nuestra vida y en nuestro mundo. Él nace y abunda la esperanza. Es la Buena Noticia, la mejor de las noticias.

Dios ha pronunciado una palabra de salvación y de vida. Su Palabra es Jesucristo. Aquel que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el mal. Aquel que perdonó a los pecadores, curó a los enfermos, resucitó a los muertos y nos invitó al cambio de vida. La Palabra de Dios se ha expresado en la vida y en el corazón del mundo. Desde los caminos de Galilea a las regiones que padecen hambre y violencia, desde las familias que pasan necesidad a los lugares donde la noche se cierra... Allí la Palabra de Dios se escucha con más claridad. Solo hay que detenerse, acercarse y escuchar.

La Palabra de Dios transforma los corazones y la realidad. Desde la precariedad y la pobreza de un pesebre llega la salvación al mundo. También hoy, en medio de las situaciones de precariedad, de crisis y de pobreza, descubrimos la luz de la esperanza. Son los esfuerzos por el bien común, es la solidaridad que se hace gesto concreto, es el trabajo por la justicia, es la atención por los más débiles.

La Palabra de Dios se llama compasión y dedicación al prójimo. La Palabra de Dios es entrega y gratuidad. La Palabra es Jesucristo, presente hoy, con nosotros. Así nos lo recuerda la campaña de Navidad en la que Cáritas nos llama la atención ante tantas situaciones de dificultad y ante tantos rostros ensombrecidos.

La comunidad cristiana es Palabra de Dios. Los cristianos estamos llamados a conjugar esa Palabra en donde estemos, en medio de nuestros ambientes. A ser portadores de luz y de paz. Mensajeros de justicia. Voceros de amor. Reflejo de un Dios que sigue naciendo hoy y que nos da una nueva esperanza.

La Palabra de Dios vuelve a ser proclamada con nuestra vida, allí donde estamos cada uno y donde se hace presente la comunidad cristiana. Una Palabra que todos han de entender con nuestras acciones, con nuestros sentimientos, con nuestras actitudes y nuestra voz... que todos sientan que Dios sigue naciendo y compartiendo nuestra vida hoy.

LA SAGRADA FAMILIA

1ª lectura (1º Samuel 1,20-22.24-28): *Este niño es lo que yo pedía.*

Salmo (83,2-3.5-6.9-10): *«Dichosos los que viven en tu casa, Señor»*

2ª lectura (1ª Juan 3,1-2.21-24): *El mundo no nos conoce.*

Evangelio (Juan 2,41-52): *Jesús iba creciendo.*

En su experiencia familiar Jesús de Nazaret tuvo la suerte de contar con María y José (es lo que llamamos “Sagrada Familia”), dos personas que se desvivieron por Él para darle vida. Sin embargo, la familia institución tal como la conocemos, es la relación de personas a lo largo de su existencia histórica, desde la concepción hasta la muerte y su valor e importancia radica en el servicio y la ayuda que se tienen y prestan.

Pero las personas no somos siempre iguales. Cambiamos, y mucho, a lo largo de la vida. Este es un proceso continuo de crecimiento, de desarrollo y maduración para mantener un equilibrio con todas las dimensiones que nos constituyen, porque somos personas individuales pero abiertas a la relación con todo: con los demás, con el trabajo, la escuela, la sociedad, los amigos...

Equilibrar, darle un sentido de balance, de buen rollo, a todo ese mundo, es muy difícil y requiere una larga preparación en un ambiente de confianza, seguridad y estabilidad que no provoque grandes traumas, que no genere tensiones graves, porque el mundo de las relaciones se resiente y, si las tensiones se hacen permanentes, el desequilibrio también.

Ahí es donde la familia adquiere un protagonismo vital, porque aporta el mejor ambiente para desarrollarse en equilibrio con todas las dimensiones de la persona en todo su proceso de crecimiento. El marco de estabilidad afectiva, la confianza para manifestarse en libertad, la seguridad del afecto, la garantía del amor incondicionado por encima de las propias limitaciones y defectos.

El contar con el apoyo de quien me quiere ante una nueva etapa con la sensación de riesgo conforma, todo un marco que permite asomarse al exterior e iniciar contactos con lo extraño o diferente, convencido de tener un lugar seguro de refugio y desahogo. La familia va preparando para realizar esos contactos con todas las dimensiones importantes, aunque, a veces, olvida la dimensión religiosa, que es la dimensión de lo indecible pero si, contagiante.

Si la familia es el ambiente que hace posible la apertura de las personas, sería bueno que se preparara a la apertura con quien es el horizonte más profundo y amplio de la vida, la relación más gratificante y fortalecedora: Dios.

La familia es, fundamentalmente, relación. Desde su inicio es un conjunto de relaciones entre sus miembros que tratan de desarrollar unas cualidades que les preparen para otras relaciones y que les sean gratificantes en sí mismas. De hecho, una costumbre muy deseada en las tradiciones familiares son las reuniones de Navidad, que permiten tomar contacto a sus integrantes, aunque requiera enormes esfuerzos de desplazamiento. Lo importante es reunirse y estrechar lazos, cultivar el sentido de familia que reuniéndose crea lazos fuertes y sentimientos profundos.

Al buscar lo más propio de esta institución podemos pensar que es el mutuo entendimiento el que hace posible ese milagro de unión de padre e hijos, pero, con frecuencia, escuchamos que los hijos no entienden a sus padres, y a estos les cuesta entender algunas decisiones y actitudes de aquellos.

Lo mismo ocurre con la confianza, esa cualidad que rige el ambiente familiar y permite a los hijos dejar en la puerta las reglas de cortesía y acogerse a la espontaneidad de quien se sabe querido sin merecerlo. Los padres, buenos conocedores de sus hijos, tienen dudas sobre el comportamiento que pueden esperar de ellos. Otro tanto cabe decir del amor: encuentra en la familia su espacio ideal y refleja la incondicionalidad con que los padres aman a sus hijos que, a su vez, necesitan sentir esa sobreabundancia amorosa y saber que los corazones y las puertas de este grupo no se cerrarán, para, así, vivir con la confianza de sentirse respaldados y aceptados.

La familia es experiencia de relación con todos esos ingredientes que no siempre se dan a la perfección pero que, vividos con cierto nivel de preocupación de los unos por los otros, es experiencia y escuela de comprensión, de tolerancia, de amor concreto y real, de compromiso y tarea por ayudar a los otros a ser más personas, cosa que está en relación con ser más hermanos, más familiares.

La familia es la mejor catequesis y experiencia de Dios, porque en ella palabra y experiencia van unidas; y el niño, desde muy pronto, puede sentir que hay una dimensión que le aporta profundidad vital y personal a la vez que le despierta un sentido de fraternidad solidaria, tolerante, perdonadora y acogedora con otros y le abre a unos horizontes inmensos de futuro, de esperanza, de ánimo, porque le muestra la enorme tarea que hay más allá de nuestros muros y límites.

La familia es quien mejor hace sentir a Dios desde la relación que siembra y cultiva, desde el contacto que provoca con Él. Es la que puede hacer sentir y entender a Dios como Padre-Madre que acoge, perdona, acepta y anima.

SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

1ª lectura (Números 6,22-27): *El Señor se fije en ti y te conceda la paz.*

Salmo (66,2-3.5.6 y 8): *«El Señor tenga piedad y nos bendiga»*

2ª lectura (Gálatas 4,4-7): *Ya no eres esclavo, sino hijo.*

Evangelio (Lucas 2,16-21): *María conservaba estas cosas, meditándolas en su corazón.*

Hoy es un buen día para comenzar, y no solo el año. Para iniciar, por fin, aquello que no nos atrevíamos a hacer o para lo que nunca tuvimos tiempo. Puede ser que después nos cansemos, que lo olvidemos, que la vida nos lleve ¡vete a saber por dónde!, pero siempre es saludable dar cabida en nosotros a esa actitud tan positiva que es volver a comenzar. *“Hoy puede ser un gran día”* cantaba Joan Manuel Serrat. **¡Plantéatelo!**

Las riendas de la vida no están en manos de la fatalidad sino, en lo que a nosotros nos toca, en las nuestras. Podemos dejarnos arrastrar por la sucesión de los días y los años en actitud cansada y resignada o, por el contrario, afrontarlos como lo mejor que nos toca vivir. **¡Qué diferencia de actitud!** La primera está cerca de la depresión y del diván del psicólogo; la segunda, de la gente que sabe vivir, que quiere vivir, que sabe saborear la vida.

Siempre es posible. Pero no todo es posible con cada edad. A cada edad su compás, como en la música. Unas puertas se cierran pero otras se abren. La sociedad actual idolatra todo lo joven y encumbra el triunfo. Consecuencia de ello es la tentación de pensar que, como ya no somos jóvenes, lo mejor es resignarse y *“quedarse en casa”*.

Las vidas de mucha gente nos invitan a lo contrario. Cicerón escribió *“De senectute”* cuando tenía sesenta y dos años, Miguel Ángel terminó *“El Juicio Final”* a los setenta años, Goethe tenía ochenta y uno cuando puso punto y final a *“Fausto”*. Personas más recientes, como Montserrat Caballé y Plácido Domingo, cantantes de ópera; como Morgan Freeman, veterano actor y Clint Eastwood, actor y director de cine; como tantos otros nos dicen con sus vidas y sus obras cuánto hay en nosotros de capacidad para crear. **¡Nunca es tarde!** Miremos a nuestro alrededor. Numerosos vecinos se lanzan a hacer lo que antes no pudieron.

Comenzar a creer. Si el cristiano no comienza de nuevo y no se recrea al ritmo de Jesús de Nazaret. **¡El que hace nuevas todas las cosas!**, y al paso que demandan los gozos y esperanzas de los hombres de hoy, envejece y muere. Si la vida de los cristianos no se renueva al paso de los años y de los acontecimientos, su fe termina por languidecer, apagarse o mantenerse insignificante en unas normas, en unos ritos, en unas costumbres. Vivimos tiempos nuevos que nos invitan a comenzar.

«¡Que el Señor os bendiga!», hoy y todos los días del año. No necesitamos ningún mérito para ganarnos su bendición. Él es bendición, amor infinito. Que el Señor nos bendiga, que nos ayude a amarnos y valorarnos a nosotros mismos, más allá de lo que dicen o dejan de decir los demás; que nos bendiga en la familia, en la vida de pareja, en la alegría de estar juntos, en la satisfacción de ver crecer a los hijos y a los nietos, que nos bendiga en las relaciones con vecinos y compañeros de trabajo.

Que, juntos, en la pluralidad de ideas, de opciones, de culturas, de razas, de creencias, de nacionalidades, de pensamiento..., Él nos anime a construir una sociedad a medida de todos, como hizo Jesús, bendición de Dios para todo el mundo. Que podamos ver el paso de Dios por nuestra vida. Que nos atrevamos a ver en todos los rostros, la ternura, la solidaridad, la justicia..., el rostro amoroso de Dios.

Dios nunca mira para otro lado, desentendiéndose de la vida de sus hijos. Él nos muestra su rostro, en toda época y circunstancia. También hoy, en una sociedad laica y secularizada. Han cambiado las circunstancias sociales y culturales, está cambiando nuestra conciencia y visión de las cosas, los valores, los apoyos que antes sostenían nuestra fe parecen debilitarse. Pero Él sigue ahí, y nos invita a que le descubramos de nuevo, superando imágenes inadecuadas o falsas que ocultaban su verdadero rostro.

- **¿Cuántos son los conflictos armados entre los pueblos?**
- **¿Cuántos los conflictos provocados por la pluralidad de culturas, de razas, de religiones?**
- **¿Cuántos son los sufrimientos provocados por la desigualdad y la injusticia?**
- **¿Cuántas las familias destrozadas por el desamor?**
- **¿Cuántas las personas que sufren profundamente en su interior?**

Necesitamos la paz. Nuestro mundo precisa la paz, nuestras sociedades requieren la paz, nuestras familias exigen la paz, nuestras vidas personales piden la paz. Los cristianos hemos sido llamados a ser constructores de paz en medio del mundo.

Dios se ha hecho *“uno de tantos”*. Él es el príncipe de la paz. Como María, hemos sido invitados a vivir este acontecimiento, que escapa de todo cálculo humano. Es así como nos bendice a todos, sin discriminación alguna, desde abajo. Es así, en la sencillez, como nos muestra el camino de la paz.

Que **María, Reina de la paz**, ruegue por todos nosotros y por nuestras familias.

DOMINGO SEGUNDO DE NAVIDAD

1ª lectura (Eclesiástico 24,1-2.8-12): *El Creador estableció mi morada.*

Salmo (147,12-13.14-15.19-20): *«La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros»*

2ª lectura (Efesios 1,3-6.15-18): *Él nos eligió antes de crear el mundo.*

Evangelio (Juan 1,1-18): *En el principio ya existía la Palabra.*

La palabra está en horas bajas, desconfiamos de las palabras, decimos que “*se las lleva el viento*”. Estamos agotados por la sobredosis de discursos peyorativos, mensajes incomprensibles y promesas huecas..., cansados de una verborrea que desgasta la ilusión y solo alimenta la decepción: Promesas incumplidas, mensajes confusos y explicaciones vacías... **¿Se han desgastado las palabras?**

Hay muchos profesionales de las palabras, proclamadas o escritas: Periodistas, políticos, actores y actrices, comerciales, maestros, sacerdotes... Es su herramienta de trabajo y el cauce de sus mensajes. Los conocemos; en ocasiones confiamos y otras desconfiamos. Aplaudimos o negamos. A veces escuchamos... otras solo oímos. Damos o quitamos credibilidad. **¿En qué se apoyan las palabras?**

Nos hemos acostumbrado a encontrar palabras que nos den la razón, a cada cuál la suya... hay palabras de todo tipo, para todos los gustos y para todas las opiniones. Palabras que defienden una tesis y palabras que la niegan, palabras que absuelven y condenan una misma realidad, palabras que jalean y/o abuchean al mismo tiempo... somos consumidores de palabras, de nuestras palabras. **¿Todas las palabras son buenas?**

Nos sentimos amos y señores de las palabras, las usamos con libre albedrío, las utilizamos a nuestro servicio, incluso sin código ético ni manual de instrucciones. Usamos palabras erróneas para afirmar cosas inciertas y buscar el beneficio personal. Palabras que no se acompañan de acciones, que están lejos de la realidad y que no comprometen. Son palabras vacías, inútiles y falsas, devaluadas. **¿Podemos vivir sin confiar en las palabras?**

Las palabras son hermanas del silencio, la verdad y la contemplación. Solo así tienen sentido y fuerza. Palabras veraces que nos aproximan al otro. Palabras simbólicas que nos vinculan con lo que expresan. Palabras silenciosas que penetran la realidad. La Palabra de Dios se llama Jesucristo, es su Hijo. Su compromiso por nosotros es absoluto, es Palabra veraz. La Palabra es luz que alumbra la vida. Su Palabra es Vida para todos.

Se ha cumplido el plazo. Dios ha salido de cuentas, **¡ya está aquí!**, entre nosotros... con todos, Universal, sencillo, gratuito, desbordante, accesible. Una vez más nos sorprende y nos desborda. Él nunca nos deja, siempre está. Palabra que se hace carne y vida en la pobreza de un establo y en las pobrezas de nuestra vida.

Dios nunca huye de los márgenes ni evita al pecador... **¡siempre lo busca!** Una vez más Él está con nosotros. El tiempo de Navidad nos ofrece la ocasión para reconocerlo y dirigirnos a Él para contemplarlo y adorarlo, para oír que está próximo a nosotros, para notar que está con nosotros, para sentir que está en nosotros.

Dios es amor que se hace carne, es vida y es historia... Dios nos da su amor que rompe el universo inmaterial para convertirse en bendición concreta y en referencia privilegiada para el camino de quienes se dejan iluminar por Él. Su Palabra no es amenaza ni condenación, no es norma rígida ni consuelo fácil... su Palabra es Jesucristo. Amor entregado y apasionado por todos.

Palabra de salvación y de vida para todos aquellos que se encuentran con Él y se dejan bendecir por Él. Nosotros **«hemos creído en el amor de Dios»** porque nos hemos encontrado con su Hijo que ha dado “*un nuevo horizonte a la vida y una orientación decisiva*” a nuestra vida.

«Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que todos los que creen en Él tengan vida eterna» ^(Juan 3,16). El compromiso y la apuesta de Dios es la vida de sus hijos, es la plenitud de todo lo creado, es el amor como norma de vida. Su deseo es que sus hijos tengan vida... y vida en abundancia.

No nos ha creado para el odio ni para el rencor, no nos ha llamado a la desigualdad ni a la violencia. Él nos ha creado, por amor y para amar. Es la norma y el estilo de vida del creyente, una existencia que se basa en la experiencia del encuentro con Dios y en la certeza de la vida desde el amor con que Él nos ha creado.

Dios nos ha elegido para ser sus hijos y por tanto, para ser hermanos. La contemplación y el encuentro con Jesucristo nos llama a la fraternidad. La convivencia entre las personas es más que un cúmulo de intereses particulares. Es la experiencia de hermandad, es la certeza de que el otro es mi hermano, es parte de mi vida y de mi historia, y ante quien no me puedo desentender.

Navidad es nacimiento, es amor, es vida y comunidad, es familia. Que Dios nos bendiga, que le sepamos adorar cada día, en cada acción y en cada encuentro con el prójimo.

EPIFANÍA DEL SEÑOR

1ª lectura (Isaías 60,1-6): *Caminarán los pueblos a tu luz.*

Salmo (71,1-2.7-8.10-11.12-13): *«Se postrarán ante ti, Señor, todos los reyes de la tierra»*

2ª lectura (Efesios 3,2-3a.5-6): *También los gentiles son partícipes de la promesa.*

Evangelio (Mateo 2,1-12): *Y cayendo de rodillas lo adoraron.*

Para preparar mi reflexión lo primero que hago es leer los textos litúrgicos, porque es la Palabra de Dios la que debe orientarla. Quiero detenerme en los primeros versículos de la lectura del profeta Isaías: *«¡Levántate, brilla, Jerusalén, que llega tu luz; la gloria del Señor amanecerá sobre ti! Mira: las tinieblas cubren la tierra, la oscuridad los pueblos, pero sobre ti amanecerá el Señor, su gloria aparecerá sobre ti; y los pueblos caminarán a tu luz»*. En nuestros días, sentimos esa misma situación: luz y gloria, tinieblas y oscuridad. Y en el horizonte, el deseo de caminar a la luz del Señor.

Hace ya mucho tiempo que dura la crisis que nos tiene agobiados, doloridos e indignados. Las medidas económicas y sociales, tomadas por el gobierno, para superar la crisis, dicen que nos están sacando del pozo, que ya hay signos de esa recuperación. Los terribles recortes a entidades dedicadas a cuidar de los más débiles, han afectado muy duramente a los más desfavorecidos y las migajas que caen de algunas mesas (Cáritas, Voluntariado, y entidades de atención al necesitado) no son suficientes, para llegar a tantas personas, necesitadas de atención, de cariño y de respeto a su dignidad.

No dudamos de que los recortes sean necesarios. Pero los datos que nos muestran las redes sociales, de fraude fiscal, de negocios faltos de ética, de sobresueldos y retiros astronómicos, de gastos fastuosos e innecesarios, nos enseñan que, no han sido todo lo justo que debieran y demuestran que la situación, para unos pocos, ha sido luz y gloria, mientras que para la inmensa mayoría, oscuridad y tinieblas.

Ante esa situación, la Iglesia además de compartir los gozos y esperanzas, angustias y tristezas de los afligidos, somos y debemos ser solidarios con los que sufren. Con ello, no hacemos sino seguir los pasos, los gestos y la luz de nuestro Señor. Porque, tú y yo no estamos libres de pecado. Participamos de las tinieblas y oscuridad que nos han llevado a esta situación. Tal vez nos dejamos conducir a un consumismo compulsivo, más allá de nuestras posibilidades. Pese a todo, caminemos sembrando luz y esperanza con nuestros gestos proféticos de justicia y compasión, unidos a todos cuantos existen en nuestros pueblos y ciudades.

La luz de Dios quiere iluminar y conducir la vida de todos los hombres. Esa luz es un hermano nuestro. Se llama Jesús de Nazaret. Él es la luz verdadera que ilumina a todo hombre. El que le sigue tiene la luz de la vida. Si damos con Él, nuestras vidas, como la de los Magos, transcurren ya por otro camino. Con Jesús, la paz inunda el corazón de muchos hombres que se sienten amados por Dios. Junto a su cuna hemos cantado villancicos, y nos hemos deseado paz y felicidad.

La fiesta de hoy es la manifestación de Dios a todos los hombres. Dios ha venido para todos. Los “*Magos de Oriente*” son, todos los que viven más allá de las fronteras de Israel, más allá de aquellos que se creen “*pueblo elegido*” y exclusivo de Dios. Los “*Magos*” son los “*gentiles*” de quienes habla san Pablo. También ellos son *«partícipes de la Promesa en Jesucristo»*. Es el misterio escondido en otros tiempos, y que el Espíritu ha manifestado ahora y que se sigue anunciando cada día. **DIOS ES DE TODOS Y PARA TODOS.**

El mensaje de Epifanía tiene unas exigencias. Los creyentes debemos ser consecuentes con ellas. Debemos estar dispuestos a salir de nosotros mismos para buscar a Jesucristo, nuestra luz. Salir de casa y buscar a Dios, como el místico busca al amado de su alma. *«Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro»*, canta el salmista, y nosotros con él. *«Búsqueda de Dios en el hondón del alma»* ^(santa Teresa), y en el clamor de los empobrecidos ^(Mt 25,31-46).

Hay también unas exigencias de relaciones entre los pueblos, que piden una voluntad y un compromiso político, en el que los creyentes también estamos implicados. Son muchas las naciones que viven todavía en sombras de muerte, y la oscuridad se abate sobre pueblos enteros. *«Los pueblos hambrientos interpelan hoy, con acento dramático, a los pueblos opulentos. La Iglesia sufre ante esta crisis de angustia, y llama a todos para que respondan con amor al llamamiento de sus hermanos»* ^(Pablo VI.-Populorum progressio-3).

El nacimiento de Jesús sobresaltó a Herodes. Hoy los poderosos de este mundo imponen su tiranía y decisiones, hundiendo a pueblos y familias en el hambre y la desesperación. Los que decimos haber visto la estrella de Dios no podemos esconder la luz, sino ponerla en el candelero para que alumbre a todos los hombres, y den gloria al Padre del cielo. Es necesaria y urgente una acción política que lleve paz y justicia a los pueblos empobrecidos.

Así, la paz en la tierra, el canto de la Navidad, se transformará en un canto universal, que es el sentido auténtico de esta Fiesta. Si no, un año más, nuestros cantos estarán vacíos y sus letras muertas. La Eucaristía que celebremos es alimento y fuerza para caminar a la luz del Señor, por los caminos de la justicia y la caridad.

EL BAUTISMO DE JESÚS

1ª lectura (Isaías 42,1-4.6-7): *Mirad a mi siervo, a quien sostengo.*

Salmo (28,1a y 2.3ac-4.3b y 9b-10): *«El Señor bendice a su pueblo con la paz»*

2ª lectura (Hechos 10,34-38): *Acepta al que lo teme y practica la justicia.*

Evangelio (Lucas 3,15-16.21-22): *Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego.*

En la Navidad hemos contemplado el misterio donde el Hijo de Dios nace abandonado, rechazado, anunciando así su misión y su destino. Al finalizar estos días de Navidad celebramos el bautismo de Jesús, donde se nos manifiesta esta realidad: Jesús aparece como uno más entre la gente; se mezcla con la multitud que sigue al Bautista, a aquel asceta del desierto que trae una voz nueva que resuena con fuerza y trae esperanza a una religión elitista y anquilosada que pone la letra de la Ley por encima del hombre.

Una voz que entusiasma porque es la de un auténtico profeta. Un profeta que animaba a los hombres a la esperanza: *«Viene el Mesías y comienza una nueva era»*, pero que también llamaba a la conversión: *«Hay que cambiar»*, hay que salir de los legalismos, de las instalaciones, de las comodidades para vivir la Buena Nueva del Reino que se avecina.

Jesús escuchaba a Juan entre la gente sencilla que iba a escuchar al Bautista: pecadores, pobres y enfermos, hombres y mujeres cansados, con esperanza, pero agobiados por el peso de la vida, y que salían renovados por las palabras del Bautista. Jesús, como esa gente, también se quiere bautizar; quizás no lo necesite, pero se manifiesta como uno más para cargar con los pecados, los problemas, los cansancios de aquella gente sencilla, quiere compartir sus temores y esperanzas, sus dolores, sus gozos y sus anhelos. Quiere liberarlos de tantos yugos con que les han cargado los responsables políticos y religiosos de su tiempo.

Jesús entra entonces en el Jordán para ser bautizado por Juan, pero en Jesús entra la humanidad entera, una humanidad herida y pecadora, y también una humanidad creyente y esperanzada por el Reino que inaugura Jesús de Nazaret. Al salir del agua, la voz del Padre manifiesta que es el Hijo amado, el Hijo sobre el que desciende el Espíritu, que recibe la Unción del Espíritu para llevar adelante la misión del Siervo humilde que ya había asumido en el momento mismo de la Encarnación.

Por ello podemos decir que en el Bautismo Jesús fue ungido para servir y que esta misión de Jesús no se puede acabar, puesto que todos nosotros, en el bautismo, hemos sido también ungidos para servir a los hermanos, para ser testigos de Jesús, de tal manera que, por nuestro testimonio de vida, Él se haga presente en medio del mundo.

Tras haber celebrado el Misterio de Cristo, finalizamos el tiempo de Navidad con la celebración del Bautismo de Jesús. El Hijo de Dios que ha nacido abandonado, el hijo del carpintero se mezcla con la multitud que va al encuentro del Bautista, uno más entre los pecadores, el que no conoció pecado recibirá un bautismo de conversión.

El evangelio comienza subrayando la tremenda humildad del Bautista: El asceta del desierto encabeza un movimiento popular fuerte, y el pueblo quería proclamarle *“Mesías”*; sin embargo, él rectifica inmediatamente: *«Yo os bautizo con agua... Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego»*.

Con esto, el mismo Bautista establece una clara diferencia entre su propio bautismo, un rito de purificación que ratifica la conversión del corazón, pero un simple rito visibilizado mediante el agua, frente al Bautismo de Jesús, el bautismo en el Espíritu. Y, hoy, los cristianos, muchas veces, nos quedamos en el bautismo del agua, en una religión de la pura literalidad, encorsetada por legalismos que hacen que limitemos la acción del Espíritu en nosotros.

Necesitamos tomar conciencia de que hemos sido bautizados en *«Espíritu Santo y fuego»* y que este Espíritu nos renueva, nos hace libres y nos envía. Pero, para ello, tenemos que dejar que actúe. En el bautismo de Jesús, Juan representa a la antigua alianza; por eso lo realmente importante es el don del Espíritu que nos abre a una vida nueva, el Espíritu que desciende sobre Jesús y que Él nos enviará, desde el Padre.

San Lucas nos presenta el Bautismo de Cristo, como prototipo del bautismo cristiano y nos muestra un detalle, mientras Jesús ora, se abren los cielos y desciende el Espíritu, o sea, la oración de Jesús trae el don del Espíritu y el antiguo bautismo queda superado, el Bautismo de Jesús inaugura una nueva era. También los apóstoles estaban en oración cuando descendió el Espíritu en Pentecostés y el Nuevo Israel comenzó a caminar.

Por tanto, también hoy nosotros nos ponemos en oración para que el Espíritu nos ayude a renovar nuestro compromiso bautismal, un compromiso que supone ser anunciadores de un Reino de verdad, de justicia, de amor y de paz y libertad, para vivir así en la Iglesia los prodigios de un **«NUEVO PENTECOSTÉS»**.

DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 62,1-5): *El Señor te prefiere a ti.*

Salmo (95,1-2a.2b-3.7-8a.9-10a y c): «*Contad las maravillas del Señor a todas las naciones*»

2ª lectura (1ª Corintios 12,4-11): *Dios obra todo en todos.*

Evangelio (Juan 2,1-11): *Haced lo que Él os diga.*

Dice el proverbio que “*cuando el dedo señala la luna hay quienes fijan su mirada en el dedo*”. Es una forma de indicarnos lo que nos ocurre con frecuencia al escuchar las narraciones de la Biblia o de algunos de los momentos de la vida de Jesús en los que el lenguaje, con su sentido de provocación, nos presenta algo extraordinario para captar nuestra atención y dirigir nuestra mirada y nuestra reflexión hacia algo importante.

Hoy tenemos un ejemplo bien claro en el pasaje que nos cuenta Juan sobre la boda a la que asiste Jesús con su madre y sus discípulos como invitados. En ella hay una triste anécdota que Jesús convierte en acontecimiento de alegría y disfrute. La imprevisión que llevaría a los novios al ridículo se transforma en deleite y ocasión de saborear algo muy bueno para extrañeza de quienes no están al tanto de lo que ocurre.

Pues bien, este pasaje se significa con la transformación del agua en vino. Habrá quien se quede en el milagro con sentido morboso y hasta con humor escéptico se pregunte sobre la productividad de semejante elaboración. Nosotros deberíamos ver el sentido más profundo y recoger la invitación que entraña y nos dirige este milagro a ser signos de la alegría de Dios. A vivir de tal manera que los no creyentes nos identifiquen con la religiosidad de la espontaneidad, de la confianza y del amor. Que Dios no da miedo, que Él es nuestra esperanza. Todo esto mediatizado por algunos elementos que tienen un significado por su función vital y por su función en el acto que se realiza, una boda.

El vino, los licores, forman parte de un banquete nupcial y contribuyen a la alegría. Están integrados como elementos que expresan la alegría del encuentro, que contribuyen a promoverla, a brindar por la felicidad, a expandir los buenos sentimientos que la fiesta provoca. El agua, en los acontecimientos festivos, al contrario que en la vida, juega una función secundaria, representa la abstinencia y la seriedad en momentos de alegría.

En el pasaje de hoy, agua y vino tienen una función muy notable, son signos de algo más profundo e importante que, unidos a Jesús, forman con Él un tándem inseparable. En ese ambiente Jesús transforma todo en alegría, confianza, espontaneidad. Es la consecuencia del encuentro con el Dios-Padre que Jesús nos ha dado a conocer desde su propia experiencia de Hijo.

La lectura de Isaías es un canto a la alegría. Con las imágenes propias de un semita que echa mano de la vida para reflejar sus sentimientos. Con ese sentido poético innato a esta escuela profética que, globalmente, denominamos Isaías. Con la cercanía de quien vive al lado de su pueblo y comparte sus momentos vitales de dolor y de entusiasmo. Con la sensibilidad religiosa impregnada de alegría porque su experiencia le hace sentir a Dios cercano. Con la satisfacción de quien sabe que lo religioso no es simplemente una estructura institucional sino una vivencia profunda de transcendencia en relación con un Dios personal. Con todo el impulso interior inagotable y positivo que le da la relación con este Dios para la vida. Todo le empuja a cantar.

El canto tiene que ver con los sentimientos más profundos que no encuentran palabras para decir lo que quieren y no tienen más remedio que volcarse en gritos, en sonidos más fuertes, en exclamaciones que acompañen y prolonguen el valor de las palabras. Como el tenor, en el drama reflejado en la ópera, eleva sus sentimientos al nivel de las nubes, para que vuelen como las aves y penetren como los rayos de una tormenta o las radiaciones cálidas del sol. Como el bajo que canta los abismos profundos del alma humana y las pasiones que reducen al ser humano a las cotas más básicas de lo humano.

Isaías necesitaría una soprano de las que envuelven con su voz arrojando y empujando a vivir. Porque su canto es un intento desesperado por contagiar a su pueblo la inmensa alegría de no saberse solo, de no estar aislado, de no vivir desahuciado y sin salida. Dios, que no deja sola a la humanidad significada en ese pueblo terco y taciturno que se empeña en sus errores. La alegría le viene de Dios.

Dios es la causa de su alegría. Afortunadamente para ese pueblo que no tiene ninguna expresión de belleza superior a ningún otro pueblo, que tiene todos los defectos de los demás, que se empeña en seguir sus caminos equivocados, que es infiel por cualquier cosa y rompe sus compromisos con tanta facilidad, Dios está enamorado de él. Un enamoramiento increíble, porque, a pesar de todas las infidelidades, sigue queriéndolo como quien quiere a su primera novia y deseándola como quien no ha estado nunca con ella.

Las palabras del canto de Isaías representan la experiencia religiosa más propia de quien vive con realismo la historia humana y la que está expresada en el fondo de todos los libros de la Biblia. Dios no abandona nunca a la humanidad. En el fracaso le acompaña para ayudar a vivirlo con madurez y esperanza. En el éxito, para provocar el agradecimiento y la solidaridad. Siempre para aprender a contar con un Dios humano y humanizador que ofrece salvación, futuro, esperanza, confianza, amor.... En estos momentos de crisis de valores, de esperanza, de trabajo, de recuperación, nuestro mundo necesita otros Isaías que continúen el canto y hagan sentir la alegría de contar con Él en la vida.

DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Nehemías 8,2-4a.5-6.9-10): *No hagáis duelo ni lloréis.*

Salmo (18,8.9.10.15): *«Tus palabras, Señor, son espíritu y vida»*

2ª lectura (1ª Corintios 12,12-30): *Todos hemos bebido de un solo Espíritu.*

Evangelio (Lucas 1,1-4; 3,14-21): *El Espíritu del Señor está sobre mí.*

La Biblia contiene en su primera parte (los cinco primeros libros o Pentateuco) numerosos textos legislativos, hasta el punto de que para el judaísmo estos cinco primeros libros reciben el nombre de “Ley”, sin más aditamentos. Sobre todo en el libro del Levítico, y también en los libros del Deuteronomio, Números y parte del libro del Éxodo donde se legisla minuciosamente sobre la vida diaria, sobre el culto, sobre las relaciones humanas y las relaciones con Dios.

La Ley, en el judaísmo, era reflejo de la imagen de Dios, de una larga y compleja historia, que abarca toda la vida de la gente; el que la cumple roza la perfección. Un salmo llega a decir que *«La Ley del Señor es descanso del alma»*. Sin embargo, muchas veces vivían esta obediencia a la Ley de forma sofocante. Tanto san Pablo como Jesús, ambos judíos, conocían y vivían en este mundo.

Nosotros, ciudadanos del siglo XXI, cuando usamos la palabra “ley” no pensamos en categorías bíblicas, sino en categorías modernas que tienen su origen en el Derecho romano. La ley puede ser que no nos guste como está redactada, que pensemos que no es justa, que nos es desfavorable, pero... “es la ley” y por eso debe ser aplicada. Puede ser “dura”, pero está en vigor y es para todos.

Como somos cristianos nos revolvemos en nuestro interior. Bueno... la ley sí, pero... **¿y la conciencia?, ¿y la libertad?, ¿no somos hijos libres por deseo explícito de Dios?, ¿tenemos que obedecer leyes injustas?** Leemos el evangelio y vemos cómo Jesús actúa con una enorme libertad incluso por encima de la Ley, siempre que esté en juego la persona, como cuando cura en sábado.

Jesús dice también que no ha venido a *«derogar»* la Ley de Moisés, sino a darle cumplimiento. **¿En qué consiste este cumplimiento?** Una vez más aparece la tensión insoslayable entre ley y libertad, con el árbitro de la conciencia por medio. La ley es “dura”, pero hay que cumplirla, nos dice la sentencia del Derecho romano. La ley está al servicio de las personas, nos dirá el evangelio.

Este es uno de los puntos más incandescentes de la vida civil y religiosa. Como ciudadanos, participamos de una legislación a la que debemos respeto y debido cumplimiento. El pueblo soberano se la ha dado por medio de sus legítimos legisladores y, mientras esté vigente, no podemos ignorarla: *«el desconocimiento de la ley no exime de su cumplimiento»*, dice una expresión jurídica que a todo nos afecta.

Los cristianos, además de los códigos civiles que nos afectan por ser miembros con derechos y obligaciones que vivimos en una sociedad, tenemos “la Ley de Dios”. **¿Quién de nosotros no recuerda los “mandamientos de la Ley de Dios”?** Algunos más osados preguntarán con malicia: **¿aún está en vigor?** Sí; la Ley de Dios no ha sido derogada. Los diez “mandamientos” siguen siendo el marco donde los creyentes judíos y cristianos seguimos bebiendo en fidelidad a Dios y a nuestra conciencia.

El judaísmo es una religión que siguió su propio camino desde la experiencia de la libertad al salir de Egipto hasta la experiencia de la Ley que Dios le entregó en el monte Sinaí. No se puede entender el judaísmo sin el Sinaí, y por tanto sin la Ley.

Tampoco se puede entender la religión como un “bloque pétreo” en la intemperie, inmóvil ante terremotos y tempestades, sin posible erosión por el paso del tiempo, impermeable ante las lluvias continuas y las calamidades. La experiencia religiosa es permeable, dúctil, esponjada, abierta... si proviene del Espíritu. Los creyentes no creemos en una historia abandonada a su suerte, sino en una historia en la que Dios actúa por medio de su Espíritu.

Jesús es judío, conoce la Ley de Moisés, conoce cómo la interpretan los maestros de la Ley; conoce cómo repercute en la vida diaria del pueblo. Jesús se siente y se sabe *«ungido»* por el Espíritu de Dios. En la Sinagoga de Nazaret no anuncia la “abolición” de la Ley, nunca lo hizo, sino que anuncia un nuevo tiempo de libertad.

Su misión no es la de imponer sanciones o de dar nuevos giros de tuerca a la gente que ya no podía ni respirar. La misión de Jesús es la de anunciar el *«año de gracia»* de Dios. El ser humano, tantas veces pisado, encuentra en Jesús a su mayor valedor. Ley, sí, pero al servicio de las personas. El cristiano no es un portador de “coerciones”, sino un *«portador de libertad»*.

DOMINGO IV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías 1,4-5.17-19): *Antes de formarte en el vientre, te escogí.*

Salmo (70,1-2.3-4a.5-6ab.15ab y 17): *«Mi boca contará tu salvación, Señor.»*

2ª lectura (1ª Corintios 13,4-13): *El amor no pasa nunca.*

Evangelio (Lucas 4,21-30): *Ningún profeta es bien mirado en su tierra.*

Jesús ha comenzado su acción evangelizadora en Galilea, su tierra. Entra en las pequeñas aldeas, se interesa por la vida de sus vecinos, participa junto a ellos en la oración y les anuncia la Buena Noticia del Reino. En ese recorrido, un día se acerca a Nazaret, su pueblo, y como de costumbre entra, junto a sus paisanos, en la sinagoga.

Le piden que sea Él quien proclame la lectura. Jesús acepta y lee un texto del profeta Isaías. En ese texto el profeta describe cuál será la misión del Mesías: *anunciará una buena noticia que alcanzará a toda la persona y no solo a su dimensión religiosa; será una buena noticia universal, para todo el mundo; será una buena noticia dirigida de modo preferencial a los pobres y oprimidos.*

Nos dice el evangelista que el pueblo le miraba con atención, con expectación. Le conocían de toda la vida. Era el hijo de José, el carpintero. Habían convivido con Él treinta años, hasta que un día Jesús dejó la aldea. Recientemente les había llegado al oído que andaba por Cafarnaún y por las aldeas de la región, predicando y sanando enfermos. Terminada la lectura Jesús les dijo: *«Hoy se cumple esta escritura que acabáis de oír»*. Se admiraban de la belleza de sus palabras.

Lucas nos dice que esperaban hiciese en su pueblo lo mismo que había hecho en Cafarnaún. Es posible que únicamente esperaran que sanara a los enfermos. Pero Jesús era más que un sanador. Más que un profeta. Era el profeta del Reino. Y no le creyeron. Se decían: *no puede ser que el hijo de José sea el mesías esperado, no puede ser que las palabras del profeta Isaías se cumplan en Jesús, el hijo del carpintero.* Y Jesús le descubre lo que está sucediendo en sus corazones: *«ningún profeta es bien mirado en su tierra»*.

¿Qué esperamos nosotros, los cristianos, de Jesús? Como sus vecinos de Nazaret, también nosotros estamos “familiarizados” con su figura: hemos visto innumerables imágenes sobre Él, sabemos citar pasajes del evangelio, recordamos, a grandes rasgos, su biografía y hasta somos capaces de recitar de memoria las enseñanzas que la Iglesia nos ha transmitido sobre Él...

Todo eso está muy bien. Pero lo mismo podemos hacer con otros grandes personajes de la historia, sin que vitalmente nos sintamos unidos a ellos, sin que signifiquen gran cosa para nosotros. Son parte de la historia, son parte del pasado. Algo similar les sucedía a los paisanos de Jesús. Sabían de Él por lo que habían visto exteriormente y por lo que otros decían de Él, pero no le conocían por dentro. Al verdadero Jesús no le conocían.

El pasaje que leemos hoy nos invita a situarnos no como meros espectadores, sino a entrar y participar de la escena activamente. **¿Ya estamos dentro?** Jesús acaba de leer lo que va a ser el programa de su vida. Le miramos atentamente y nos preguntamos: **¿Quién es Él para mí, y qué espero yo de Él?** Los cristianos hemos de hacernos, constantemente, esta pregunta para poder hacer verdad nuestra vida de fe, nuestras creencias, nuestra manera de estar en el mundo.

Si me he encontrado con Jesús, debo cuidar esa relación. Si no reservo tiempo para verme con Él, y sobre todo para escucharle, la confianza se enfría y se diluye. Si permito que los problemas de mi casa y del mundo se conviertan en un muro entre Él y yo. Si me dejo llevar por la rutina y la costumbre, el amor se acaba. Entonces, me llamaré cristiano pero sin ser, en verdad, seguidor de Jesús. Podré escuchar sus palabras, como sus paisanos de Nazaret, pero sin creerle, sin hacer mía sus palabras. Seré como ellos.

Jesús no es una doctrina que se aprende de memoria pero no toca el corazón. Jesús es **«Alguien»** de verdad que camina a nuestro lado, al lado de todo ser humano, y nos ofrece su amistad y su Reino. Jesús sigue siendo hoy el profeta del Reino, y las palabras del profeta Isaías siguen cumpliéndose en Él: **«Ha sido consagrado para llevar la Buena Noticia a los pobres; ha sido enviado a anunciar la libertad a los presos, a dar vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos, a anunciar el año favorable del Señor»** **¿Cómo resuenan en mí estas palabras?**

DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 6,1-2a.3-8): *Aquí estoy, mándame.*

Salmo (137,1-2a.2bc-3.4-5.7c-8): *«Delante de los ángeles tañeré para ti, Señor.»*

2ª lectura (1ª Corintios 15,3-8.11): *Cristo murió por nuestros pecados.*

Evangelio (Lucas 5,1-11): *Echad las redes para pescar.*

Con el paso de los años uno va acumulando cosas y más cosas materiales: paisajes vivido y visitados, personas amadas y conocidas, experiencias de todo tipo, unas agradables y otras desagradables... En las narraciones bíblicas hay mucho de todo esto; por eso nos dicen los que han estado por aquellos parajes de tierra Santa que los relatos resuenan de manera diferente cuando son allá leídos.

Nadie pone ya en discusión que las verdaderas experiencias son las que vivimos cada uno de nosotros; y, cuando alguien nos propone una experiencia diferente incluso opuesta, la tachamos de imposible.

Esto pensaron los primeros discípulos de Jesús cuando este les dijo que salieran a pescar por la mañana, siendo que así contravenían toda la experiencia acumulada por los pescadores de Genesaret y transmitida de padres a hijos durante generaciones.

Pedro no tenía ningún deseo de volver a pescar... **¡Toda la noche de faena y... nada!** *¿Para qué repetir el fracaso? ¿Para qué cansarse inútilmente?* Una actitud normal, lógica... hasta se le nota en la cara su justificado disgusto. Pero Jesús no retira sus palabras: *«¡Rema mar adentro..., echa las redes!»*

¿Por qué Pedro se fió de la palabra de Jesús? Quizá en su interior ardía un fuego nuevo, un ánimo renovado. El ejercicio de obedecer no contraviene el deseo de libertad que toda persona humana portamos en nuestro interior. *«Por tu palabra echaré las redes»* expresa dar la posibilidad a realizar lo de siempre, pescar, de una manera diferente, por la mañana y no por la noche. Algo percibieron en Jesús y ante el asombro de todos encontraron tal banco de peces que no podían cargarlos en una sola barca.

Porque hacer siempre lo mismo, sobre todo en este tiempo nuestro, producirá siempre los mismos resultados o posiblemente alguno menos. Cada día aparece con más claridad que hay que *“remar mar adentro”*, hay que meterse más adentro del corazón de las personas de nuestro tiempo para encontrar y sacar pesca abundante de hombres nuevos, a imagen del resucitado.

Las calles de nuestro entorno se están llenando a menudo con los gritos de mucha gente que ya no aguanta más la falacia de los poderosos de la tierra; gritos con eslóganes que se repiten por todas partes del planeta, gestos premonitorios de que otra forma de vida es posible.

Ellos y ellas, jóvenes y mayores, madres y padres con niños y niñas, gentes de toda raza y de muchas religiones estamos diciendo y gritando y cantando y bailando: *«Dios quiere que el hombre viva»*; ese es nuestro sueño esa es nuestra realidad en marcha. Somos los que nos sentimos enviados, con Jesús, a vivirlo y hacerlo posible para todos y en todos los sitios.

La mayor dificultad que encontramos para conseguir que todos los hombres y todas las mujeres vivamos bien, es que no todos sentimos las mismas necesidades en las distintas etapas de nuestra vida ni todas las personas soñamos con las mismas cosas.

Lo habitual en nuestro entorno cercano es que comencemos viviendo de prestado, con los proyectos y las cosas de los demás: padres, profesores, adultos en general. Más adelante rechazamos todo eso porque comenzamos a tener otros ideales que, en muchas ocasiones, tampoco son los nuestros, sino los de los líderes del momento, los de la sociedad del bien tener, etc. Es la etapa de los condicionantes: *“si yo tuviera...”, “si yo estuviera...”, “si yo fuera...”*.

Pero llega un momento, la etapa adulta, en el que hay que tomar decisiones por uno mismo y pasar del tiempo condicional al tiempo real: pensar y obrar aquello que yo quiero conseguir para que mi vida tenga verdadero sentido, y, para ello es mejor no llenarme de cosas, dedicar mi tiempo a no demasiadas ocupaciones y no ponerme a mucha distancia de mi gente y de sus actividades.

Mejor es vivir con lo necesario, disfrutar con lo que realizas y sentir el calor de los compañeros cercanos. Yo sé que puedo esforzarme por *“remar mar adentro”*, comprometerme más y mejor con tantas tareas que yo podría desarrollar. Tengo cualidades, pero están como dormidas dentro de mí. No hay proporción entre lo que estoy dando de mí y lo que he recibido de los demás.

MIÉRCOLES DE CENIZA

1ª lectura (Joel 2,12-18): *Rasgad los corazones y no las vestiduras.*

Salmo (50,3-4.5-6a.12-13.14 y 17): *«Misericordia, Señor: hemos pecado»*

2ª lectura (2ª Corintios 5,20-6,2): *Ahora es día de salvación.*

Evangelio (Mateo 6,1-6.16-18): *Os aseguro que ya han recibido su paga.*

Con el gesto de imposición de la ceniza comenzamos el tiempo de Cuaresma, y a este gesto le acompañan unas palabras: *«Acuérdate de que eres polvo y al polvo volverás»* o *«conviértete y cree en el Evangelio»*.

La ceniza, el polvo, es signo de la fragilidad, de la debilidad de la condición mortal del hombre, pero en esta celebración nos recuerda, más bien, al polvo con que Dios formó al hombre; por ello, aunque formados por el polvo, venimos de Dios y, al haber recibido el Espíritu, caminamos hacia Dios, y es en este camino hacia Dios donde escuchamos hoy las palabras que nos invitan a la conversión y a la fe, porque solo desde una auténtica conversión podremos caminar hacia el Padre por Cristo en el Espíritu.

Así, la ceniza, aunque nos recuerde nuestra condición mortal, no es un signo de muerte sino de esperanza, pues nos pone en camino hacia la vida, ya que en Cuaresma caminamos desde las cenizas de la fragilidad al fuego de la vida en la Noche Pascual, caminamos de la muerte a la vida. Por ello podemos decir: acuérdate de que eres polvo, pero polvo vivificado por el Espíritu para que camines en la fe, mediante una auténtica conversión, al encuentro de Cristo resucitado en la celebración Pascual.

La Cuaresma es, pues, tiempo de cambios y tiempo de caminar, de peregrinación y las dos cosas se complementan: *«La Cuaresma es el tiempo privilegiado de la peregrinación interior hacia Aquel que es la fuente de la misericordia, es una peregrinación en la que Él mismo nos acompaña a través del desierto de nuestra pobreza, sosteniéndonos en el camino hacia la alegría de la Pascua»* (Benedicto XVI, mensaje para la Cuaresma, año 2006). Y aquí es donde tenemos que fundamentar nuestro cambio: en tomar conciencia de que Cristo camina con nosotros para que vivamos la Pascua.

Pero vivir la Pascua con Cristo supone salir de nuestros egoísmos, de nuestras indiferencias, de nuestra falta de compromiso; supone cambiar, cambiar para salir de nosotros mismos e implicarnos en el proyecto de Jesús, o sea implicarnos en la realidad de nuestro mundo a favor siempre de nuestros hermanos los hombres y especialmente de los más necesitados.

En nuestro camino hacia la Pascua no podemos taparnos los ojos para no mirar a tantos compañeros de viaje que pasan necesidad y viven en la miseria. Por eso, tenemos que cambiar, porque, cambiando nosotros, podremos cambiar esta sociedad y sus estructuras. Este cambio supone transformar nuestra vida de familia y de trabajo, nuestra conducta cívica y social, nuestra vida entera, en un ejercicio permanente de fe y de amor fraterno.

En este tiempo de conversión trataremos de profundizar en nuestras actitudes de fe, en nuestras actitudes cristianas que el evangelio nos resume en las tres grandes líneas tradicionales de la Cuaresma: el ayuno, la oración y la limosna.

El ayuno. No se trata tanto de cumplir una norma, un ayuno fariseo, sino de practicar la austeridad cuaresmal, vivir la penitencia para, aunque sea unos pocos días, ponernos en el lugar de todos aquellos que padecen un ayuno continuo y forzoso, para que este ayuno nos empuje a la solidaridad.

La oración, que siempre tiene que marcar la vida del cristiano, en Cuaresma es tiempo de profundizar en nuestra oración y purificarla, es tiempo de intensificar nuestro contacto con un Dios que se hace nuestro compañero de camino para que celebremos con gozo la Pascua.

La limosna, que no se trata de lo que habitualmente entendemos como limosna, el dar un poco de lo que nos sobra para, así, lavarnos la conciencia. La auténtica limosna cuaresmal es el ejercicio vivo y auténtico de la caridad, el hacer que el Señor un día nos diga: *«tuve hambre y me disteis de comer, sed y me disteis de beber, estuve desnudo y me vestisteis...»*, o sea vivir, desde el amor, la autenticidad del Evangelio.

Por ello, si sabemos vivir de verdad estas prácticas de conversión que desembocan en un ejercicio vivo del amor a Dios y al prójimo, estaremos viviendo de verdad este tiempo de Gracia que es la Cuaresma.

Finalmente debemos tener claro que todo esto no podemos hacerlo desde la presunción ni menos desde la hipocresía, que no podemos quedarnos en meras apariencias; el mensaje del profeta Joel es claro: *«Rasgad los corazones no las vestiduras»* y esto nos dice que nuestra actitud cuaresmal tiene que ser sencilla, humilde y auténtica, que no podemos caer en la hipocresía de llevar una “doble vida”, de tal manera que nuestro vivir niegue lo que practicamos en este tiempo cuaresmal.

DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA

1ª lectura (Deuteronomio 26,4-10): *Te postrarás en presencia del Señor, tu Dios.*

Salmo (90,1-2.10-11.12-13.14-15): *«Está conmigo, Señor, en la tribulación»*

2ª lectura (Romanos 10,8-13): *Todo el que invoca el nombre del Señor se salvará.*

Evangelio (Lucas 4,1-13): *No tentarás al Señor, tu Dios.*

Un mal día lo tiene cualquiera, o al menos eso es lo que se dice, en un día cualquiera, de cualquier persona con una vida dentro de lo normal, es lo más cotidiano, es lo más humano, es lo más nuestro. Normalmente en los días malos, se nos presentan las tentaciones: tentación de aprovecharnos, tentación de apoderarnos, tentación de empavonarnos, teniendo una buena excusa para hacerlo, o peor aún, poniendo incluso a Dios como el mejor de los razonamientos.

Veamos un ejemplo: Tienes que recoger al niño del colegio después de un partido de fútbol, llegas tarde porque te has entretenido tomando una cerveza con un amigo y comprando un décimo de lotería para el próximo sorteo; *“¡imagínate que me tocara el primer premio!, dejo de inmediato el trabajo y a vivir “como un marqués”, con chofer y todo”*.

Cuando llegas lo encuentras sentado en las escaleras del colegio, con un moratón en la mejilla izquierda, señal inequívoca de haber tenido una disputa. Empiezas a regañarle por haberse peleado, sus explicaciones de que no ha sido a causa de una pelea, de que ha sido un encontronazo fortuito, te irritan más. Le haces sentarse atrás y es tal tu enfado que no le adviertes que se abroche el cinturón de seguridad, y tampoco te lo pones tu para conducir.

De camino a casa, en silencio, analizas todo lo que ha pasado y dándote cuenta de tu mal comportamiento le adviertes que se ponga el cinturón y te lo abrochas tú y te viene este pensamiento: *“para rematar el día solo faltaría que nos pasara algo”*. **¡Que Dios no lo permita!**, y, sonriendo, miras de reojo la imagen de la Virgen Milagrosa que llevas colgada del espejo retrovisor.

Este domingo, primero del tiempo que la liturgia llama extraordinario, *«el tiempo cuaresmal»* como extraordinario parece también el relato que Lucas nos presenta en el evangelio que hoy proclamamos: *«Jesús tentado por el diablo en el desierto»*. Sin embargo, la Cuaresma y las tentaciones son algo más ordinario, más normal y cotidiano, de lo que parece.

Tentación es una palabra que suena fuerte, que además está cargada de un significado moral y religioso que no siempre ha sido beneficioso para reconocer su sentido auténtico. De igual modo la Cuaresma, que ha sido vista –y en gran medida es considerada todavía- como un tiempo oscuro y duro, de miedo y resignación, de culpa y peligro. Pero, según dice ya su origen etimológico, **tentación** es lo que *“me toca”, “me seduce”* y *“me anima a probar”*.

Hay muchas experiencias en la vida que lo hacen; casi todas a las que nos exponemos en realidad. Estamos rodeados de tentaciones; somos continuamente tentados. Ahora bien, a lo que Jesús nos invita en el Evangelio, mostrándonoslo de primera mano, es a reconocer qué tentaciones valen y cuáles no vale la pena intentar.

Hay tentaciones que no nos merecen el intento, por mucho que nos toquen y nos seduzcan, porque ni son humanas ni son de Dios. Jesús, el más humano de los seres y el ser más de Dios, el Dios de la humanidad (lo que queda siempre, para nosotros, en el misterio de la fe), sabía reconocer lo que nos vale realmente la pena de entre todo aquello que nos toca y nos afecta, encontrando precisamente allí el valor de lo de Dios.

Y por eso mismo, en su propia vida y antes incluso de que fuera conocido por todos en Galilea, en Samaria y hasta los confines del mundo, como Hijo de Dios, supo reconocer en una intensa experiencia de desierto e intimidad consigo y con su Padre que hay tentaciones que no valen, porque ni son cosas humanas ni cosas de Dios.

Las ganas de aprovecharse de una situación ventajosa o de un privilegio, la seducción que nos produce poseer más y más aunque ello suponga renunciar a lo que realmente tenemos de bueno, o el orgullo y vanidad que nos provoca sentirnos seguros, incluso por tener a Dios *«de nuestro lado»*, son tentaciones que Jesús reconoció que no eran buenas ni valiosas, que no nos merecían la pena. Porque todas ellas significaban, en el fondo, tentar al Señor, nuestro Dios, con lo que peor llevamos dentro: la creencia de que somos el centro y lo más valioso del universo.

Es esta arrogancia humana lo que Jesús rechazó, cuando le tocó y sedujo, por ser malvada y diabólica. En su lugar, y haciendo suya la experiencia de libertad, esperanza y fidelidad vivida por Israel (narrada hoy en la primera lectura), Jesús creyó que nos valía más –para ser más humanos también- agradecer a Dios todo lo que ha hecho, y valorar la auténtica seducción y tentación de Dios, que nos amó primero.

DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA

1ª lectura (Génesis 15,5-12.17-18): *Así será tu descendencia.*

Salmo (26,1.7-8a.8b-9abc.13-14): *«El Señor es mi luz y mi salvación»*

2ª lectura (Filipenses 3,17-4,1): *Somos ciudadanos del cielo.*

Evangelio (Lucas 9,28b-36): *Maestro, qué bien se está aquí.*

Toda la vida está envuelta de significados, las cosas no son solo cosas, son también señales, mensajes, palabras que el buen Dios envía a todos sus hijos. Detrás, debajo de todo, está siempre el misterio de Dios. Por eso, ninguna realidad es opaca. Pero es preciso aprender a leerla en profundidad y no quedarse solo en la superficialidad. El viento del Espíritu no es un viento poderoso, ni los tiempos nuevos llegan como vendavales. El soplo es más bien suave, como el susurro de la brisa. Hay que escucharlo en “*la voz de un silencio tenue*”. Los cristianos y la comunidad cristiana han de saber identificar la voz del «*viento de Dios*», averiguar de dónde sopla y en qué dirección para dejarse mover por él y no por otros “*aires*”, que pretenden sofocar el «*soplo del Espíritu*» para perpetuar el desorden establecido en que vivimos.

La escena que nos muestra hoy la liturgia, considerada tradicionalmente como la Transfiguración de Jesús, la relacionan los exegetas con la declaración de Jesús sobre su destino en Jerusalén y de las condiciones del que quiera seguirlo. Jesús se da cuenta de que el pueblo no lo entiende, incluso sus discípulos tampoco lo entienden. Ante esta situación y experiencia Jesús sube al monte a orar, y se sube con los tres discípulos que mayor resistencia ofrecían a aceptar el camino anunciado por Él. En un primer momento, se destaca la transformación de su rostro y, aunque vienen a conversar con Él: Moisés, representante de la ley, y Elías, representante de los profetas, solo el rostro de Jesús permanece transfigurado en el centro de la escena. Al parecer, los discípulos no entienden gran cosa. Pues, Pedro propone hacer tres tiendas, una para cada uno.

No ha captado la novedad de Jesús, y lo pone al mismo nivel que a Moisés y a Elías, y, además, no quiere afrontar las dificultades del seguimiento: bajar a la realidad de la vida y caminar hacia Jerusalén. La voz de Dios le va a corregir y aclarar todo: «*Este es mi Hijo, el escogido*»; no ha de ser confundido ni con Moisés ni con Elías. Además añade: «*Escuchadle a Él*». Solo a Él. Los cristianos hemos de poner en el centro de toda la vida espiritual y pastoral a Jesús, no a Moisés. Es un error confundir a Dios con un conjunto de obligaciones. “**Dios está más allá de esas leyes**”. Hemos de poner también en el centro a Jesús, no a Elías, ni a otros profetas... Nadie como Jesús nos puede liberar de los ídolos que albergan dentro de nosotros, de nuestra sociedad e incluso de la Iglesia.

«*Qué bien se está aquí*». Es lo de siempre: los de abajo desean subir para quedarse arriba y, cuando están arriba, no quieren bajar, sino permanecer allí para siempre. Pero, Jesús, tras la transfiguración, les invita a bajar con Él, a volver a la gente, al mundo, a la tarea cotidiana y al servicio hasta la muerte, si fuese preciso. Es a ese Jesús que no se quedó en las alturas a quien hay que escucharle. Él había venido para que dejara de haber unos arriba y otros abajo; proyecto que no se hará realidad, mientras los de abajo no renuncien a subir para quedarse arriba, y los de arriba no se abajen por amor. Utópico proyecto que si se realizara daría luz a un mundo feliz y sin opresión.

También somos amenazados por la tentación de huir: ante la dificultad y dureza del camino se busca una vida tranquila y sencilla, y nos aislamos en una especie de pequeño paraíso individual, sin problemas. A simple vista no parece una tentación, pero lo es y muy sutil. Como le sucedió a Jesús, no nos va a resultar fácil mantener hasta el final el compromiso por convertir este mundo en un mundo de hermanos. En un momento de la marcha aparecerá el cansancio, la desilusión, la sensación de fracaso, pero Dios nunca nos permite que renunciemos a nuestra responsabilidad. Jesús se lleva a Pedro, Santiago y Juan, y les ofrece la oportunidad de gozar de una experiencia que les haga comprender que lo que a los ojos del mundo es una derrota, no lo es en realidad. Su fracaso no será un fracaso.

Por eso, como ya se ha insinuado, en este caminar necesitamos estas experiencias del Tabor, aunque sean pequeñas y sencillas. Necesitamos sentir de algún modo la presencia amorosa de Dios, para que la noche oscura y fría no se prolongue con exceso o la dureza del camino no se haga insoportable. Estas transfiguraciones pueden ser sencillas. No hace falta subir a ningún monte ni encerrarse en un convento; pueden suceder en una celebración, en un encuentro, en un rato de oración y contemplación, en el descanso... Pueden ser transfiguraciones pasajeras, pero que dejan huella y nos ayudan en el camino, sobre todo, en los más duros repechos.

DOMINGO TERCERO DE CUARESMA

1ª lectura (Éxodo 3,1-8a.13-15): *“Yo-soy” me envía a vosotros.*

Salmo (102,1-2.3-4.6-7.8 y 11): *«El Señor es compasivo y misericordioso»*

2ª lectura (1ª Corintios 10,1-6.10-12): *El que se cree seguro, ¡cuidado!, no caiga.*

Evangelio (Lucas 13,1-9): *Si no os convertís, todos pereceréis.*

Si es verdad que todos vamos en el mismo barco, como se nos recuerda. Si sigue siendo verdad que todos los seres humanos somos iguales, como proclaman los derechos humanos y reconocen las leyes fundamentales: **¿Cómo se pueden justificar y perpetuar legalmente desigualdades tan brutales como las existentes entre ricos y pobres, entre unos que se mueren de hambre y otros que se mueren de hartura?**

La realidad es que no todos vamos en el mismo barco. Hay algunos que disponen de impresionantes yates con toda clase de lujos y comodidades, otros muchos se han instalado en el transatlántico de las instituciones políticas, financieras o sindicales y viajan a todo confort, mientras la mayoría solo disponemos de “*enormes barcas*” sin motor que hay que mover a golpe de remo con grandes esfuerzos y apuros para poder llegar a puerto a final de mes. Y hay muchos, cada vez más, que se amontonan en “*pequeñas pateras*” y avanzan al viento de la buena voluntad de organizaciones benéficas, siempre a punto de naufragar antes de llegar a buen puerto.

Podríamos seguir contando otras situaciones sobre los emigrantes que mueren en el intento de buscar solución a su vida, **¿pensamos que tienen menos derecho que nosotros a poder vivir bien?**

O trayendo a colación los casos de desahucio, que tanto han proliferado a lo largo y ancho de la geografía de nuestro país, **¿pensamos que no tienen el mismo derecho que los demás a tener una vivienda digna?**

O la de tantos y tantos miles de seres humanos que mueren, cada día, a causa del terrorismo, las guerras y represiones en países lejanos, **¿nos quedamos tranquilos porque no son de los nuestros, eso sucede tan lejos?**

O en los millones de seres humanos que no pueden alimentarse adecuadamente, e incluso que mueren de hambre, **¿pensamos...?**

Pero no se trata de preguntar, sino de darnos por aludidos.

Mientras la gente le cuenta a Jesús un suceso doloroso, el Maestro les encara con la realidad y añade otras situaciones semejantes. Jesús encara a sus oyentes con su responsabilidad: **¿pensáis que ellos eran peores que vosotros, que eran distintos a vosotros, que se lo tenían bien merecido, y vosotros no?** Y lo mismo hoy el Evangelio nos enfrenta a nosotros con nuestra responsabilidad ante todas las calamidades e injusticias que afligen a la humanidad. No podemos quedarnos tranquilos porque eso sucede lejos, porque les pasa a otros, porque no nos sucede a nosotros.

En la primera lectura hemos escuchado cómo Dios siente como propia la opresión de su pueblo y llama a la responsabilidad a Moisés para que salve a su pueblo de la esclavitud y la opresión. De la misma manera hoy, esa misma llamada debemos escucharla nosotros, porque no podemos vivir tranquilos viendo la opresión y la miseria de la humanidad. No podemos seguir al margen, porque o somos solidarios con nuestros hermanos, o difícilmente evitaremos hacernos cómplices por omisión de ayuda.

Lo que Jesús pretendía con sus palabras era llamarles a la conversión, invitarles a cambiar de actitud, primero, para sentirse comprometidos después. Eso es lo que les dice amablemente con la parábola de la higuera que no da fruto, dándoles esperanza y ánimo para cambiar, porque todavía están a tiempo.

La misericordia de Dios, nuestro Padre, nos brinda también a nosotros la oportunidad de la conversión. Tenemos que cambiar, primero de actitud, no pensando que lo que les pasa a los demás es “*su problema*”, sino que nos implica a todos como hermanos e hijos de Dios. Y pasando después a la acción.

Porque estamos a tiempo de evitar mucho sufrimiento, de corregir muchas injusticias y, sobre todo, de abrir espacio a la esperanza, a la ilusión y a un futuro en paz y solidario donde todos los seres humanos podamos vivir a gusto, como es la voluntad de Dios, como hemos reconocido en la declaración de los derechos humanos, y como tenemos que cumplir aunque tengamos que comprometer en ello la vida.

DOMINGO CUARTO DE CUARESMA

1ª lectura (Josué 5,9a.10-12): *Comieron del fruto de la tierra.*

Salmo (33,2-3.4-5.6-7): *«Gustad y ved qué bueno es el Señor»*

2ª lectura (2ª Corintios 5,17-21): *El que es de Cristo es una criatura nueva.*

Evangelio (Lucas 15,1-3.11-32): *Hijo, tú siempre estás conmigo.*

La casa es algo más que un edificio. Es clave de la familia, es lugar donde conviven muchos personajes y sentimientos. Esta concepción de “*la casa*” me ha seguido siempre. Desde la casa de unos sub-arrendados de la posguerra y la casa de la abuela donde convergíamos todos los nietos pasando por el calor de una cocina con chimenea, que nos acogía como gallina a sus polluelos. Fue después la casa sencilla adquirida tras muchos años de ahorro, hasta llegar a la casa con ascensor y calefacción, porque la vida, la cesta de la compra y las escaleras eran una carga pesada. Es la trayectoria de toda una vida. Nuestros mayores nunca vivieron ni vivimos por encima de nuestras posibilidades.

Fue posteriormente cuando esa idea venenosa que se ha ido inoculando en nuestro pueblo desahuciado por aquellos mecanismos financieros que, en innoble competencia ofrecían “*generosamente*” (pida Vd. Un poco más), la panacea de unos préstamos que ahora han puesto a muchos españoles de “*patitas en la calle*” sin ninguna vergüenza ni misericordia. Y mientras, los poderosos, que no necesitan ni utilizar lo público, exigiendo y obligando a una austeridad que ellos no encabezan, porque “*no hay otra salida*”, nos dicen. Mienten, esclavizados ellos mismos por la codicia, su afán de poder y su dureza de corazón.

Dicen que la parábola del hijo pródigo debiera llamarse la parábola del amor del Padre. Es, a la vez, la parábola del hijo mayor, que no conoce a su padre («*nunca me has dado un cabrito*»), que no quiere reconocer a su hermano («*ese hijo tuyo*»), y que al negarse a entrar en la casa y en la fiesta, en realidad, se está negando a entrar en el corazón del Padre.

Sabemos que la historia del hijo menor acaba bien. Hay en su periferia rasgos preciosos para cuantos, siendo como somos pecadores, no perdemos la confianza en el amor misericordioso de Dios. Ella nos salva de la marginación y orfandad que provoca nuestro mundo. **¡Bendito sea Dios, que mantiene siempre abierta la puerta de su casa!** La parábola es rica en detalles que es bueno meditar.

Un primer detalle en el itinerario del hijo menor: no es el dolor causado al padre lo que le mueve a volver, sino el «*ansia de llenar su vientre*». Muchos jornaleros de su padre tienen abundancia de pan y él pasa necesidad. Desde esa situación de indigencia brota su deseo de volver a casa, y prepara las palabras para expresar su arrepentimiento, que podemos pensar que es sincero y confiado. Ese comienzo de la vuelta a casa, aunque no sea perfecto, puede ser también el nuestro: lejos de Dios se vive peor.

Cuando todavía está lejos, el padre le ve. Al ver a su hijo acercándose a la casa, se le estremece el corazón. Corre hacia él. Le echa los brazos al cuello. Y se lo come a besos. Eso dice el texto original. Nada escapa a la mirada de Dios. Con un Dios así, los creyentes somos los hombres más bienaventurados. **¿De dónde ha nacido la imagen de un Dios intransigente, duro y castigador?**

Volvamos a las palabras que el hijo menor piensa decir a su padre cuando llegue a casa, y las que realmente dice. **¡No!, no es un error del evangelista.** El padre le corta el discurso, y no le deja pronunciar la última frase: «*trátame como a uno de tus jornaleros*». En lugar de ello, el padre le reviste con la dignidad de hijo: un vestido nuevo, el anillo y las sandalias. Porque el que vuelve a casa no es un jornalero, sino “*hijo muy querido*”. Un hijo que estaba muerto y ha vuelto a la vida. Hay que hacer fiesta y celebrar un banquete.

No sabemos el final de la historia del hijo mayor. El padre intenta convencerle. Quiere que también él recupere a su hermano. Quien se marchó y ahora vuelve no es «*ese hijo tuyo*», sino «*este hermano tuyo*», juego de palabras decisivo. Pero la parábola termina ahí, en la voluntad acogedora del padre, que no sabemos si fue aceptada por el hijo mayor o no. Parece que no.

Esa casa del Padre es la más grande, la mejor. Son unos brazos abiertos, el corazón ardiente, un hogar acogedor y caliente. No es un edificio. Es un corazón y unos brazos que abrazan con cariño a quienes quieren entrar en ellos, sin que nadie quede rechazado. Un hogar abierto a los que carecen de casa o se les cierra la puerta. Una casa modelo y referencia para los que anhelan construir un mundo mejor. Una gran familia humana de hijos y hermanos. Hacia esa casa del Padre debe mirar hoy nuestra Iglesia, para ser hogar de pródigos y pecadores, familia unida en el amor, en la que cada uno, según su capacidad y responsabilidades, se pone al servicio de todos para bien de la familia. En ella conviven los besos y abrazos, la justicia y la paz, el perdón y la fiesta.

Es evidente que la parábola se dirige a los fariseos y letrados, y que estos rechazaron a Jesús. Su mensaje quedó frustrado en ellos. Convertidos nuestros corazones, podemos todos juntos participar en el banquete y en la fiesta a la que Dios nos invita en la Eucaristía.

DOMINGO QUINTO DE CUARESMA

1ª lectura (Isaías 43,16-21): *Abriré un camino por el desierto.*

Salmo (125,1-2ab.2cd-3.4-5.6): *«El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres»*

2ª lectura (Filipenses 3,8-14): *Corro hacia la meta, para ganar el premio.*

Evangelio (Juan 8,1-11): *¿Dónde están tus acusadores.*

Así se dirigió Jesús a la mujer sorprendida en adulterio. Nada sabemos del adúltero. Un juicio sumario iba a acabar con la vida de la mujer. Era un crimen, legal, pero era un crimen. Todos miraban a la mujer. Todos veían el pecado. Nadie miraba para sí. Sus ojos solo veían las apariencias. Solo descubrían lo exterior. Gritos de todos... y silencio de Jesús.

Una intervención de Jesús será suficiente para lograr el silencio de todos y transformar la mirada y la acción del grupo. *«Quien esté libre de pecado...»*. Es una mirada diferente. Una mirada interior, profunda, honesta y compasiva, *«...que tire la primera piedra»*. Tenían amparo jurídico para apedrear a la mujer, pero no tenían legitimidad humana para hacerlo; las palabras de Jesús han disuelto la asamblea homicida. Todos marcharon. Ya no queda nadie. Solos ella y Él. Las piedras aparcadas, la conciencia cuestionada y la mujer reconciliada. *«Anda, y en adelante no peques más»*.

Hoy existen condenas sumarias, sin motivo ni razón. Son legales, pero no son justas. Son homicidas, porque matan y no dejan vivir a millones de personas y de familias. Son vidas condenadas a la pobreza, a la violencia, o a la desesperación. Son, como la mujer del evangelio, condenados y en riesgo de muerte, sin defensores, sin nadie que les tienda su mano y levante su castigo.

El **HAMBRE**, una pandemia permitida en pleno siglo XXI. Es la condena de una buena parte del planeta a vivir sin posibilidades de saciar las necesidades más básicas. Mientras en un hemisferio se sigue tirando comida en buen estado y derrochando recursos, en el otro viven la condena de no tener una sola comida cotidiana que llevarse a la boca. **Es legal, pero no es justo.**

La **VIOLENCIA**, justificada y mantenida. Las guerras son un negocio que asola extensas regiones. Sociedades que no saben vivir en paz, porque nunca la han disfrutado. Generaciones que no pueden vivir en paz porque son masacradas. Que no quieren vivir en paz... porque hay muchos intereses de por medio. **Es legal pero no es justo.**

El **PARO**, tan próximo y tan frecuente, especialmente en los jóvenes. El desempleo es una especie de condena a la inactividad. Investigadores sin recursos, profesores sin alumnos, médicos sin pacientes, obreros sin construcción... un ejército de profesionales dispuestos a mejorar el mundo... esperando una oportunidad que nunca llega. Un derroche de formación, de proyectos y de vida. **Es legal, pero no es justo.**

El **ACCESO A LA VIVIENDA**. Hoy es complejo acceder a una vivienda y muchos no la pueden mantener. Los desahucios han dejado en la calle y con deudas a un sinnúmero de familias. Víctimas de la crisis económica y financiera. Familias sin esperanza, condenados a la esclavitud de una deuda imposible y sin apoyos con que afrontarla. **Es legal, pero no es justo.**

La **SOLEDAZ** que, como una especie de orfandad social, encarcela a niños, jóvenes, adultos y ancianos. Una soledad que se llama indiferencia, desafección, desinterés. Pasotismo ante el prójimo. Una ruptura con el otro, su vida me es ajena, sus problemas no me afectan, su situación no me importa... Una sociedad así es garantía de infelicidad. **Es legal, pero no es justo.**

Una cultura y una sociedad anestesiada que condena sumariamente, sin juicio... *“siempre ha sido así”, “es lo normal”, “ellos se lo han buscado”*. El cristiano tendrá que soñar, denunciar y hacer realidad el mensaje de Jesús: **«Tampoco yo te condeno»**.

Jesús sitúa a todos (mujer, escribas, fariseos, dirigentes políticos, financieros, cristianos...) en el campo común de la vida. Todos en el mismo plano de juego. Ese lugar en que todos erramos y estamos necesitados de perdón y reconciliación. No se trata de juzgar al otro sino de recorrer el camino de la vida acompañando y rehabilitando a aquel que ha quedado al borde del camino.

Las palabras de Jesús valen para hoy. Todos retiran su condena de la mujer y la dejan sola. Todos reconocen su participación en la situación de la mujer. Tras esa situación, contemplan a la mujer de *“otro modo”*, todos son/somos responsables y, el primer paso para caminar es no actuar indiscriminadamente.

Las palabras y las acciones de Jesús son transformadoras, también hoy. Nos mueven al cambio y la conversión. A renunciar a piedras acusadoras y a tender una mano que recoja, cure y levante a quien está caído o al borde del camino. Una nueva oportunidad en la vida. No será fácil. Algo nuevo está naciendo. Cuando nos encontramos a las puertas de la Semana Santa descubrimos el poder del perdón y de la implicación con otros, la potencia del amor y el sentido de dar la vida por los demás. Jesucristo la da, por nosotros, por cada uno de nosotros, por todos.

DOMINGO DE RAMOS

Evangelio (Lucas 19,28-40): *Os digo que, si éstos callan, gritarán las piedras.*

1ª lectura (Isaías 50,4-7): *Yo no resistí ni me eché atrás.*

Salmo (21,8-9.17-18a.19-20.23-24): *«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»*

2ª lectura (Filipenses 2,6-11): *Por eso Dios lo levantó sobre todo.*

Pasión (Lucas 22,14-23,56): *Te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso.*

La liturgia llama a este día “*Domingo de Ramos de la Pasión del Señor*”. Entre el triunfo y la pasión vivió Jesús sus últimos días. La pasión sólo tiene explicación **«por nosotros y nuestra salvación»**. Cuando rezamos el credo afirmamos: **«Por nosotros y por nuestra salvación padeció, fue crucificado, muerto y sepultado»**, para salvarnos, bajó del cielo y se hizo hombre, sin hacer alarde alguno de su categoría, pasando por uno de tantos.

Toda su vida estuvo marcada por el servicio a los demás, pasó por la vida haciendo el bien, curando todas las enfermedades, expulsando demonios, bendiciendo a los niños, predicando la Buena Noticia, instruyendo a sus discípulos, e invitándonos a seguirle, a vivir como Él, es decir a desvivirnos y a entregar la vida en servicio de los otros, al servicio de la caridad y del amor. Y es que tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su propio Hijo.

Al mirar a Cristo en la cruz, descubrimos la locura del amor de Dios a los hombres. No se conformó con crear el mundo, ni siquiera con habernos creado a su imagen y semejanza; nos entregó a su propio Hijo y nos dio su mismo Espíritu, haciéndonos hijos suyos.

En el crucificado podemos reconocer, como el hijo pródigo, al Padre con los brazos abiertos esperándonos siempre. A pesar de nuestros pecados, de nuestras debilidades, de nuestras traiciones, Él siempre tiene los brazos abiertos, en cruz, para acogernos con infinito amor.

La contemplación hoy de tantos hijos inocentes en nuestro mundo, es para todos nosotros, una llamada a bajar de la cruz a Cristo crucificado en los pobres y los que sufren, los crucificados por el hambre y la guerra, la esclavitud y la injusticia, el paro, la inmigración, la soledad, la muerte; abandonados por el egoísmo, la traición y el miedo de muchos. Una llamada a ser testigos valerosos en el mundo del amor y de las manos misericordiosas del Padre, acogiendo a sus hijos y rescatándolos de su situación de muerte.

En este drama de la Pasión, mil veces recordado y representado, encontramos unos personajes centrales:

ECCE HOMO. Jesús ha sido llevado a la cruz y a la muerte. Sus palabras y sus obras, el anuncio del Reino de Dios, su predilección por los pequeños, por los pobres y los pecadores, su libertad ante los poderes religioso y político dominantes, harán que quieran eliminar a quien les resulta molesto para sus intereses y su dominio sobre el pueblo. Pedirán a gritos su crucifixión, y la cobardía de Pilato lo pondrá en sus manos.

Toda la vida de Jesús está ahí, en ese hombre inocente y bueno, injustamente condenado. Pero Dios, su Padre, no dejará a la muerte la última palabra, lo resucitará de entre los muertos y lo llevará al cielo. Dios está con Él y con todas las víctimas del poder y del egoísmo humano.

EL REGAZO DE MARÍA. La tradición cristiana, conmovida por el dolor de María, ha hecho que el cuerpo sin vida de su Hijo repose sobre el vientre que lo alumbró y la piedad de los creyentes ha esculpido el momento en hermosísimas imágenes de “*La Piedad*”, venerada en muchos rincones del mundo.

Aparecen, además alrededor otros muchos actores, jugando cada uno su papel, como si de un gran teatro del mundo se tratara.

Pero estamos delante de algo más que una representación: todos jugamos un papel u otro en la gran obra de Dios, en su Creación, en las relaciones humanas, en la paz y en la justicia, en el bien y en el mal, en la muerte y en la vida: discípulos, Judas, soldados, sumos sacerdotes, fariseos, Pedro, Anás, Caifás, Pilato, el pueblo, Barrabás, Simón de Cirene, María y las mujeres, los ladrones crucificados con Él, el centurión, la muchedumbre...

¿Cuál es el mío?

JUEVES SANTO

1ª lectura (Éxodo 12,1-8.11-14.): *Este día será para vosotros memorable.*

Salmo (115,12-13.15-16bc.17-18): *«El cáliz de la bendición es comunión con la sangre de Cristo»*

2ª lectura (1ª Corintios 11,23-26): *Haced esto en memoria mía.*

Evangelio (Juan 13,1-15): *Os he dado ejemplo para que vosotros también lo hagáis.*

La liturgia nos presenta en este día dos hechos muy concretos y nos propone un tercero: la institución de la Eucaristía (2ª lectura), la del Sacerdocio ministerial (Evangelio) y de ambas tradiciones surge el que también a este día se le llame “*Día del Amor Fraterno*”.

En la persona de Jesús todo ello está unido. Él solo celebró una Eucaristía porque solo vivió una vida; no fue sacerdote del templo porque allí no había sitio para todos; y pudo lavar los pies de los discípulos, como los esclavos, porque es la única manera de que los demás te vean como “*un señor como Dios manda*”.

En nuestra sociedad y en nuestras comunidades está vivo el debate de si hay que dar comida a las familias que lo están pasando mal o acompañarlas en sus luchas para que puedan tener posibilidades de conseguirla con su propio trabajo. Esta disyuntiva nos lleva a pensar que las personas, además de la comida, tenemos otras hambres que saciar.

El hambre de trabajo. Casi cinco millones de personas se encuentran sin empleo en nuestro país; por supuesto que no todas ellas viven las mismas situaciones, pero si hay muchas que no auguran un futuro esperanzador, por ejemplo la situación de los jóvenes de los cuales el veinticinco por ciento no han encontrado un empleo todavía. Toda esta hambre de trabajo solo se puede paliar con panes de solidaridad.

El hambre de compañía. También esta cifra es millonaria; son muchos los ancianos que viven solos; la familia no está cerca, la familia no quiere complicaciones, la familia no puede atenderlos porque no paran en casa. Ahora son los panes de la relación los necesarios para acompañar los últimos años de esas personas que no esperaron nunca encontrarse en esa situación. ¡Qué buen papel están jugando en este terreno los que vinieron de fuera!

El hambre de ser. Aquí cabemos todos, unos conscientemente buscamos y vamos dando pasos para llegar a ser un poco más personas; otros, que no sacian su hambre de ser con las cosas materiales, ni con el poder sobre otros, ni con el placer de los sentidos. Solo llenan el yo, que cada día es más potente aunque más insatisfecho; necesitan los panes de la participación en empresas que, con otras personas, puedan desarrollar proyectos que ayuden a otros a poder ser alguien en la vida.

El memorial de la Eucaristía, solo la celebramos de verdad cuando lo hacemos en una comunidad de servidores, dentro y fuera de la misma, en la que todos sus miembros se igualan en el amor de hermanos.

Cuando una comunidad de creyentes se sienta en torno a la mesa de la Eucaristía lo hace trayendo la experiencia del hambre del mundo, de las causas que la generan y de las nefastas consecuencias para quienes la sufren. Y todos los miembros de la comunidad sintiéndose, en parte, responsables de ello, piden perdón y se llenan de ansia de ser más y mejores personas: “*Venimos preparados para comer*”.

Pero esto no basta, debemos venir: “*Preparados para ser comidos*”. Si acogemos el mandato de Jesús al completo: **«Lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis»**. Todos aquellos que nos sentimos queridos por nuestro Maestro y Señor hemos de estar dispuestos a querernos entre nosotros y a “*lavar los pies*” de todas las personas que sufren las consecuencias de nuestra fatal distribución de las riquezas del mundo.

Cuando pretendemos conseguir algún trabajo o alguna prebenda buscamos la forma de estar lo más cerca posible de las personas que nos los pueden otorgar. Nos enteramos de los lugares a los que suelen acudir y de los eventos en los que suelen hacerse presentes: “*nos hacemos invitar*”. Y tratamos de estar lo más cerca posible de esas personas para que se queden con nuestra cara y con nuestra manera servicial de tratarlos si en algún momento pueden necesitarlos.

Pero el anterior no es el estilo de los seguidores de Jesús; nuestra experiencia con Él no es esa. A lo largo del evangelio reconocemos que es Jesús quien se acerca a las personas. Él es quién invita o Él mismo se invita a sentarse a la mesa de aquellos que tienen necesidad de Él.

VIERNES SANTO

1ª lectura (Isaías 52,13-53,12): *Mi siervo justificará a muchos.*

Salmo (30,2 y 6.12-13.15-16.17 y 25): *«Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu»*

2ª lectura (Hebreos 4,14-16;5,7-9): *Aprendió sufriendo a obedecer.*

Pasión (Juan 18,1-19,42): *E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu.*

Jesús no fue alguien convencional. Sus gestos sorprendieron, sus palabras resonaron, sus curaciones convocaron a multitudes, para Él cada persona era importante. Jesús hablaba de Dios-Padre, de cambio de vida... no se callaba ante la corrupción del Templo, se atrevió a cuestionar las obligaciones rituales, y compartió conversación y mesa con todos. Un grupo le seguía, y allí donde iba al momento era conocido. Era fácil saber que llegarían los problemas. Muchos no podían soportar esa manera de actuar. Detenido, juzgado, vejado, azotado, condenado a la peor de las muertes: crucifixión.

Una muerte que deja poco lugar a la imaginación, es demasiado real como para ignorarla, es un castigo ejemplarizante para todos: *“Que nadie se atreva con el orden establecido porque acabará como este”*. Jesús es consecuente con sus palabras y sus acciones, con su vida. Así lo mostrará en el interrogatorio ante Pilato. La imagen de Jesucristo crucificado nos presenta la entrega absoluta por amor. El que ha dado su palabra, el que ha perdonado... entrega su vida. En la cruz se revela un acto de injusticia, pero, ante todo, se muestra un acto de amor hasta el extremo. Jesús de Nazaret revela al mismo Dios maltratado y humillado. *«Desde que Jesús se ha dejado azotar, los golpeados y los heridos son precisamente imagen del Dios que ha querido sufrir por nosotros»* (Benedicto XVI).

Hoy también encontramos víctimas de la injusticia y la desigualdad. Hombres y mujeres que viven su particular *“viernes santo”*. La lista sería interminable. Vidas justas, injustamente tratadas. Hoy es el día de la pasión y la muerte, del sufrimiento, del dolor... del silencio. Hoy contemplamos la oscuridad, nos detenemos ante la injusticia, lloramos ante la cruz. Pero también vemos la entrega hasta el extremo de dar la propia vida. Es la aparente contradicción de Dios. En la cruz descubrimos la vida. Nos duele la cruz y no siempre la llegamos a comprender, pero, desde la cruz de Jesús sabemos que las víctimas son sacramento privilegiado de Dios.

Hoy impera el silencio. La condena y la pasión de Jesús son expresión de injusticia y de amor al mismo tiempo. Al escuchar el relato de la pasión quedamos estremecidos por el final de la vida del galileo. *«Aquel hombre que pasó haciendo el bien»* recibe la paga de la cruz. Su pasión por las personas es premiada con una pasión violenta. Pero al mismo tiempo nos estremece su silencio, incluso su docilidad. Al escuchar del evangelista que Jesús *«entregó su espíritu»*, descubrimos con estremecimiento que es un acto voluntario. Es el resultado perfecto de la vida del Hijo de Dios; una entrega absoluta, sin condiciones, sin contraprestaciones, sin intereses. Una vida que da vida en abundancia.

La pasión y la cruz de Jesús recogen cada momento de su vida. Él muere como ha vivido: poniendo su confianza en Dios y aceptando su voluntad; con la certeza de que Él es el camino, la verdad y la vida, y que quien le sigue vivirá en Dios; con la afirmación de que el reino de Dios no es de este mundo, pero da vida y vida en abundancia a todo el mundo. En definitiva, la muerte de Jesús es un signo de amor absoluto, universal y gratuito. Es la revolución del nazareno: solo el amor que se entrega a los demás es capaz de cambiar a las personas y la realidad, aunque, aparentemente, no veamos sus frutos.

Jesús aceptó la muerte y una muerte injusta. No es fácil de entender ni de justificar, pero lo primero que viene a nuestra imaginación, lo que más destaca en nuestras iglesias es la imagen que preside: una cruz. Es el resumen absoluto y definitivo de la vida de Jesús. En la cruz descubrimos su mirada hacia los empobrecidos, su voluntad de romper barreras, su intención de reconciliar a todos, su atención a los *“nadies”* de su tiempo. La cruz es la pasión y el amor de Dios con y por los hombres, especialmente por aquellos que están, de algún modo, crucificados.

Cuando terminemos de leer la pasión de nuestro Señor Jesucristo, según san Juan, posiblemente nos preguntemos: **¿ha merecido la pena tanto sufrimiento?** Nuestra respuesta puede ser el silencio, un silencio que mira la vida de Jesús y su entrega. Un silencio que agradece su pasión por cada persona. Un silencio que espera y que confía que el amor y la vida están por encima de la cruz y de la muerte. El icono del Viernes Santo es un hombre flagelado y en cruz. La esperanza y la sentencia de Dios es la vida de aquel que se ha entregado, hasta el extremo, por amor.

SÁBADO SANTO

No hay celebraciones litúrgicas hasta la noche en la Solemne Vigilia Pascual.

- ¿Nada importa?
- ¿Qué sentido tiene la vida?
- ¿Por qué y para qué merece la pena vivir?
- ¿Da lo mismo cualquier razón o sinrazón?

En nuestras sociedades occidentales estas preguntas radicales no suelen ser bien acogidas. Están ahí, veladas, como un tabú al que no queremos enfrentarnos. Sin embargo son las grandes preguntas que toda persona ha de hacerse y que todos nos hemos de preguntar algún día.

«Los valores que dan significado al vivir diario y forman una visión de la vida abierta a la esperanza, se están debilitando cada vez más y, por el contrario, surgen deseos efímeros y esperanzas que no duran y que al final generan aburrimiento y fracaso... incluso el amor corre el riesgo de reducirse a una simple cosa que se puede comprar y vender. La misma persona se convierte en mercancía» (Benedicto XVI). Muchas son hoy las voces que coinciden con él.

Porque hoy, ya no se trata de esta o de aquella creencia, de este o de aquel artículo de fe, sino de la fe misma, de la posibilidad de creer, de la capacidad del hombre para entregarse totalmente a una única, clara y exigente convicción. Son muchas las personas a las cuales la fe no les interesa, les deja indiferentes, no les dice nada; y otras buscan, se hacen preguntas por el sentido, por el valor último de la vida.

Las mujeres volvieron al sepulcro muy temprano. El amor siempre madruga. Aquellas mujeres querían a Jesús de verdad. Se lo habían arrebatado de su lado y lo habían asesinado. Querían tener con Él el último gesto de amor y, para ello, madrugaron.

Son de admirar. Querían a Jesús. Habían sido discípulas suyas: habían escuchado sus palabras, le habían ayudado en todo lo que estuvo a su alcance... y ahora, entre lágrimas, llevaban perfumes para embalsamarlo. Me gustaría ser como ellas y hacer lo que ellas hicieron. Como ellas, me gustaría conocer mejor a Jesús, escuchar con más atención sus palabras, caminar a su lado, ayudarlo en su entrega a la gente. Estas mujeres son un ejemplo de discípulas para mí, para nosotros.

Algo sucedió que las asustó. Pensaban encontrarse con un cadáver, con un cuerpo muerto, y no lo encontraron. Se asustaron. No encontraron a Jesús muerto y se desorientaron interiormente; su fe, su amor, su seguimiento,... entraron en crisis. No estaban preparadas para tanto cambio, para tanta novedad, para tanta vida. Su fe, sus creencias, su amor, tuvieron miedo y se asustaron.

Como ellas, también yo (nosotros) me asusto. Me asusto al sospechar que Dios apenas tiene que ver con mis limitadas imágenes sobre Él, las sobrepasa todas; que su amor excede todo lo imaginable por mí; me asusto al comprobar qué pequeña es mi fe y qué mísero mi amor; qué encerrado vivo en mi ego, en mi limitación; qué incapaz me siento para cambiar.

Fue, al hacer memoria, como cayeron en la cuenta de lo que les estaba sucediendo en el presente. Fue al volver a pasar por su vida, y su vida junto a Jesús, como en las lágrimas apareció, junto al amor que ya le tenían, la fe y la esperanza. Y creyeron. San Juan de la Cruz nos recuerda que: *«María Magdalena y los discípulos no vieron al Señor y por eso creyeron, sino que creyeron y por eso vieron»*.

Es así. Cuando hacemos memoria de la vida y la hacemos desde la fe, desde la esperanza, comenzamos a ver con mayor realismo, con mayor verdad. Y comenzamos a creer. Las cosas más profundas solamente son visibles con los ojos del corazón, nos recordaba el principito. Hoy necesitamos volver a hacer la experiencia de estas mujeres: volver a Jesús, seguirle por los caminos del Reino, hasta sentir, como la mayor corazonada, que vive, nos ama y camina a nuestro lado.

DOMINGO DE RESURRECCIÓN

1ª lectura (Hechos 10,34a.37-43): *Lo mataron colgándolo de un madero.*

Salmo (117,1-2.16ab-17.22-23): *«Éste es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo»*

2ª lectura (Colosenses 3,8-14): *Aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra.*

Evangelio (Juan 20,1-9): *Él había de resucitar de entre los muertos.*

Con este refrán popular castellano queremos indicar que la Pascua tiene que ver con el “acontecimiento”. Unos se preguntarán si se puede referir a que la Pascua es una fiesta de primavera, cuando el sol se apodera ya del frío y los días se van alargando en tardes suaves y agradables. Otros dirán que podría referirse a la Pascua judía, gran fiesta de la libertad de todo un pueblo, que sigue siendo referencia obligatoria en el calendario hebreo. Ambas explicaciones parecen, cuanto menos, insuficientes.

Yo prefiero pensar en que la Pascua es la gran fiesta de los cristianos, y que el “contentamiento” tiene que ver con Cristo. Pues, **¿cómo, si no, explicar la alegría profunda que nace de la fe?** La fe, en sí misma, no es alegre ni es triste; es una entrega del corazón y de la voluntad a otra persona, o a Dios mismo cuando la fe es religiosa. La fe, como acto de confianza, puede incluso que se vea truncada por la otra persona, cuando esta nos falla; entonces es fuente de dolor e incluso de tristeza. Decimos: “yo tenía fe... yo confiaba”.

La fe cristiana puede ser percibida por algunos como un peso, cuando nos ven siempre cariacontecidos o gruñones; o como un limitador de nuestra libertad, cuando todo lo vemos en clave de “se puede o no se puede”; o incluso como un reductor de nuestra felicidad; que se lo digan a todos los que piensan que para ser felices hay que renunciar a la fe cristiana. Yo creo que todas estas personas están equivocadas.

La fe cristiana no nace de unas ideas sublimes que bien o mal comprendemos; ni de una disquisición filosófica a la que llegamos tras arduas discusiones; ni de un logro moral propio de héroes. La fe cristiana nace de un acontecimiento, de una persona, de un hecho que nos sobrepasa. Jesús, el nazareno crucificado, no está entre los muertos... **¡Está vivo!**

¿Sentimentalismo de adolescente? ¿Deseo de hombre débil? ¿Imaginación calenturienta? ¿Solo una forma de hablar? ¿Un símbolo con fuerza, sin nada real? ¿Lenguaje pre-científico? No. La Iglesia no anuncia la “sensación de bienestar”, ni la “tranquilidad de conciencia”, ni el “apaciguamiento interior”, ni siquiera la “proyección de nuestros deseos”. La Iglesia dice por boca de unos pescadores de Galilea entonces, por boca de unos cristianos de hoy: que es verdad, que **«¡Está vivo!, yo lo he visto, yo soy testigo»**... y esto me hace feliz.

El “contentamiento” nace de este encuentro. Es verdad que la fe no soluciona el funcionamiento del día a día. Por tener fe no estamos libres de errores, de problemas, de tomar decisiones drásticas o de afrontar dolores que nos superan. Pero con fe, con fe en Cristo resucitado, la perspectiva, el juicio y las decisiones son distintas; estamos en el fragor de la vida y de la batalla, pero nuestro centro, nuestra luz, nuestra referencia última, nuestro quicio es Cristo vivo.

El ser humano es un ser amenazado. Por su condición de criatura limitada y mortal, las amenazas nos rodean. Podemos ser víctimas de una enfermedad que no controlamos, o de un accidente imprevisible e inesperado. En la vida moral estamos amenazados por continuas tentaciones que ponen a prueba nuestra jerarquía de valores, y con frecuencia tenemos que reconocer que ni obramos como querríamos ni estamos a la altura de nuestras opciones. La amenaza es física y espiritual.

Más aún; están las amenazas del día a día. La amenaza del paro para muchos y para algunos, incluso del desahucio. La amenaza del desamor e incluso del divorcio. La amenaza del rechazo, que para algunos llega a ser de la marginación. **¿Esta es la última palabra que pesa sobre el ser humano?** Para muchas personas que vuelan por encima de los quehaceres y rutinas cotidianas, están las amenazas del sinsentido de la vida o del saber por qué hacemos lo que hacemos y vivimos como vivimos. **¿Tiene sentido una vida corta, no exenta de dolor y de injusticias?**

La amenaza es un polo fijo en la vida de todas las personas. El otro polo es la confianza. No podemos vivir sin confiar: en los padres, en los hermanos, en los hijos, en los amigos... incluso en los superiores, directores y encargados en el mundo del trabajo. También en los religiosos, sacerdotes, catequistas... que animan nuestra vida de fe. “El que no se fía, no es de fía”, decimos; y al revés, podemos decir: “para vivir hay que confiar”.

La fe nace de una confianza que nos lleva a entregarnos a otro, a Dios. Dichosa es una persona que tiene en quién confiar; y desgraciada es, por el contrario, quien no tiene a quién poner en la balanza de la confianza, del abandono, del descanso. Para ser humanos es necesaria la confianza; como para ser honestos hace falta la sinceridad.

¿Cuál es el mensaje de la Pascua para hoy, para siempre? El mensaje es que podemos ser humanos porque podemos confiar. La confianza no la ponemos en nuestras “capacidades”, ni en nuestra “musculatura” intelectual o física, como si de una conquista se tratara. La palabra la ha pronunciado Dios Padre, y esa Palabra es vida y triunfo. Jesús vive, y ha vencido las amenazas del pecado, del sinsentido, de la muerte.

Cada una de nuestras vidas está amada por Dios y tiene un sentido pleno en la historia que Dios escribe con nosotros. Por eso, porque es Pascua, no podemos caer en el agobio que producen las amenazas, sino en la esperanza que nace y brota de la Resurrección.

¿Contentos porque es Pascua? Yo creo que todos los que somos cristianos, tenemos que decirnos de corazón, con una amplia sonrisa: **¡¡¡FELICES PASCUAS!!!**

DOMINGO SEGUNDO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 5,12-16): *Los apóstoles hacían muchos signos.*

Salmo (117,2-4.22-24.25-27a): *«Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia»*

2ª lectura (Apocalipsis 1,9-11a.12-13.17-19): *Yo soy el que vive.*

Evangelio (Juan 20,19-31): *Paz a vosotros.*

Un año más celebramos y vivimos la Pascua. Pascua significa “*paso*”: paso de la esclavitud a la libertad; como los israelitas fueron liberados de la opresión de Egipto. Paso de la muerte a la vida; como sintieron los primeros discípulos, que pasaron de estar encerrados «*por miedo a los judíos*» a salir a realizar «*signos y prodigios en medio del pueblo*».

También nosotros tenemos que sentirnos libres; tenemos que salir de nuestros encierros, desembarazarnos de nuestros miedos y sentirnos liberados, libres para realizar en nuestro mundo los signos de sanación y liberación que llevaban a cabo los primeros discípulos, los que hacía Jesús en medio de la gente, porque solo si nuestro discurso está acompañado de gestos auténticamente humanos, nuestra fe será creíble.

En este domingo de Pascua el evangelio nos presenta la aparición de Jesús a los discípulos, para que le reconozcan y sean enviados al mundo tras recibir el Espíritu Santo.

Los discípulos están escondidos, con las puertas cerradas, todavía no han recibido la fuerza de lo alto, y la ausencia del Maestro les desconcierta, no ha vuelto, como les prometió, y temen el odio de los judíos. Es el miedo de las primeras comunidades ante la persecución que padece la Iglesia, el miedo que tenemos nosotros a la incompreensión, al testimonio o al anuncio de un mensaje que actualmente “*no tiene buena prensa*” o, simplemente el miedo a salir de nuestras comodidades.

En esta situación, Jesús aparece en medio de ellos y, al reconocerle, se llenaron de alegría. Es la alegría del encuentro con el Resucitado, un encuentro que produce una transformación profunda y radical en las personas, pues el Señor sopló sobre ellos diciéndoles: «*Recibid el Espíritu Santo*».

Este Espíritu que reciben los apóstoles es el Espíritu que da vida, el Espíritu que los renueva y les hace superar sus miedos para ser enviados al mundo a anunciar a todos los hombres la presencia del Resucitado, pues son enviados como el Padre envió al Hijo al mundo.

Es el Espíritu que todos nosotros hemos recibido también para ser enviados a nuestra sociedad, a los hombres y mujeres de nuestro tiempo pues todos somos enviados a ser testigos de la Resurrección, pero, para ello, tenemos que dejar que el Espíritu nos renueve y haga de nosotros criaturas nuevas en Cristo Resucitado, criaturas nuevas para dejar aparte nuestros miedos y salir a nuestro mundo a anunciar la presencia del Resucitado.

Pero como les sucedió a los apóstoles y le sucedió a Tomás, para reconocer a Jesús, tendremos que contemplar y tocar las llagas de la Pasión para confesar nuestra fe. Y cuando Jesús nos dice que son dichosos los que sin ver creyeron, nos dice que seremos dichosos cuando sin verle a Él directamente, sepamos reconocerle en la persona de todos aquellos hermanos nuestros que también hoy llevan en su persona las huellas de la Pasión.

Podremos confesar nuestra fe en la Resurrección cuando nos impliquemos de verdad en la causa de tantos crucificados de nuestro tiempo, reconociendo en ellos el rostro de Jesús. Así podremos vivir la Pascua y escuchar también las palabras de Jesús que nos envía, como envió a los apóstoles, a cumplir también hoy, el envío que Él recibió del Padre.

Celebrar la Pascua es, pues, encontrarnos con el Resucitado, reconocerle en el rostro de aquellos que llevan hoy las huellas de la Pasión, y finalmente, como Tomás, confesar la fe, pero sabiendo que proclamar a Jesús como Señor y como Dios supone ser enviados al mundo para que la fe sea una fe viva que actúe por amor.

Es el soplo del Espíritu el que nos libera para que seamos constructores de paz, pero de una paz auténtica, porque la paz no consiste, como la entendemos muchas veces, en la ausencia de guerras, en la ausencia de violencias, sino que la paz que Dios quiere consiste en buscar la armonía, la concordia entre los hombres para poder disfrutar con gozo de una vida auténtica basada en la convivencia, en el respeto y la justicia.

Por eso, vivir la Pascua consiste en experimentar la renovación en el Espíritu, que nos hace libres, pero libres para construir la paz, para salir a nuestro mundo y colaborar en la medida de nuestras posibilidades a construir un mundo más humano. Porque no podrá existir en el mundo una paz auténtica mientras haya desigualdades, injusticias, pobreza y marginación.

Por todo ello, la Pascua nos renueva y nos libera para que salgamos de nuestro encierro a ser constructores de paz en nuestra sociedad, sabiendo que esto solo será posible si colaboramos a cimentar la paz en la justicia y el amor, aportando así los medios para una paz auténtica.

DOMINGO TERCERO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 5,27b-32.40b-41): *Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres.*

Salmo (29,2 y 4.5 y 6.11 y 12a y 13b): *«Te ensalzaré, Señor, porque me has librado»*

2ª lectura (Apocalipsis 5,11-14): *Al que se sienta en el trono y al Cordero la alabanza.*

Evangelio (Juan 21,1-14): *Es el Señor.*

El relato de la pesca no pretende ser una crónica que nos narre lo que pasó, sino que, a través de un lenguaje simbólico, trata de transmitirnos un mensaje. *“La vida y la misión de la comunidad está condenada al fracaso, si falta la presencia y la actividad de Jesús”.*

Los discípulos saben (*sabemos*) que la presencia y la acción de Jesús son necesarias para que la misión sea fecunda. Pero, no trabajan como siervos o empleados de un señor; lo hacen por amistad, Jesús está presente como un amigo que les comunica vida y hace fecundos sus esfuerzos.

El fruto de la misión depende de la docilidad a la palabra de Jesús; es un mensaje de amor que pide decisión de seguirle hasta dar la vida. La misión cristiana, que se realiza en unión con Jesús, termina en comunión del grupo con Él en la Eucaristía. En ella ofrece Jesús su alimento, que es su misma persona, al que se le integra la aportación de los discípulos. Así se verifica la unión de la comunidad con Jesús en sintonía de amor.

La comunidad cristiana nace y se construye alrededor de Jesús vivo y operante. Jesús está en el centro de la comunidad como fuente de vida, como punto de referencia, factor de unidad, otorgándole confianza y seguridad. *«El Señor está con nosotros».* Jesús se hace presente. Toma la iniciativa y, sin que ellos lo esperen, aparece.

La primera luz de la mañana es señal de la presencia de Jesús. Jesús es la luz que permite trabajar y dar fruto. Sus palabras son la clave para dar fruto. Cuando siguen las instrucciones del Señor encuentran pesca y le descubren. Tarea de cada uno y de la comunidad es precisamente descubrir la presencia del Señor y anunciarla a los hermanos.

Su imagen queda un poco borrosa y no nos damos cuenta de su presencia; solo uno de ellos lo descubre. Hay que estar atentos y vigilantes, porque el Señor es imprevisible. Lo mismo puede presentarse en la noche que en el día. Lo mismo se manifiesta en la oración que en el trabajo, en la familia que en grupo, en la dicha que en el sufrimiento.

La Resurrección no puede concebirse sin fe, lo que nos remite al testimonio de los primeros testigos. Se nos pide la misma fe que a ellos: la entrega confiada a Dios y a su mensaje y configurar nuestra vida desde la nueva realidad. La fe en Jesús no se puede separar de su mensaje, de su comportamiento y de su destino. Creer en Jesús y decidirse por su causa es inseparable.

La Resurrección no anula la cruz. La confirma. No aprueba su escándalo, pero le da un sentido y valor positivo. Y es un criterio que amonesta a todo entusiasmo excesivamente optimista. La fe en la Resurrección no debe inducirnos a buscar consuelo más allá de la cruz del presente, de los sufrimientos de los crucificados por la injusticia y los problemas de la sociedad, ni a soñar beatíficamente en una vida después de la muerte en vez de transformarla aquí y ahora. Pues como dice san Agustín: *«Él fue exaltado sobre los cielos, pero sigue padeciendo en la tierra todos los trabajos que nosotros, que somos sus miembros, experimentamos».*

La problemática de la sociedad viene también a determinar la problemática de la Iglesia y del cristiano. Pues la fe siempre se vive en una sociedad y en una cultura. De aquí, que sea necesario estar atentos a los movimientos sociales y culturales para discernir ahí la llamada de Dios y los peligros; los retos y la tentaciones.

En la actual situación es muy necesaria la presencia del profeta vigilante. Su misión fundamental es por una parte detectar los movimientos de los enemigos tanto de Dios como del pueblo (los ídolos) y, por otra, la presencia activa y transformadora de Dios en la vida.

Por la vigilancia, el creyente y la comunidad cristiana están comprometidos en la historia presente de la salvación; nos libera de la distracción, de la superficialidad, y le confiere una visión profética en la que descubre las oportunidades que le ofrece la situación presente.

En la vigilancia no malgasta el tiempo lamentándose de la mala situación que estamos sufriendo, sino que, desde la oración y meditación de la Palabra de Dios, nos capacita para descubrir los signos de los tiempos que son positivos y activos para ir poco a poco transformando la realidad.

La vigilancia nos aporta discernimiento sobre las prioridades y dirige nuestra atención a los pequeños pasos y a sus dificultades y nos capacita para pasos futuros y decisiones más importantes. La vigilancia también nos descubre el sentido profundo de los fracasos y sufrimientos actuales. Si los compartimos desde la opción por Cristo y su causa y en solidaridad con los sufrimientos de los hombres de hoy, comprenderemos que todo nos lleva y nos sirve para transformar la realidad.

Pero únicamente si vivimos centrados en Cristo y en solidaridad con los hombres y sus problemas, podremos descifrar los signos de los tiempos y responder a ellos.

DOMINGO CUARTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 13,14.43-52): *Yo te haré luz de los gentiles.*

Salmo (99,2.3.5): *«Somos su pueblo y ovejas de su rebaño»*

2ª lectura (Apocalipsis 7,9.14b-17): *Y Dios enjugará las lágrimas de sus ojos.*

Evangelio (Juan 10,27-30): *Mis ovejas escuchan mi voz.*

La vida está repleta de descuidos. Nos olvidamos de sacar la basura o de pasear al perro, de ir de compras a la panadería las dos barras que nos han encargado o de devolver a la biblioteca el libro prestado, de felicitar los cumpleaños de amigos o de comprarle el regalo. Generalmente, todos somos poco cuidadosos y algunos muy descuidados aunque existan también esas personas obsesionadas con la precisión del orden, con estar siempre en el momento exacto en el lugar indicado. Hasta se sienten mal si algo se descuadra de su mapa mental, o cuando olvidan el más mínimo detalle.

Pero existen además otro tipo de personas, un tipo maravilloso de gente, que no se preocupa por simples cosas, lugares y fechas. Para ellas, hacer algo es útil y bueno para alguien; ir a un sitio es encontrarse con él o con ella; recordar un día significa acordarse de quien es para uno importante. Nada, nunca y ningún sitio vacíos de alguno o alguna, de alguien. Para esas personas, un descuido es realmente grave, porque significa descuidarla o descuidarle.

Encontrar a estos cuidadosos no es fácil, porque nuestras vidas son muy rápidas y están muy ocupadas; llenas de tareas y faenas, que no dan lugares ni tiempos para preocuparnos por lo importante, ni siquiera por las personas a las que queremos y que nos quieren. Sin cuidado, llegamos a convertir el cuidado en una tarea. Nuestras acciones repercuten en otras personas para bien o para mal, así como nuestras omisiones.

Muchas veces vivimos encerrados en cápsulas transparentes, de paredes flexible, pero resistentes al contacto. Vivimos solos aunque estemos rodeados de gente. Es algo muy propio de nuestra época, en la que tenemos hasta miedo de entablar relaciones. Libertad y soledad son experiencias que, lamentablemente, confundimos: para ser libres, creemos que hay que apañárselas cada uno a su manera, sin ayuda de nadie; y, al mismo tiempo, por no sentirnos solos –en una soledad amarga- hacemos nuestra libertad dependiente de la última de las modas, el más popular de los ritos o la más pública de las opiniones.

Los metros de las grandes ciudades se han convertido en la metáfora de nuestro tiempo: miles de personas que, pegadas unas a otras, se ignoran mutuamente. **¡Cuidado!** Porque esta forma de vivir es una forma de ser. No solo a los extraños, sino también a los conocidos y queridos los ignoramos, no nos preocupan, aunque de ellos estemos ocupados: ¿Acaso ir a la reunión del AMPA del colegio me convierte en una buena madre? ¿Llegar puntual a la oficina en un buen trabajador? ¿Preparar el sermón de los domingos en un buen sacerdote? ¿Llegar antes de las tantas de la madrugada en un buen hijo? ¿Dar la paz con una sonrisa en un buen hermano de la comunidad?

Puede que sí: todo ello me hace “bueno”, y yo me ocupo en serlo. Pero si mis ocupaciones no son preocupaciones por alguien –por ti, por una concreta persona- no sirven de nada. **¡Cuidado con ocuparnos de todo y no preocuparnos de nadie!** **¡Cuidado!** Una advertencia como esta no se acepta cómodamente. No sentó tampoco muy bien a los judíos de Antioquía, a los que Pablo y Bernabé predicaban. Sí: ellos se ocupaban de todo lo que creían que debían hacer como judíos, y así se consideraban buenos. Por eso no entendían a ese Dios de Jesús, que no hacía distinción entre judíos y gentiles, entre buenos y malos; a un Dios que se preocupaba por todos por igual, por sus vidas concretas, por sus personas.

Pablo y Bernabé predicaban al Dios que cuidaba y que llamaba al cuidado. Jesús mismo se presentó a sí mismo como el pastor que cuida de sus ovejas, y a Dios como el Papá o la Mamá (Abba) que se preocupa –y siente preocupación- de sus hijos desde lo profundo de sus entrañas. Son imágenes preciosas: metáforas del Dios que ama y nos hace sentirnos interiormente cuidados, protegidos, mimados.

Somos llamados al cuidado. La primera de las llamadas –o vocaciones- cristianas es la de sentirnos así de cuidados por Dios, casi uno con Él en el amor, tan fuerte como el que Jesús experimentó como Hijo del Dios Abba. En esta vivencia arraigan las vocaciones cristianas, las llamadas de Dios al cuidado: de mis hijos, de mi trabajo, de mis implicaciones, de mi comunidad, de mis padres, de mis vecinos y conocidos, de mis hermanos cristianos. Otras muchas vocaciones reciben formas concretas (llamadas al matrimonio, a la profesionalidad comprometida en el mundo, al sacerdocio, al desarrollo personal, a la implicación social, a la vida consagrada...) pero que, al mismo tiempo que llamadas personales –para mi realización como persona-, son llamadas hacia las personas, para cuidarlas como hace el Dios Padre del Jesús Buen Pastor.

DOMINGO QUINTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 14,21b-27): *Hay que pasar mucho para entrar en el Reino.*

Salmo (144,8-9.10-11.12-13ab): *«Bendeciré tu nombre por siempre jamás, Dios mío, mi rey»*

2ª lectura (Apocalipsis 21,1-5a): *Todo lo hago nuevo.*

Evangelio (Juan 13,31-33a.34-35): *Os doy un mandamiento nuevo.*

Corren tiempos difíciles a causa de la crisis económica y muchas crisis más, el pesimismo hace acto de presencia y se multiplica en todos los medios de comunicación, en todas las tertulias y debates mediáticos, lo cual agrava aún más la situación, contagiando el ambiente y provocando desilusiones, desesperanzas, retiradas y caídas de brazos ante lo que se cree imposibilidad de hacer algo.

Y sin embargo hay signos, muchos signos diría yo, para la recuperación anímica, para retomar la iniciativa y volver a poner manos a la obra para encarar lo que pasa y cambiar la marcha, para que deje de pasar lo que no queremos y facilitemos el camino a lo que de verdad deseamos todos.

Me refiero a la iniciativa, al compromiso de muchos, de muchísimos, particulares, asociaciones, empresas, organizaciones, y un largo etcétera, empeñados en sumar esfuerzos, pequeños muchas veces, pero también grandes esfuerzos para hacer frente al hambre y resolver el día a día de las víctimas de la crisis.

Mientras los poderes públicos se empeñan con todas sus fuerzas en reducir la deuda pública y arreglar las cosas, es de suponer que para que de ese modo redunden en beneficios de los ciudadanos, la gente opta por el camino más directo. Es cuestión de principios y no solo de prioridades. Porque lo primero es el hombre, el ser humano, la persona.

Y es que después de creer superados los modelos esclavo-libre, siervo-señor, vasallo-amo, súbdito-autoridad, seguimos empecinados en el de explotados-explotadores, reduciendo a las personas a mera fuerza de producción, y el trabajo humano a mera mercancía económica, sin el debido respeto a la dignidad humana.

Fácilmente olvidamos el primer artículo de los Derechos Humanos que apuesta por la libertad, la igualdad y la fraternidad. Pero el sistema, y no olvidemos que todos somos parte y sostenemos el sistema, se empeña en tratar como “primos” a los que somos y debemos comportarnos como hermanos.

La salida de Judas del cenáculo es la señal que desencadena los acontecimientos de la pasión y muerte de Jesús. Jesús lo interpreta, en la perspectiva de la resurrección, como su glorificación por el Padre. El Padre, en efecto, glorificado por la obediencia y en la obediencia del Hijo, corresponde resucitando a Jesús de entre los muertos y sentándolo a su diestra en la gloria. De esta suerte desautoriza las malas artes y traiciones de los hombres que lo ajustician y declara inocente y justo al que había sido condenado y ajusticiado por los hombres.

Pero el momento de su gloria es también el de la despedida. Jesús siente como propia la pena de sus discípulos, y quiere despedirse como un padre lleno de amor, haciendo testamento. *«Hijos míos, me queda poco de estar con vosotros, os dejo un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros como yo os he amado».*

El amor había sido el centro de la predicación y de la praxis de Jesús. Les había dicho que tenían que amar al prójimo como a sí mismos, que tenían que perdonar una y mil veces, que el amor era la plenitud de la ley. Había practicado el amor con los enfermos, con los marginados, con los pecadores, y les había motivado con hermosas parábolas como la del samaritano o la del hijo pródigo.

Pero ahora se trata de algo nuevo. Y la novedad consiste precisamente en la medida sin medida del amor. Les pide que se amen los unos a los otros como Él los ha amado. Y antes les había dicho que Él los amaba como el Padre le había amado. De manera que pone el listón tan alto, que solo hay una manera de alcanzarlo.

«Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos». Y este amor, como el de Dios, como el de Jesús, tiene que ser la señal. En eso quiere que se nos reconozca a los cristianos, en el amor. Así lo recoge Lucas en Hechos, cuando nos dice cómo la gente se sorprendía y comentaba cómo se amaban aquellos cristianos. Eso les maravillaba y eso movía los corazones de muchos a seguir a Jesús, a acercarse y entrar en la comunidad cristiana.

El amor fraterno, es la señal y la causa pendiente de los discípulos de Jesús. Tenemos que evitar cualquier caricatura del amor. Todas las experiencias de amor tienen que ayudarnos: la familia, la amistad, el compañerismo, pero hemos de superar todas las limitaciones hasta llegar al amor de Jesús, el amor como Él nos amó, como nos ama el Padre, como tenemos que amarnos los hombres, como hermanos, como de la familia.

Y si el amor fraterno es la causa pendiente en nuestra comunidad, la fraternidad es la causa pendiente en la sociedad y en el mundo. Resulta escandaloso el escaso interés por construir la fraternidad entre todos seres humanos y entre todos los pueblos, cuando figura en el primer objetivo de los derechos humanos. Nacemos libres e iguales y no podemos renunciar a vivir como hermanos, como miembros de la gran familia humana, que llamamos a Dios Padre.

DOMINGO SEXTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 15,1-2.22-29): *No imponeros más cargas que las indispensables.*

Salmo (66,2-3.5.6 y 8): *«Oh Dios, que te alaben los pueblos»*

2ª lectura (Apocalipsis 21,10-14.22-23): *Su lámpara es el Cordero.*

Evangelio (Juan 14,23-29): *El Espíritu Santo, os lo enseñará todo.*

Los judíos, víctimas de una educación religiosa centrada en el cumplimiento de normas, de acuerdo a la tradición farisea, estaban atados y atrapados en su corazón y en su cabeza, lo que les impedía vivir en la espontaneidad a la que Jesús nos quiere introducir al decirnos que somos hijos de Dios. Se trata de un ambiente familiar en el que las obligaciones externas se cambian por vínculos internos que animan a hacer cualquier cosa por ayudar a los otros, hermanos que, a su vez, me aguantan a mí, en la convivencia diaria, con mis defectos y mis abusos.

Los primeros cristianos reflejan una situación muy similar a la nuestra, todavía educados en un judaísmo moralizante hasta la saciedad, que insistía en los comportamientos adecuados y no dejaba ningún rincón de la vida, porque todos estaban regulados con normas estrictas. A su vez, hay cristianos, que consiguen pasar de una religiosidad llena de normas moralizantes a otra en que Dios es fuente de libertad, experiencia de amor y origen de una relación centrada en la preocupación por la vida de los demás. Como ocurre en cualquier familia. **¿Cómo hacer el paso de una religiosidad a otra?**

De la mano de Jesús. Él será quien nos salve y nos haga libres. Él es nuestro salvador. Él nos da una nueva ley: la ley del amor. Lo de Jesús es como la copla: *«Ni contigo ni sin ti, tienen mis penas remedio; contigo porque me matas y sin ti porque me muero»*. Sus contemporáneos históricos le achacaban que no podía ser quien decía, porque ponerse a la altura de Dios es mucho decir para un ser humano, por muy alto que se ponga.

Sus discípulos, superado un poco su afán de trepar, ya empezaron a ver que en Jesús había algo más que pura realidad humana y que su palabra tenía un plus de profundidad y significado que transformaba y cambiaba la vida, llenaba de sentido y esperanza la pobre realidad en que discurre nuestra cotidianidad.

Por eso les asustaba sus palabras sobre el anuncio de su ausencia. *«¿Adónde iremos, solo tú tienes palabras de vida eterna!»*. Le suelta Pedro para significar el miedo a que nos deje y nos haga experimentar el vacío que nos queda sin Él.

Pero Jesús insiste en la necesidad de su marcha y la conveniencia de que ocurra. Porque en la ausencia es donde se crece y en la sensación de abandono es donde madura el significado profundo de nuestros encuentros. Justo cuando nos dejan algunas personas es cuando sentimos su huella en nosotros, su legado plasmado en la influencia que han dejado en nuestro carácter, nuestra afectividad, nuestra educación. Solo en la orfandad caemos en la cuenta de lo que han sido nuestros padres, amigos, guías, educadores. Solo en la ausencia de Dios crece nuestra necesidad de Él hasta convertirse en súplica. **¡Ven, Señor!**

En esa sensación de ausencia, que tanto pánico nos produce por considerarnos solos ante el peligro de vivir sin asideros personales, es a lo que Jesús llama el tiempo del Espíritu, porque es el tiempo en que la necesidad de Dios nos agarra a su Palabra para rumiarla y, poco a poco, en un proceso continuo de reflexión e interiorización, ir descubriendo lo que somos y comprendiendo lo que Dios es en nuestra vida.

Es el tiempo de la Palabra ya pronunciada pero no suficientemente asimilada. Es el intermedio que necesitamos entre su anuncio y nuestra preparación para poder aceptarla en el proceso de transformación que nos abre a sentirla unida a lo esencial de Dios y fundamental para nosotros, el amor.

Sin amor no hay vida que merezca la pena. Sin Palabra tampoco. Porque en ese cúmulo ingente de palabras que fluyen de nuestras bocas por los torrentes impetuosos de los medios de comunicación, unas veces diciéndolo y otras silenciándolo, resuena el eco de nuestro grito: **¿Dónde está el amor que nos salve? ¿Quién será el que nos acoja y nos acepte, nos quiera incondicionalmente y, de ese modo, nos libere de tener miedo a no ser definitivamente salvados?**

Por eso, en este tiempo intermedio que se inaugura con la Pascua, vamos descubriendo que nuestro futuro es posible por Él, que nuestra esperanza se construye sobre Él, y que nuestra vida tiene horizonte porque lo hace posible su amor.

Nuestro presente es tan frágil como nuestra crisis de fe nos insiste en afirmarlo. Nuestro poder es tan limitado como la historia nos lo recuerda cada poco tiempo con sus vaivenes. Nuestra ansiedad de futuro es tan fuerte como insistente la presencia negadora de la muerte. Nuestra duda tan cerca como tenaz el silencio de Dios.

Pero el Espíritu mantiene en nosotros el aliento de quien busca sin descanso lo que necesita, porque en cada recoveco del camino puede salirnos Dios al encuentro. Entonces el miedo se transforma en confianza, la intranquilidad en paz, la tristeza en alegría y la paralización en energía vital para hacer frente a la historia con sus problemas y sus retos. Con Dios siempre hay camino, porque hay proyecto y meta. Con Dios tenemos salvación, porque Dios es AMOR.

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

1ª lectura (Hechos 1,1-11): *¿Qué hacéis ahí mirando al cielo?*

Salmo (46,2-3.6-7.8-9): *«Dios asciende entre aclamaciones»*

2ª lectura (Hebreos 9,24-28; 10,19-23): *Acerquémonos con corazón sincero.*

Evangelio (Lucas 24,46-53): *Vosotros sois testigos de esto.*

Los seres humanos, nosotros, vivimos de los recuerdos, pero vivimos también de la esperanza. No basta con recordar lo que fuimos, nuestra “*memoria*”; tampoco basta con tener unos rasgos claros de “*identidad*”: **¿quiénes somos?**

Los seres humanos, nosotros, necesitamos tener motivos para vivir, tener razones para trabajar, encontrar un sentido al día a día. El mundo en el que vivimos no es el mejor de los mundos posibles: las injusticias flagrantes, las violencias repetidas, los abusos a débiles y frágiles son una constante.

Los seres humanos, nosotros, tenemos derecho a “*soñar*” con un mundo distinto y mejor. No solo tenemos derecho, sino que tenemos la obligación de hacerlo posible.

Los apóstoles preguntan a Jesús, en el monte: *«Señor, ¿es ahora cuando vas a restaurar el Reino de Israel?»* La pregunta tiene su lógica, pues el “*gran Israel*” había desaparecido en los repetidos exilios, y esperaba que la llegada de un Mesías político y religioso instaurara por fin el nuevo régimen, teocrático, en el que Dios fuera el único gobernante. Esa era su esperanza.

Jesús no entra en la pregunta, sino que la desvía en una sola dirección con dos vías: la promesa del Espíritu Santo y la misión entendida como *«testigos del Resucitado»*. Jesús mira al futuro, cree en el futuro, pide que nos dejemos embriagar por la posibilidad de hacer un mundo nuevo.

Jesús no da “*fórmulas*”, como tantas veces se han reclamado. Jesús abre “*sendas de vida*” para quien le quiera escuchar. No llama a la sumisión, ni a la derrota, ni a la aceptación de una realidad que se nos impone. La nueva fuerza no nace de nosotros, sino del Espíritu.

Los criterios a seguir no serán los particulares, sino los que Jesús mismo ha ido viviendo hasta su muerte: el cristiano está llamado a ser *«testigo»*, no “*imitador*” o “*adaptador*”, no “*interprete*” ni “*remedador*” de la vida de Jesús.

La fiesta de la Ascensión es un canto a la esperanza porque el triunfo de Jesús es la garantía de nuestro triunfo. Los apóstoles pensaron, en un primer momento, en una lectura “*reducida*”, “*minimalista*”, “*adaptada*”, “*interesada*” del triunfo de Jesús: pensaban en clave de “*restauración*” de “*más de lo mismo*” con pequeñas modificaciones.

Jesús, sin embargo, no pide que sigamos marchando por las sendas ya pisadas, sino que asumamos el riesgo de ser “*testigos*”. Jesús invita a la novedad absoluta, movidos por el Espíritu. La fiesta de la Ascensión no es el “*final*” de un camino, sino “*inicio*” de una vida nueva, vivida desde Dios.

Cuando nos preguntan sobre nuestra condición religiosa, y estamos dispuestos a dar una respuesta, la mayor parte de las veces decimos que somos “*religiosos*” o que somos “*creyentes*”. La primera es muy amplia, no dice casi nada, pues una persona puede ser religiosa sin estar adscrita a ninguna religión en particular. La segunda dice más, pero tampoco mucho, pues “*creyente*” también es el musulmán y el judío.

Es verdad que en el evangelio se nos invita a “*creer*” en Jesús, pero no tanto como una aceptación teórica de unas propuestas, sino como un abrazo a una persona: creer en Jesús es querer vivir como Él y vivir unido a Él. Los evangelios nos hablan también de ser “*discípulos*”; el discípulo es el que “*sigue*” las huellas del maestro; hay separación, porque el discípulo no se confunde con el maestro, pero a la vez hay proximidad, cercanía, afecto.

San Lucas nos habla, por fin, de ser *«testigos»*. El “*testigo*”, por definición, es el que “*testifica*” o “*da testimonio*”, porque ha visto y oído algo, porque ha experimentado algo que puede contar, narrar, explicar y explicitar de forma veraz. El testigo dice: “*yo lo he visto, no me lo he imaginado*”, “*yo lo he oído, no lo he soñado*”, “*yo estaba presente, no me lo han contado*”, “*yo digo que es verdad, no me lo he inventado*”.

Los testigos son necesarios en los juicios para verificar y probar los hechos que se juzgan; los testigos son necesarios también en el debate, cuando se discute un tema que tiene distintos puntos de vista; el testigo y el testimonio son esenciales en la vida religiosa, cuando damos garantía de lo que creemos con nuestra propia vida. Jesús nos pide que seamos “*testigos*” de Él, de su vida, de su muerte y de su resurrección. Dicho de otra forma, el “*testimonio*” cristiano va de la mano con la misión: el testigo del resucitado anuncia quién es Jesús, anuncia que está vivo y que su triunfo es nuestro triunfo.

¿Qué hacéis mirando al cielo? ¿Acaso pensáis que la fe cristiana es una huida del mundo, un mirar hacia arriba para no ver lo que pasa en la tierra? La Ascensión es el triunfo de Jesús que nos impulsa al anuncio del Evangelio. La Ascensión es un anticipo de Pentecostés, y Pentecostés no se entiende sin la Ascensión. No podemos quedarnos inmovilizados mirando al cielo; oremos y pidamos la novedad refrescante y rompedora del Espíritu Santo.

PENTECOSTÉS

1ª lectura (Hechos 2,1-11): *Se llenaron todos de Espíritu Santo.*

Salmo (103,1ab.24ac.29bc-30.31.34): *«Envía tu Espíritu, Señor»*

2ª lectura (1ª Corintios 12,3b-7.12-13): *Todos hemos bebido de un solo Espíritu.*

Evangelio (Juan 20,19-23): *Recibid el Espíritu Santo.*

El cambio cultural, tan manido y debatido, está todavía poco integrado en la vida de la mayoría de las personas de nuestro entorno. Tanto en la ciudad como en los pueblos se puede observar que la cultura urbana va ocupando las costumbres y tradiciones que parecían inamovibles.

Lo que comenzó siendo un no olvidarse de las raíces de cada persona, de las tradiciones, de la familia, de encontrarse con la gente, de compartir los éxitos y las dificultades; ha derivado a un cambio de costumbres y de forma de vida que va generando sólo aislamiento y soledad.

Todo esto se nota especialmente en la celebración actual de las fiestas, tanto anuales como dominicales. Antes celebrábamos la vida ordinaria de la semana y del año; la vida colectiva; el recuerdo de los antepasados; la hospitalidad para con todos los visitantes, etc.; las fiestas de toda la vida, comiendo y bebiendo con los amigos y convecinos, conectábamos el pasado con el presente y nos predisponía para afrontar el futuro todos juntos.

La cultura actual se está quedando sin testigos vivos. Las nuevas generaciones han pasado de jugar colectivamente, a divertirse individualmente con juegos electrónicos, y a pasar los fines de semana consumiendo bebidas sin ton ni son, junto a grandes masas de gente, pero sin relación como personas, que, además, tal vez viven en tu mismo edificio pero que ni conoces ni te acercas a ellos.

Nuestras fiestas de ahora poco, o nada, tienen que ver con el trabajo; con la familia extensa (abuelos, hijos, nietos, primos, tíos...); con la colectividad del barrio o del pueblo; con los amigos de siempre; con las tradiciones heredadas. Todo en nuestra vida está desconectado y lo vivimos con personas diferentes, que si se relacionan es de manera puntual, en ciertos momentos y... *“si te he visto no me acuerdo”*. La fiesta o se conecta con la vida o no es fiesta.

Pentecostés antes de ser una fiesta cristiana era (y es hasta el día de hoy) una fiesta judía. Y era una inmensa fiesta: una de las tres fiestas anuales de peregrinación a Jerusalén que se celebraba en Israel (Ex 23,16). Esta es la razón de por qué había tanta gente en Jerusalén aquella mañana. Por decirlo de una forma gráfica, el Espíritu Santo se aprovechó de la fiesta que estaban celebrando los judíos para manifestarse.

Es cierto que el cristianismo no es judaísmo y que no es necesario ser judío para ser cristiano; sin embargo, el cristianismo surgió históricamente del judaísmo y por eso conocer nuestras raíces nos permite mejor comprensión de nuestra comunidad de fe.

Nosotros celebramos también Pentecostés 50 días después de la Pascua de Jesús. Pero los cristianos tenemos otra ley: la ley del Espíritu, ley que supera la Torá en cuanto que no está escrita en uno o muchos códigos, pues de lo que se trata es de vivir permanentemente en sintonía con el Espíritu de Dios.

Este Espíritu es el que conduce la Iglesia y que produce su unidad. Hay que recordar que unidad no es sinónimo de uniformidad. Los creyentes no somos ni debemos ser producidos en serie. La unidad es la armonía de la diversidad legítima, tal como los instrumentos de una orquesta o las cuerdas de una guitarra que, siendo distintos, producen hermosas melodías.

También hay que recordar que la Iglesia (todos nosotros) debe abrirse constantemente a la acción del Espíritu, tanto dentro como fuera de ella, pues la Iglesia no es la administradora del Espíritu (como si fuera una administradora de fondos de pensiones), sino la servidora del Espíritu, y como el Espíritu sopla donde quiere, la Iglesia debe esforzarse entonces por discernir dónde está actuando para ir allí y servirlo.

El Espíritu por su mismo nombre –que significa también viento, sopro– nos saca de nuestros miedos y falsas seguridades, creadas al interior de la estructura eclesial, para lanzarnos a un porvenir insospechado. En última instancia, nos muestra por qué la Iglesia da la impresión de que languidece: nos hemos olvidado de la misión de anunciar ahora el mensaje del Reino y a Dios como futuro y plenitud en el mundo.

En este día la Iglesia evoca el nacimiento de esa nueva comunidad de testigos, hombres y mujeres, que van a manifestar con mucha audacia y en todos los lugares conocidos, que Jesús, el crucificado, está vivo. Lo van a proclamar con su palabra sobre el sentido de la vida y la muerte de Jesús y, sobre todo, manteniéndose fielmente en un estilo de vida que causará asombro.

Esta es también la razón de por qué se celebra en esta fiesta el día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar. En el Espíritu radican todos los dones, carismas y ministerios que poseemos los bautizados, que asumimos nuestro propio Bautismo, para el bien común de toda la Iglesia.

LA SANTÍSIMA TRINIDAD

1ª lectura (Proverbios 8,22-31): *El Señor me estableció al principio.*

Salmo (8,4-5.6-7a.7b-9): *«Señor, dueño nuestro, ¡qué admirable es tu nombre»*

2ª lectura (Romanos 5,4-5): *La esperanza no defrauda.*

Evangelio (Juan 16,12-15): *Os comunicará lo que está por venir.*

CREER:

Solemos comenzar la celebración de la Eucaristía con el siguiente saludo: *«La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros»* ^(2 Corintios 13,13). Es una confesión de fe en la Trinidad. Esta es la fe de la Iglesia, desde sus orígenes. Así lo atestiguan los escritos apostólicos.

Nuestra vida cristiana está atravesada, en los momentos especiales y en la cotidianidad de los días, por esta fe: por eso hacemos la señal de la cruz, mientras confesamos en voz alta o en silencio: *«en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo»*; el catecismo nos recuerda que fuimos bautizados *«en el nombre»* del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y no en *«los nombres»* de cada uno de ellos, pues no hay más que un solo Dios: la Santísima Trinidad.

CELEBRAR:

¿Qué celebramos en la fiesta de la Santísima Trinidad? Las palabras *«Santísima Trinidad»* nos llevan al pensamiento de que Dios siendo único, es tres personas. Pero en nuestra limitación, nos cuesta entender todo eso. No podemos comprenderlo.

Así lo escenifica de bien la escena de aquel niño que, en la playa, quería meter todo el mar en un hoyo. El relato nos dice que san Agustín, mientras meditaba en el misterio de la Santísima Trinidad, paseaba aquel día por aquel lugar y viendo al niño, le preguntó qué hacía y le explicó que era *«imposible meter todo el mar en aquel agujero»*. Todos sabemos la contestación del niño (que era un ángel): *«más difícil es querer comprender el misterio de la Santísima Trinidad»*.

Entonces. Lo que celebramos es que Dios es amor que *«Dios es único pero no solitario»* y que así se nos ha mostrado a lo largo de la historia; Dios es nuestro Padre, nuestro *«Abbá»* papá, y es el Hijo, nuestro hermano y compañero de camino; y es el Espíritu Santo que llena nuestros corazones de vida y de amor. *«Ves la Trinidad si ves el amor»*, escribía san Agustín. De Dios solo sabemos algo cuando amamos.

ACOGER:

Únicamente nos acercamos al misterio de Dios cuando acogiendo el amor que Dios nos tiene, lo compartimos con los demás, con nuestros hermanos. Nos lo dice muy claro san Juan: *«Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él»* ^(1 Juan 4,16). También, el apóstol Pablo nos asegura que *«el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado»* ^(Romanos 5,5). Estamos pues en el centro de la experiencia cristiana. Creer en Dios es creer en su amor, es acoger su amor, es vivir en su amor. Creer es amar.

La iniciativa siempre es de Dios Padre que, por puro amor, nos ha entregado a su Hijo y por medio de su Espíritu ha llenado nuestro corazón de su amor. El evangelio de Juan da testimonio de esta verdad: *«Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su único Hijo, para que todos los que crean en Él tengan vida eterna»* ^(3,16).

VIVIR:

Nuestra gran tarea, como cristianos, es la de creer, confiar, acoger, cuidar y vivir lo que Dios nos ha regalado con su amor, nos ha entregado a su Hijo y nos acompaña siempre por medio de su Espíritu. Dios se nos ha dado a sí mismo.

Hoy, y siempre, tenemos ante nosotros un gran desafío o, mejor dicho, una invitación inmerecida: vivir la verdad central del cristianismo: *«Dios nos ama»*. Ser cristianos es, antes de nada, acoger el amor de Dios. Abramos los ojos, el corazón, las manos, el entendimiento... para acoger y vivir esta experiencia radical. Acoger a Dios que nos ama supone dar un nuevo sentido a la vida, una nueva orientación vital. No tengamos miedo y hagamos la experiencia.

EL CUERPO Y LA SANGRE DE CRISTO

1ª lectura (Génesis 14,18-20): *El sacerdote sacó pan y vino y le bendijo.*

Salmo (109,1.2.3.4): *«Tú eres sacerdote eterno»*

2ª lectura (1ª Corintios 11,23-26): *Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros.*

Evangelio (Lucas 9,11b-17): *Dadles vosotros de comer.*

«Cierta día, llegó a un pueblo un hombre pidiendo por las casas para comer, pero la gente le decía que no tenían nada para darle. Al ver que no conseguía su objetivo, cambió de estrategia. Llamó a la casa de una mujer para que le diese algo de comer. **-Buenas tardes, Señora. ¿Me da algo para comer por favor?** –Lo siento, pero en este momento no tengo nada en casa –dijo ella-. **-No se preocupe –dijo amablemente el extraño-, tengo una piedra en mi mochila con la que podría hacer una sopa. Si Ud. me permitiera ponerla en una olla de agua hirviendo, yo haría la mejor sopa del mundo.** –¿Con una piedra va a hacer Ud. una sopa? ¡Me está tomando el pelo!

-En absoluto, señora, se lo prometo. Deme un puchero muy grande, por favor, y se lo demostraré. La mujer llamando a sus vecinas, cogió su olla más grande y la colocó en mitad de la plaza. El extraño preparó el fuego y colocaron la olla con agua. Cuando el agua empezó a hervir ya estaba todo el vecindario en torno a aquel extraño que, tras dejar caer la piedra en el agua, probó una cucharada exclamando: **-¡Deliciosa! Lo único que necesita son unas patatas.**

Una mujer se ofreció de inmediato para traerlas de su casa. El hombre probó de nuevo la sopa, que ya sabía mucho mejor, pero echó en falta un poco de carne. Otra voluntariosa mujer corrió a su casa a buscarla. Y con el mismo entusiasmo y curiosidad se repitió la escena al pedir unas verduras y sal. Por fin pidió: **-¡Platos para todo el mundo!** La gente fue a sus casas a buscarlos y hasta trajeron pan y frutas. Luego se sentaron todos a disfrutar de la espléndida comida, sintiéndose extrañamente felices de compartir por primera vez, su comida.

Y aquel hombre extraño desapareció dejándoles la milagrosa piedra, que podrían usar siempre que quisieran hacer la más deliciosa sopa del mundo».

Almeirim es una ciudad portuguesa que está a unos cien kilómetros al norte de Lisboa. A esta ciudad se la conoce como la capital de la “sopa de piedra” y si la visitáis, en cualquier restaurante podréis pedir que os sirvan una “sopa de piedra”. En el norte de Europa, en los países escandinavos, podremos tomar una “sopa de clavos” y en el este, en Rusia, podremos comer “sopa de hacha”. Quizá pueda resultarnos infantil o demasiado simple, pero el mensaje es claro. Con la cooperación podemos alcanzar lo que antes parecía imposible. La solidaridad abre el horizonte a situaciones novedosas y positivas para todos. Los resultados pueden ser espectaculares. Solo es necesario poner un poco de nuestra parte.

Cada vez que escuchamos el Evangelio reconocemos a Jesús actuando, con pasión, por los demás. Su entrega la encontramos en su palabra, en las curaciones de los enfermos, en el perdón de los pecadores y en la acogida de todos. Jesús vive una existencia por los demás. Toda su vida y todos sus días son un acto de amor y de entrega. Su historia queda sintetizada en la Eucaristía; es el sacramento de nuestra fe, la nueva alianza, el misterio del amor más absoluto. Es la celebración de una vida entregada, compartida y derramada.

Creyente es quien ha descubierto a Jesucristo y se ha encontrado con Él, en una experiencia personal, radical y profunda. Desde ese encuentro no se continúa por el mismo camino. **«La fe implica un testimonio y un compromiso público [...] exige también la responsabilidad social de lo que se cree»** (Benedicto XVI “Posta Fidei”-10).

Los cristianos seguimos los pasos de Aquel que dio su vida por los demás. Nosotros queremos recorrer el mismo camino y vivir la Eucaristía en todas las facetas de nuestra vida. Como Jesús, también apostamos por el prójimo, haciendo realidad aquello que creemos. **«Haced esto en memoria mía»** es un mandato que nos hace mirar a la Eucaristía y, al mismo tiempo, nos lleva a las periferias del mundo, junto a las víctimas, al lado de quienes sufren.

«El verdadero poder es el servicio». Nos recordó el Papa Francisco, en el inicio de su pontificado. Es la fuerza de la Eucaristía el poder de la ternura, es la potencia de la compasión. El servicio a los demás es capaz de cambiar el mundo. Jesús nos lo transmitió con toda su vida y lo reconocemos en infinitud de gestos con los más necesitados: perdonar, acoger, sanar, consolar... Nosotros también queremos recorrer el camino de Jesús en el servicio a todos.

Todos los días recorreremos caminos que nos pueden aproximar a quienes sufren. La Eucaristía es amor que se entrega y se derrama por los demás. Ese itinerario nos acerca a toda persona que está necesitada de pan, de paz, de amor, de perdón, de ilusión... La Eucaristía es vida para el mundo. A nosotros nos toca que sea presencia liberadora y amorosa de un Dios que sueña con el bien de sus hijos.

Jesús bendice unos pocos panecillos y hay para todos. La Eucaristía multiplica su presencia en nuestro mundo. Toda la Iglesia, todos los cristianos estamos llamados a hacer presente el amor de un Dios que se hace hombre por nosotros. Entre todos multiplicamos la bendición de Dios, unas veces en forma de pan, otras de paz, otras de ilusión, pero siempre de amor. Cada uno de nosotros estamos llamados a mostrarlo con palabras y con acciones.

DOMINGO X DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1ª Reyes 17,17-24): *Elías tomó al niño y lo entregó a su madre.*

Salmo (29,2.4.5-6.11-12a.13b): *«Te ensalzaré, Señor, porque me has librado»*

2ª lectura (Gálatas 1,11-19): *El que me escogió, por su gracia me llamó.*

Evangelio (Lucas 7,11-17): *A ti te lo digo, ¡levántate!*

Salimos una noche, del invierno pasado, con unos termos de “café con leche”, unos vasos y algunas mantas a socorrer a los que mal dormían junto a los cajeros automáticos de los bancos, intentando paliar, en lo posible, el intenso frío. Les obsequiábamos con un café y una manta, junto a un poco de amistosa charla, interesándonos por ellos y oyendo (de algunos) el ¿por qué? de su situación.

Cada historia era diferente. Muchos los pasos y traspies que les llevaron a acabar deambulando por las calles, sin destino ni refugio, en soledad, desprotegidos. Pero todos los relatos solían coincidir en las últimas frases: «Dejo que las cosas pasen, porque confío en que llegarán a buen fin». «Estoy poniendo en hora los relojes en mi vida». «Decidí cambiar de vida, ¡darme una patada en el culo!». «No se puede siempre mirar atrás». «Sé que la vida me reserva alguna cosa buena», «Sé que esto algún día cambiará»..., en todos había un anhelo de esperanza.

Los fragmentos de la Palabra de Dios que leemos este domingo tienen algo en común: tratan de vidas concretas y marcadas por errores graves y duras dificultades. Son vidas itinerantes, que van dando tumbos hasta toparse con un problema irresoluble.

Estos relatos bíblicos se asemejan a tantos y tantos otros que nos encontramos en nuestra vida de hoy. Todos hablan de personas “sin techo”. Estar sin techo o sin hogar es encontrarse sin protección, sin un lugar en el que refugiarse, en el que sentirse a gusto y poder descansar de todas esas dificultades que entraña vivir. Significa, más que nada, estar solo. No tener nada ni a nadie en quien apoyarse; ni abrigo, ni abrazo.

Las viudas en Israel eran unas “sin techo” porque ninguna ley ni costumbre (creada por y para los hombres) las amparaba ni defendía. Tenían que vagar y vivir de la caridad. Su única salida era tener un hijo varón, en el que depositar su esperanza.

Los “sin techo” que encontramos día a día en nuestras calles, o durmiendo en los cajeros de los bancos, han enviudado también. Hay muchas formas de hacerlo, pero el resultado es el mismo: ser abandonado a la propia suerte, que nunca viene, pero se sigue aguardando.

Aunque uno no tenga techo, hay que seguir viviendo y seguir esperando que la suerte llegue. Esa es una de las cualidades en las que más podemos reconocer nuestra animalidad -el instinto de supervivencia- junto a nuestra humanidad -la esperanza en el futuro-.

Podemos vivir, como animales humanos, hasta que las cosas, que “no podían ir a peor”, se oscurecen del todo. Un duro golpe que rompe con todo instinto y con toda esperanza. Entonces, el techo que no teníamos se hunde sobre nuestras cabezas. Esta es la experiencia de las viudas de los relatos bíblicos, que pierden absolutamente todo; también lo que esperaban tener.

Pablo, por su lado, estaba bien protegido por sus costumbres y convicciones. Se había construido una sólida techumbre sobre su cabeza que, de la noche a la mañana, se hunde. Un duro golpe que, en retrospectiva, él mismo contaba a los gálatas que había sido “de gracia”.

De lo que no nos damos cuenta, los que nos esforzamos por apuntalar las vigas de nuestras mansiones y protegernos de los huracanes, es que Dios es «nuestro refugio» y que lo es siempre. El golpe de gracia, para Pablo, fue el derrumbe de su edificio de ideas para poder contemplar sobre su cabeza tan solo el amor inmenso del Dios-Padre que, sin saberlo él, le conocía «desde el seno de su madre».

En medio de nuestros escombros, por entre nuestros desechos, descubrimos que Dios estuvo y está siempre con nosotros. Por eso los “sin techo” y los “enviudados”, de vidas derrumbadas, son los predilectos de Dios, los que mejor saben descubrirle y amarle.

Es precisamente de entre las ruinas de necesidades vanas y deseos frágiles desde donde los “sin techo” (con más o menos apuntalamientos) descubrimos a Dios, como por sorpresa. Él nos dice que no lloremos, toca nuestras miserias esparcidas por el suelo y hace nacer nueva vida en nosotros, de nuestros escombros.

DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (2º Samuel 12,7-10.13): *El Señor ha perdonado ya tu pecado.*

Salmo (31,1-2.5.7.11): *«Perdona, Señor, mi culpa y mi pecado»*

2ª lectura (Gálatas 2,16.19-21): *Porque el hombre no se justifica por cumplir la ley.*

Evangelio (Lucas 7,36-8,3): *Tu fe te ha salvado, vete en paz.*

Cuando nuestra irresponsabilidad, y en ocasiones la mala voluntad, nos lleva a cometer ciertas barbaridades, cuya consecuencia no habíamos previsto, solemos decir esta expresión: «Esto no tiene perdón de Dios». Tal es el caso del mal estudiante, que ni siquiera prepara los exámenes, sino que se presenta, como suele decirse, a cuerpo limpio, o sea sin saber nada, a ver si hay suertecilla. O el del trabajador, que después de muchas fatigas consigue un puesto de trabajo y falla el primer día porque tenía que celebrar su cumpleaños. O el del desaprensivo, que aprovecha una invitación en casa de unos amigos para sustraerles una joya. La ligereza del estudiante, la irresponsabilidad del trabajador, la alevosía del invitado son conductas imperdonables, o sea, «que no tienen perdón de Dios».

En nuestro tiempo y cada vez más, proliferan conductas y comportamientos irresponsables e imperdonables. Y es que no siempre medimos las consecuencias de nuestros actos y luego nos quedamos de piedra al enterarnos de cómo los ven y valoran los otros, los directa o indirectamente afectados.

Tal es el caso que se está produciendo en nuestro tiempo, al hacerse públicas y transparente, las alegrías con que muchos cargos públicos, valoran todos y cada uno de sus actos en el desempeño de sus funciones, eso sí, con cargo al erario público, es decir, a costa de los contribuyentes, a los que en contrapartida, se nos cobra por cualquier servicio por mínimo que sea.

La generosidad con que se aprecian las dietas, los desplazamientos, las distancias, las asistencias, el uso de coches oficiales... tales noticias, dejan sin aliento a los lectores y oyentes. Pero lo que «no tiene perdón de Dios» y aquí la frase hecha viene como anillo al dedo, es la conducta incomprensible de los que se apropian de cantidades desorbitadas, los que se conceden sueldos redondos con el dinero público, quienes se adjudican ventajas injustificables, los evasores de impuestos, los que depositan millones en paraísos fiscales incontrolables, los que escatiman el salario de los obreros, quienes encarecen los precios y especulan provocando su escasez, los que despiden a trabajadores para aumentar el beneficio de empresas que ganan millones, etc., etc., etc.

Hemos escuchado, en la primera lectura, cómo el profeta Natán se presenta a David para afearle su conducta. Primero le cuenta un cuento, en el que un rico, dueño de cientos de ovejas, pretende la única corderilla de un pobre para celebrar un banquete con sus amigos y, ante la negativa del pobre, se apodera por la fuerza de la corderilla y mata al pastor. David monta en cólera y promete ejecutar al autor de tal felonía.

Pero se queda mudo al escuchar a Natán, que le dice: *«¡Tú eres ese hombre!»*. Lo tenías todo, se disputaban tus favores todas las mujeres de Israel y has ido a poner tus ojos en la mujer de Urías, planeando su muerte para evitarte complicaciones. David, anonadado, reconoce su pecado y pide perdón al profeta. Y el profeta le contesta, que Dios le perdona porque es Dios, no un hombre.

El evangelio nos relata otro caso del perdón de Dios. Esta vez se trata de una pecadora que cae a los pies de Jesús arrepentida y se acoge a su misericordia, sin importarle lo que piensen y digan los que rodean a Jesús en este momento.

Jesús sabe apreciar su gesto y su coraje y la defiende públicamente, ante las insinuaciones de los comensales, que piensan mal y murmuran contra ella. Jesús acepta su demostración de arrepentimiento y le concede el perdón de sus pecados, ante el asombro de todos que no acaban de creer las palabras de perdón de Jesús, y se preguntan quién es, y cómo se atreve a perdonar, si eso es cosa de Dios.

Jesús quita hierro a las discusiones y comentarios, valorando la actitud de la mujer, que ha tenido fe y confianza. Su fe es la que la ha salvado. Pero antes de alabar la actitud de la pecadora, pone en solfa la actitud de los que se tienen por justos y menosprecian a los pecadores. La sencilla parábola con que Jesús sale al paso de los retorcidos pensamientos del fariseo, son todo una lección para el anfitrión.

Pero, por si no acaba de entenderla del todo, Jesús lo pone en evidencia al recordarle las pocas atenciones que ha tenido con Él, negándole todas las normas de cortesía a un invitado, precisamente por un falso respeto humano, para no quedar mal ante los suyos como si fuese amigo del Nazareno.

El perdón de Dios nos reconcilia también con nosotros mismos, y así ya podemos quedarnos en paz. En cambio, el obstinarnos en nuestro pecado, el no querer reconocer que somos nosotros –tú eres ese hombre- los que de una u otra manera hemos ofendido al prójimo y a Dios, nos deja en nuestras trece y en nuestra mala conciencia. La mujer pecadora se fue en paz, no así el fariseo que quedó confundido y descalificado por su falta de arrepentimiento, por su falta de fe, por su mala fe.

DOMINGO XII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Zacarías 12,10-11; 13,1): *Mirarán al que traspasaron.*

Salmo (62,2.3-4.5-6.8-9): *«Mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío»*

2ª lectura (Gálatas 3,26.29): *No hay distinción entre judíos y gentiles.*

Evangelio (Lucas 9,18-24): *¿Quién dice la gente que soy yo?*

«¿En qué consiste realmente mi fe?» El riesgo que corremos al querer contestar a esta pregunta, es que podemos habernos acostumbrado a convivir con la fe y la hemos convertido en rutina, a confesar una serie de fórmulas y prácticas aprendidas y a pensar que la fe se reduce a eso, porque muchas veces confesamos a Jesús por pura rutina y/o tradición, porque lo aprendimos así desde pequeños..., pero no sabemos realmente lo que confesamos pues esa confesión que hacemos con los labios no implica un compromiso en la vida.

La carta a los Hebreos ^(12,2), nos exhorta a tener «fijos los ojos en Jesús, el que inicia y completa nuestra fe». Por ello la fe, más que un cajón de verdades, es la adhesión a Cristo, es hacer de Cristo el centro de nuestra vida, nuestra razón de ser y de vivir.

Benedicto XVI en la convocatoria del año de la fe, nos recordaba: «la exigencia de redescubrir el camino de la fe para iluminar de manera cada vez más clara la alegría y el entusiasmo renovado del encuentro con Cristo». Por tanto, responder hoy a la pregunta: «¿Quién decís que soy yo?», no puede consistir en hacernos un Jesús a nuestra medida esgrimiendo nuestra condición de “cristianos de siempre”, sino ir al encuentro del Jesús del evangelio para unirmos a Él, para que sea el criterio último de nuestra vida, para confiarle, con todas las consecuencias, nuestro presente y nuestro futuro. Y, unidos a Cristo, anunciarle a todos los hombres, sin distinción, para llevar así, con nuestro compromiso de vida, una luz de Esperanza a todas las personas.

Reconocer a Jesús es fundamental para poder escucharle y para poder seguirle; por eso Jesús pregunta a aquellos que han comprometido su vida para estar con Él: ¿quién dice la gente que soy yo? La multitud que escucha su predicación, que es testigo de sus signos y milagros, la gente que ha escuchado de sus labios en la sinagoga de Nazaret decir: *«Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír»*, ¿qué opinión tiene de Jesús? Ciertamente la respuesta que dan hace ver el gran concepto que tiene la gente de Jesús de Nazaret, le comparan con los grandes personajes de la historia del pueblo... Pero no han sabido comprender su mensaje, no han logrado descifrar sus signos, se han quedado a mitad de camino.

Ante esto, Jesús hace la pregunta directa a sus amigos, a los que han entregado su vida a estar con Él y seguirle, a los que comparten su día a día, sus ilusiones y esperanzas, sus preocupaciones, angustias y cansancios, a los que, teóricamente, le conocen bien: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Pedro, respondiendo a esa pregunta, confiesa la fe: *«Tú eres el Mesías de Dios»*.

Pero el Mesías que confiesa Pedro es el que responde a las esperanzas políticas de Israel, el que va a restaurar el Reino de David, el Mesías del poder, no el enviado del Padre a realizar la salvación desde la figura del “*siervo humilde*”, el que viene a anunciar la liberación a los oprimidos y la Buena Nueva a los pobres, por ello les pide que no se lo digan a nadie, porque realmente no saben lo que dicen.

Posiblemente si nos preguntaran hoy a nosotros quién es Jesús, también daríamos una respuesta correcta, aprendida en catequesis, en sesiones de formación, en charlas... Pero quizá nos mandaría callar Jesús, como a Pedro, porque, como Pedro, no habríamos entendido que reconocer de verdad a Jesús es adquirir el compromiso de seguirle; y Él mismo nos dice hoy en qué consiste el seguimiento: negarnos a nosotros mismos, o sea, renunciar a nuestro afán de protagonismo, a nuestros egoísmos para darnos sin reserva a los demás. También hay que tomar la cruz.

La verdad es que hablamos demasiado de la cruz y poco del amor, pero es que una cosa no puede ir separada de la otra. Pues la cruz de Cristo es la manifestación plena del amor de Dios que envió a su hijo al mundo para que todo el que crea en Él tenga la vida eterna.

Y hoy, tomar nosotros la cruz de cada día para seguir a Jesús es vivir el amor al prójimo de manera que este nos lleve a cargar con las cruces de tantos crucificados por la injusticia, el egoísmo y la incompreensión de los hombres, por el despotismo de los poderosos. Por eso, tomar la cruz de nuestros hermanos más débiles es la manera de reconocer y seguir a Jesús para así demostrar cual es realmente mi fe.

DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Reyes 19,16b.19-21): *Y se puso a su servicio.*

Salmo (15,1-2a.5.7-8.9-10.11): *«Tú, Señor, eres el lote de mi heredad»*

2ª lectura (Gálatas 5,1.13-18): *Amarás al prójimo como a ti mismo.*

Evangelio (Lucas 9,51-62): *El que mira atrás no vale para el Reino de Dios.*

A lo largo de nuestra vida todos hemos tenido la suerte de compartir tareas con personas capaces de contagiar entusiasmo a la hora de llevar adelante el proyecto en que unos y otros estábamos embarcados. Son personas libres y liberadoras, no te atan ni te subordinan a ellos, sacan de ti lo mejor de ti mismo, valores de los que tal vez no eras consciente, aportan sin imponerse, porque no son “jefes”, ni mandan, son capaces de ver lo positivo donde no resulta fácil que otros lo veamos y, gracias a ellos, proyectos, sociedad e Iglesia caminan y avanzan sin que se cuelguen medallas.

Estos proyectos y tareas comunes con frecuencia terminan en una honda, sincera y grata amistad, y descubrimos así que “quién tiene un amigo tiene un tesoro”. Son fieles a esa amistad. Son amigos de una vez y para siempre, están a tu lado cuando los necesitas, no defraudan, y sabes de quién te has fiado. Necesitamos, y necesita nuestra sociedad y nuestra Iglesia, personas así, para seguirles con decisión y libertad.

Tú y yo, amigo, tenemos la enorme dicha de conocer al mejor de todos ellos: Jesús de Nazaret, hijo de Dios y hermano nuestro. Él es el hombre libre y liberador, capaz de entusiasmar a quien se acerca a Él con su propia circunstancia, sea la que sea, no importa. Siempre acoge y nunca defrauda. Su vida, sus palabras, su proyecto, son capaces de entusiasmar y emocionar hasta la adoración y el llanto gozoso. ¿Quién es este hombre capaz de cambiar tu vida? Mira como nadie te ha mirado. Abraza hasta hacer brotar en ti, la paz más íntima, más serena y confiada.

«Cuando se iba cumpliendo el tiempo de ser llevado al cielo, Jesús tomó la decisión de ir a Jerusalén». Así comienza el evangelio de hoy. Esta última parte del evangelio de Lucas acontece en este camino de Jesús hacia la consumación de su vida, hacia su muerte y resurrección. Vemos a Jesús que quiere asumir decididamente su tarea mesiánica, y descubrimos los rasgos del discípulo que desea seguir al Maestro y proseguir su misión. Nosotros, en ese caminar tras sus huellas, iremos aprendiendo las exigencias de la vocación cristiana.

En el camino, Jesús y el discípulo van a encontrar dificultades. Hoy aparecen en forma de rechazo: *«no lo recibieron»*. Comienzan ya aquí las enseñanzas para rechazar toda reacción de violencia. Jesús soportará el sufrimiento y cargará con las consecuencias de los pecados ajenos, pero rehusará toda tentación de odio y de venganza.

Prosiguiendo el camino, el texto nos presenta el encuentro de Jesús con tres personajes. El primero quiere seguir a Jesús. No ha sido llamado, la iniciativa ha salido de él. Pero Jesús le advierte: *«el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza»*. La vida de Jesús es una vida desinteresada, sin casa ni lugar, sin seguridades ni cobijos. Es un hombre libre para el camino. Ese camino apunta hacia la cruz, y nadie puede querer eso. No sabemos qué pasó después con este personaje. ¿Se decidió al fin a seguir a Jesús?

En el segundo encuentro es Jesús quien toma la iniciativa: *«Sígueme»*. Una persona es llamada por Jesús. Ella responde que desea primero ir a enterrar a su padre. Pero ni siquiera la ley debe interponerse entre Jesús y aquel que es llamado. Hay que posponer lo antiguo para anunciar la novedad del Reino. En Jesús ha llegado a plenitud el Reino de Dios. Solo Jesús se puede arrojar la llamada última y absoluta. Escuchada esa llamada, no se puede hacer existencialmente otra cosa que seguir esa llamada.

«Otro le dijo: Te seguiré, Señor. Pero déjame primero despedirme de mi familia». Entiende el seguimiento de Jesús como un ofrecimiento suyo, personal, y se siente con derecho a imponer condiciones. Pero el seguimiento de Jesús está por encima y más allá de todas las condiciones. Quien las pone no es apto para el Reino de Dios, no puede ser discípulo de Jesús. Solo el seguimiento total permite conocer a Jesús y proclamarlo como “el Señor”, el único Señor de nuestras vidas.

Lo que permite conocer a Jesús e identificarse con Él es un dejarse conducir por su Espíritu, implicarse en la construcción del Reino, que es así, a la vez, gracia y tarea, don y respuesta. Esto se actualiza en la historia tratando de compartir los gozos y esperanzas, angustias y tristezas de todos los hombres, especialmente los de los pobres y de cuantos sufren.

DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 66,10-14c): *Yo haré derivar hacia ella, como un río la paz.*

Salmo (65,1-3a.4-5.16.20): *«Aclamad al Señor, tierra entera»*

2ª lectura (Gálatas 6,14-18): *Lo que cuenta es una criatura nueva.*

Evangelio (Lucas 10,1-12.17-20): *Rogad al dueño que mande obreros a su mies.*

El Concilio Vaticano II, es punto de referencia por su carácter pastoral y porque afrontó problemas inéditos, como la pobreza escandalosa, la opresión de los derechos humanos y de la libertad, la carrera de armamentos, etc. Al contrario de los demás concilios, la intención de su convocatoria no fue la de corregir errores, sino el darse cuenta que solo se puede permanecer fieles a la Tradición cristiana mediante un esfuerzo nuevo de toda la Iglesia sobre el “hoy” de la fe, a la luz del Evangelio y de la misma Tradición. Ya desde su inicio tuvo la preocupación pastoral de acercar el Evangelio a la sociedad contemporánea.

*Han transcurrido varios años y durante ellos se han sucedido varios papados; y, de cada uno de ellos hemos percibido como paulatinamente hemos ido avanzando en esta dirección, dándonos fehacientes muestras de ello en viajes, discursos, mensajes, exhortaciones, bulas, libros, escritos, encíclicas... Comenzando por quien lo convocó **Juan XXIII** (1958-1963: “*Pacem in terris*”, “*Mater et magistra*”); **Pablo VI** (1963-1978: “*Humanae vitae*”, “*Populorum progressio*”); **Juan Pablo I** (1978); **Juan Pablo II** (1978-2005: “*Evangelium vitae*”, “*Laborem exercens*”); **Benedicto XVI** (2005-2013: “*Caritas in veritate*”, “*Sacramentum caritatis*”); **Francisco** (2013- : “*Lumen Fidei*”, “*Laudato si*”, “*Amoris laetitia*”).*

Lucas expone en este pasaje evangélico un importante discurso dirigido no solo a los doce, sino a otro grupo numeroso de discípulos, a los que envía para que colaboren en su proyecto del Reino: anunciar y curar. Estas instrucciones de Jesús son importantes, ya que nos dicen cuál ha de ser el perfil del evangelizador. Estos son algunos de sus puntos más significativos.

La realidad nos está pidiendo que debemos cambiar. Pero, ¿en qué debemos cambiar? ¿Hacia qué modelo de Iglesia debemos caminar para que el mensaje evangélico resulte creíble en nuestro mundo actual? El cambio que se pide es que la Iglesia sea fiel a su propia identidad. Identidad que queda definida por la Misión, y la Misión, por una doble coordenada: Fidelidad al proyecto de Jesús y fidelidad a los hombres de nuestro mundo. Según las recomendaciones de Jesús se pueden acentuar estos rasgos.

Una Iglesia que sea espacio de acogida, de humanización y de crecimiento espiritual. Una Iglesia centrada en Cristo y en las personas, y no mirarse al ombligo. Hoy estamos amenazados por una peligrosa y funesta tentación: replegarnos sobre nuestros propios intereses y seguridad, adoptando una actitud defensiva, oponiéndonos al cambio necesario. Una Iglesia pobre, sencilla, humilde, libre. Para ello se ha de liberar de todo lo que le ata y le impide abrirse al Dios, revelado en Cristo, y los hombres actuales. Por fin, una Iglesia participativa y corresponsable. Nuestro mundo con sus problemas, sus crisis... es un tiempo oportuno de liberación y de crecimiento espiritual.

La palabra evangelio significa en el Nuevo Testamento «**Buena Noticia**»; y evangelizar significa «**dar una Buena Noticia**». En la actualidad, precisamos pasar de la “*denuncia*” al “*anuncio*”; y si se ha de hacer la “*denuncia*”, que en su misma denuncia y en la forma de hacerla sea ya “*anuncio esperanzado*”. Precisamos lugares de ánimo, de curación de heridas, que fomenten elevar la moral. Por eso, cuanto más crece esta atmósfera desanimante, menos motivos tendremos para la complicidad con el pesimismo. Hay que estar muy atentos a ciertas denuncias: que en vez de curar, envenenan más las heridas.

Precisamos sabios y profetas lúcidos, portadores de esperanza, que crean y, por cuya causa vivan, de que no solo es posible, sino que ya se está dando un nuevo nacimiento de una nueva comunidad. Ciertamente que tanto el sabio como el profeta no es un ingenuo, conoce la realidad y la experimenta; también sabe que ha de chocar con los sabios de este mundo, que le acusarán de irrealismo, de ingenuo, de soñador iluso. Aquí radica la originalidad de la esperanza cristiana; no se apoya en lo que dicen los medios de comunicación, aunque los tiene en cuenta, sino que se apoya en el Dios de la promesa.

Los grandes comienzos de la historia de la salvación han comenzado por el irrealismo; personas estériles, fecundan precisamente porque creyeron que para «**Dios no hay nada imposible**» (Sara, Ana, Isabel...), y desde esa fe confiada percibieron signos de auténtica novedad, imposible de captar desde la sabiduría del mundo, y los captaron en lugares donde nadie podía esperar que se diesen.

DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Deuteronomio 30,10-14): *El mandamiento está en tu corazón.*

Salmo (65,1-3a.4-5.16.20): *«Aclamad al Señor, tierra entera»*

2ª lectura (Colosenses 1,15-20): *Todo fue creado por él y para él.*

Evangelio (Lucas 10,25-37): *¿Y quién es mi prójimo?*

En el intrincado coro de voces, altavoces y portavoces que nos rodean, hablar de la voz puede evocar la imagen de un cantante soberbio y genial que murió hace unos años o la de alguien cuya voz nos seduce o entusiasma. Hablar de la voz es también hablar de nuestra voz interior más profunda, aquella que surge de lo más hondo de nosotros expresando lo que somos sin tapujos y convocándonos a un esfuerzo por hacer lo que llevamos dentro sin haberlo sacado todavía. Hablar de la voz es pensar en ese interior humano que nos constituye como diferentes a todos los demás seres y nos hace sentir la vida como una tarea de la que dependen tantas cosas que necesitamos ser porque, en su ausencia, nos sentimos incompletos, inacabados.

Es la experiencia de que el futuro no es ajeno a nosotros sino que formamos parte de él y él de nosotros porque añoramos seguir y ser más de lo que nuestro presente nos manifiesta. Es la experiencia de no poder dejar de soñar y trabajar por alcanzar algo que anhelamos viva e intensamente. Es la obligación porque nos sentimos tan ligados a ella que no podemos romper esa relación exigente sin traicionarnos.

La voz es nuestra conciencia, es decir, nosotros mismos que, por sabernos inacabados y sintiéndonos proyecto, debemos hacer realidad muchas cosas pendientes para alcanzar nuestra plenitud, felicidad o, en lenguaje bíblico, tierra prometida. Es nuestro propio yo inquieto por ser más yo. “Es la voz que quiere de nosotros lo mejor de nosotros mismos”. La voz del mismo Dios que se confunde con nosotros y, desde nuestra hondura más sublime, nos llama por nuestro propio nombre a ser nosotros mismos.

Un maestro de la ley, forma benigna de Lucas para distinguir a esta persona de un fariseo. Mientras el fariseo se cree experto en la Ley, lo que tiene de propio es que está atrapado, esclavizado a la Ley. Ellos, que querían remontarse a Moisés como su antepasado legislador que les había guiado en la liberación de Egipto, ahora, en contra de aquel espíritu de libertad, han caído en otra esclavitud tan grande o peor que aquella: en la esclavitud de quien no se siente libre para hacer lo que quiere y debe, porque está atenazado en el miedo de un Dios amenazador que juzga con la norma en la mano.

En cambio, el maestro de la Ley que aparece en el evangelio, es alguien experto que ha profundizado en ella y ha visto que, en su fondo, destaca lo más importante, la unión del amor a Dios y al prójimo desde la misericordia. Esa es la sensibilidad desde la que hay que entender la Ley, no desde el juicio acusador sino desde la misericordia comprensiva que ve y señala la necesidad, no la imperfección.

Por eso Jesús explica su enseñanza sobre la Ley desde la perspectiva que nos señala lo que necesitamos, en lugar de pensar desde lo que debemos. El sacerdote y el escriba, legales como el que más, encuentran incompatible la ayuda y el deber. Si la Ley mandaba ayudar, también mandaba no contaminarse con sangre que convertía en impuro y hacía imposible el desempeño de sus funciones rituales, profesionales. Encuentran la dificultad legal para la relación auténticamente humana.

En el ejemplo de Jesús, tan pedagógica y genialmente traído a colación, el personaje ilegal es el samaritano, porque siendo un marginal salido de los límites del pueblo, se atreve a tocar la sangre de quien no conoce. Efectivamente, el pobre hombre asaltado es despojado de su traje que siempre era una referencia de identidad y procedencia, como el baturro de Aragón lleva un cachirulo diferente al de Cataluña. Desnudo y sin poder hablar, es, simplemente, un hombre. Pero es un ser humano. Y un ser humano necesitado.

Allí pone Jesús el centro y la finalidad de la Ley. Todas las normas han brotado de las necesidades humanas, personales o sociales, y allí tienen su finalidad. Lo que viene a significar para nosotros es, que no solo la Ley se hace para señalar necesidades e invitarnos a solucionarlas, sino que nuestra colocación para verla, entenderla e interpretarla debe ser esa misma. Entenderemos bien la Ley y la interpretaremos bien solo si nos colocamos en la perspectiva de las necesidades humanas. Entonces nos daremos cuenta que han surgido así, se dirigen a ese objetivo, nos dan situaciones concretas, pero que puede haber situaciones no contempladas en la Ley a las que, igualmente, la misericordia nos invita a responder.

Lo mismo que nuestra conciencia es la voz de nuestros anhelos más profundos y humanos que nos anima a hacerlos realidad y en ella descubrimos la voz de Dios, también la Ley es la expresión de las necesidades que la humanidad ha ido encontrando a lo largo de su historia. Las ha reflejado en una norma que puede seguir vigente o no, si la necesidad sigue siendo actual o ya es obsoleta, pero que es una invitación a la relación de ayuda mutua, siempre viva y dinámica, como la vida misma, que cambia y se renueva.

DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Génesis 18,1-10a): **Cuando vuelva, Sara habrá concebido un hijo.**

Salmo (14,2-3ab.3cd-4ab.5): **«Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda?»**

2ª lectura (Colosenses 1,24-28): **Cristo es la esperanza de la gloria.**

Evangelio (Lucas 10,38-42): **Solo una cosa es necesaria.**

El espíritu humano se caracteriza, entre otras cosas, por un deseo inagotable de explorar las actitudes, los sentimientos, las posibilidades, las aspiraciones, los deseos confesables o inconfesables que andan en su corazón. Por eso se debate entre los verbos “acoger” y “rechazar”.

La historia de la humanidad está repleta de celebraciones con ambiente de fiesta y alegría desbordante: en la llegada del deportista, del político o del cantante de moda, la muchedumbre les espera, les jalea y les aclama por el triunfo conseguido, su programa de gobierno o la interpretación del último éxito. Igualmente significativo es el rito de acogida en el seno de la familia: un nuevo miembro que nace, unos hermanos que vuelven tras largo viaje, unos amigos que nos visitan...

El corazón humano no solo acoge, sino que también rechaza. Unas veces lo hace de forma educada, evitando incluso el saludo, cuando queremos expresar nuestro desacuerdo o desafecto. Otras veces rechazaremos la invitación buscando excusas no siempre creíbles. No falta quien lo dice a la cara: “no me interesa”, “no estoy de acuerdo”, o también “estoy abiertamente en contra”, o “yo no tengo nada que celebrar”.

Tanto la acogida como el rechazo están sometidos al rito: saludos, incluso abrazos, comida de fiesta, ofrecimiento de la casa que habitamos pidiéndole que se acomode, en un caso; desinterés evidente, incluso palabras de desprecio, inmovilidad y expresiones de malestar evidente en el otro.

La religión, en su forma más natural, se caracteriza precisamente por esta acogida del otro; para los creyentes, se trata de una “acogida de Dios”. Para los cristianos la “acogida” supone “buena voluntad”. Acoger a Jesucristo es acoger a Dios: El Dios cristiano llama a la puerta, como Abrahán; Jesús se aloja en casa de unos amigos de Betania, dispuestos a recibirle, pero esta no es la única actitud del corazón humano. También podemos “cerrar la puerta” a quien nos llama.

El ser humano es un ser con inteligencia, con manos y con pies. Con la inteligencia proyecta; con las manos ejecuta; con los pies lo extiende por doquier. El ser humano es un ser constructor y se felicita por sus obras. Lo mismo podemos decir de las conquistas humanas: zonas inexpugnables donde el ser humano entra, aplaca y somete. Retos científicos que hay que conquistar con enormes cantidades de esfuerzo, colaboración e inteligencia a partes iguales. Parece que todo se puede poner a los pies de la actividad humana sin que haya límites. La pregunta es; **¿Todo es fruto de nuestra inteligencia y de nuestras manos? ¿También la fe?**

Cuando nos movemos en estos parámetros, al enfrentarnos con la fe en Dios, nos encontramos sin saber bien qué hacer. **¿Tengo que construir mi propia fe? ¿Tengo que empezar de la nada, como si nadie nunca hubiera recorrido ese camino?** Es la fe del hombre que quiere creer “por narices”, porque él lo ha decidido, porque él ha hecho esa experiencia y ha llegado a esa conclusión.

Esta persona difícilmente entenderá que la fe no es una “conquista”, sino un “don”. La experiencia de Dios, sin embargo, no es fruto de mi esfuerzo, sino que nace del diálogo, de la capacidad de dejarse iluminar. La fe nace de dejarse sorprender por el misterio que supera todo lo humano. El verdadero creyente muchas veces dice: “no lo entiendo”, pero “lo acepto”; no “lo domino”, pero “lo agradezco”; no “lo puedo someter”, pero “me sorprende”. La fe no se mueve en la lógica de la “conquista”, sino en la lógica del “don que se acoge”.

La palabra de Dios hoy nos habla de dos situaciones con un espacio común: el de la escucha y la acogida. Abrahán sale en busca de aquellos viajeros para invitarles: no pone impedimentos ni recelos, sino que les abre sus puertas de par en par. Luego, ante las promesas que provienen del mismo Dios, Abrahán escucha y cree. En la segunda situación María se pone en actitud de escucha ante las palabras de Jesús. En este caso se reprende duramente a Marta: **¿por estar preocupada para que no faltara nada?** No tiene sentido. Probablemente porque su agobio le imposibilita para “acoger” la palabra, que es lo realmente importante para dar paso a la fe. Si queremos dar el paso libre y consciente a la fe, san Lucas nos dice que nos pongamos “en actitud de escucha” de Jesús.

DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Génesis 18,20-32): *¿Vas a destruir al inocente con el culpable?*

Salmo (137,1-2a.2bc-3.6-7ab.7c-8): *«Cuando te invoqué, Señor, me escuchaste»*

2ª lectura (Colosenses 2,12-14): *Dios os dio la vida en Él.*

Evangelio (Lucas 11,1-13): *Pedid y se os dará.*

«Estamos viviendo en un mundo y una sociedad sin Dios». Esta afirmación, tan rotunda, la hemos oído, más o menos formulada de esa manera y en numerosas ocasiones, en el interior de nuestra Iglesia. ¿Es verdad? Estoy convencido de que la afirmación no es acertada y no dice la verdad. ¿Dónde está, entonces, el Dios incondicionalmente amigo del ser humano? ¿Se fue? ¿Se exilió en su cielo? ¿Ha abandonado a unos hombres que no desean tener noticias de Él?

Nunca se fue. Uno de los nombres de Dios es «el que siempre está», aunque nosotros nos olvidemos de Él, aunque no sepamos verle, aunque nuestro pensar y decir sobre Él haya quedado anticuado y hasta distorsione su rostro real, aunque comprobemos cómo una parte de nuestro pequeño mundo (nosotros somos su mundo) le haya borrado de su vocabulario y de su vida. Él siempre está. Camina a nuestro lado. La historia de la biblia es esta misma historia.

Dios siempre está y camina a nuestro lado. Así lo expresa la mejor tradición cristiana. Así lo confesamos con los labios y así lo viven los cristianos que, sin hacer ruido, viven en Él y trabajan por su causa: el Reino. «En el Apocalipsis Jesús dice que está a la puerta y llama. Evidentemente el texto se refiere a que golpea desde fuera la puerta para entrar... Pero pienso en las veces en que Jesús golpea desde dentro para que lo dejemos salir».

(Intervención de J. Mario Bergoglio, en la congregación de cardenales previa al conclave).

Vivimos un tiempo de oportunidad. Oportunidad para revisar nuestras experiencias de Dios, nuestros lenguajes, nuestros modos de ser y de vivir... Muchas personas no encuentran en nosotros la experiencia que andan buscando y, aburridas, se van, o, si vienen de fuera ni siquiera entran. Un tiempo de oportunidad para la conversión, para el cambio. Un tiempo para redescubrir que la vida, como la fe, es una gracia antes que nada más. Una oportunidad porque Dios siempre camina a nuestro lado, al lado de todo ser humano y nos llama. Para entrar y para salir.

No importa mucho saber quién fue el discípulo que le pidió a Jesús que le enseñara a orar y, tal vez por eso, el evangelista no nos lo dice. Sí nos dice, en cambio, que aquel discípulo le hizo una petición al Maestro (a quién había visto orar y sintió la necesidad de hacer lo mismo), deseó aprender a orar como oraba el Maestro, y se lo dijo: **«Señor, enséñanos a orar»**.

Aquel discípulo nos señala lo que hemos de pedir a Jesús los discípulos de todos los tiempos (hoy los discípulos somos nosotros): **«Señor, enséñanos a orar»**. Nos representa a todos y nos descubre que siempre necesitamos aprender a orar. Tenemos nuestros modos y maneras, lo hacemos como nos enseñaron y como hemos ido descubriendo; tal vez somos de los que pensamos que “orar” es perder el tiempo; quizás identificamos la oración con una falsa espiritualidad de la que deseamos no contagiarnos; acaso sí veamos la necesidad pero no acabamos de ponernos en marcha. Mirémonos cada quien en su interior.

Los relatos evangélicos nos recuerdan, constantemente, que Jesús vivía en y de la oración, de la relación con su Padre; que en su vida, tan entregada, había tiempo para el silencio, la soledad y para, en medio del trabajo, levantar los ojos al cielo. Este modo de vivirse lo vieron los discípulos a diario y, un día, sintieron el deseo de conocer mejor su corazón, desearon entrar en su alma. Y se lo pidieron.

Es el deseo, deseo que nace de verle, de conocerle, el que nos empuja a pedir: **«Señor, enséñanos a orar»**. Hoy también podemos acercarnos a Él, podemos mirar y admirar su vida y, como aquellos discípulos, podemos hacer que en nosotros surja el deseo por conocerle y por entrar en su mismo Espíritu. En el momento actual los cristianos, la Iglesia en su conjunto, estamos siendo llamados por el Espíritu, a poner los ojos en Jesús, a desear conocerlo, amar como Él amaba... Y a aprender a orar como Él lo hacía.

El “Padrenuestro”, que tan de memoria nos sabemos y recitamos, nos descubre a Jesús por dentro. Para Él no era una oración entre otras. Era su vida, su ser, dirigido al Padre: **«Padre, santificado sea tu nombre... Venga tu reino...»**. A poco que nos detengamos en sus palabras descubriremos con qué sencillez y profundidad, con qué autenticidad y con qué confianza oraba Jesús. La oración de Jesús es, desde entonces, nuestra oración. Jesús nos la ha regalado. ¿Por qué no re-aprender a orar hoy? Quizás debamos superar ese modo rutinario de recitarla. ¿Por qué no quedarnos, sin prisas, en sus palabras? Decir **“PADRE”** y quedarnos ahí, en esa palabra, en esa experiencia.

El mismo Jesús nos recuerda que cuando oremos no digamos muchas palabras, pues Dios nos conoce y sabe lo que necesitamos ^(Mt 6,7).

DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Eclesiastés 1,2; 2,21-23): *Todo es vanidad.*

Salmo (89,3-4.5-6.12-13.14 y 17): *«Señor, tú has sido nuestro refugio.»*

2ª lectura (Colosenses 3,1-5.9-11): *Buscad los bienes de allá arriba.*

Evangelio (Lucas 12,13-21): *Lo que has acumulado, ¿de quién será?*

Las actitudes humanas sobrepasan las fronteras y los tiempos, precisamente por eso, porque son humanas y se repiten por doquier. Hace unos años que se habla de actitudes, comportamientos e ¡incluso personas!, a las que se les pone el adjetivo de “tóxicas” por ser altamente nocivas, tanto para ellos como para la convivencia. Una de esas actitudes “tóxicas” es la «soberbia»: el sentirse superior a los demás, el despreciar a los semejantes considerándolos inferiores; el no aceptar que te puedas equivocar. Feo vicio el de la soberbia que conduce a situaciones no solo desagradables, sino que, además, conduce a la exclusión y a la ruptura entre las personas.

Otra actitud “tóxica” que anida en el corazón del ser humano, entre otras muchas que podríamos comentar, es la «avaricia». En nosotros está la falsa convicción de que la felicidad pasa por “acumular”: acumulamos objetos inservibles, ropas trasnochadas, libros que no hemos leído, muebles que no son ni bonitos ni útiles... pero son nuestros y los almacenamos como si de nuestro pequeño “tesoro” se tratara. Este deseo de “poseer” de forma incontrolada se extiende a todo: acumular dinero, joyas, casas, tierras... como si en ello nos fuera la vida o como si nos aseguraran una larga y dichosa vida.

Miremos a nuestro alrededor y a nuestro corazón. ¿No hemos tenido o seguimos teniendo la “actitud tóxica” del “almacenar” sin necesidad, del “acumular” sin saber bien para qué, del “acaparar” incluso lo que no nos pertenece, de ser esclavos de una “avaricia” ilógica e innecesaria?

Contra esta “actitud tóxica” hay dos antídotos: el uno, aprender a compartir; el otro, aprender a vivir con lo necesario. Ambos nos llevarán a lo único importante «saber vivir». La vida, tomada desde un punto de vista humano, sencillo, cotidiano, sensato... es breve e intensa. Pasa aprisa, incluso en muchos casos es muy breve. Con frecuencia el ser humano confunde lo esencial (el disfrute de los amigos, el cariño, la satisfacción por el trabajo bien hecho) con lo accesorio o innecesario. Porque, seamos claros, para ser felices hay que amar y sentirse amado; sentirse útiles y saber por qué y para qué vivimos, pero ¿es necesario almacenar, acumular, amontonar? Párate un momento y piénsalo.

Tanto tienes, tanto vales. Esta es una expresión popular muy extendida. El ser humano se reduce a lo que puede poseer y, consecuentemente, a lo que puede mostrar en el mundo: estas son mis posesiones, mis tierras, mis joyas, mis casas, mis ropas... La confusión existente entre “riquezas” y “valor” está demasiado extendida. Muchas personas no saben o no quieren saber que hay cosas en la vida que “valen” mucho, pero que no “cuestan” nada: el beso de una madre; el abrazo del esposo o esposa; la conversación con un amigo; la alegría de una fiesta en familia; el apoyo a una persona desahuciada; la mano generosa que ofrece, incluso, más de lo que tiene para vivir. Todo eso es enormemente “valioso” y no se puede medir en parámetros de dinero. Por eso, no es verdad que las personas nos midamos por lo que “poseemos” o “tenemos”. La dignidad de la persona no se mide por los millones que tiene o por las fincas y empresas que posea.

Tanto vales, porque eres persona. La persona está en la vida para desarrollar sus capacidades, tanto materiales como espirituales; cada uno las que tenga: unos son grandes emprendedores y otros artistas geniales; unos son gigantes en lo humano y otros brillantes científicos. El sentido último de su vida no se juega en los bienes que hayan acumulado, sino en su cualidad humana y espiritual. El “voluntario” que dedica su tiempo libre a los ancianos o a servirle la comida a los desamparados; la “madre de familia” que saca hora de donde no hay para sus hijos; el “poeta” que nos ayuda a descubrir la belleza de la vida; el “científico” que trabaja para mejorarla; el “juez” que busca la justicia; el “obrero” que construye con sus manos; el “contemplativo” que es un “regalo de Dios”, todos dicen a voz en grito cuál es el sentido último de la vida.

Vales tanto, porque eres hijo de Dios. El nivel anterior es totalmente humano. Lo pueden firmar creyentes o no creyentes; cristianos o no. Pero podemos dar aún un paso más de la mano del Eclesiastés y del evangelio que hoy leemos. El Eclesiastés es un aldabonazo que despierta nuestra conciencia dormida: ¿Cuál es el sentido último de la vida? ¿No será todo una enorme vanidad?

Jesús nos invita a entrar en una dimensión más honda, más profunda, más humana, más auténtica. Hay que adentrarse en los territorios del corazón sincero, del espíritu noble, de la gratuidad sencilla, de la justicia misericorde, de la gracia desbordante, de la sorpresa humilde... y nos llevará al misterio mismo de Dios. La verdadera riqueza de la persona, nos dice Jesús, está en el misterio mismo de Dios que habita en nosotros.

DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría 18, 6-9): *Ser solidarios en los peligros y en los bienes.*

Salmo (32,1 y 12.18-19.20 y 22): *«Dichoso el pueblo que el Señor se escogió como heredad»*

2ª lectura (Hebreos 11,1-2.8-12): *La fe es seguridad de lo que se espera.*

Evangelio (Lucas 12,32-48): *Al que mucho se le confió más se le exigirá.*

Los recuerdos no los vivimos siempre en la misma dirección. En unas ocasiones son fruto de un querer retroceder al pasado porque el presente no nos gusta; y otras es huir al futuro porque soñamos desesperadamente con algo mejor que nuestra vida para la de nuestros hijos.

Algo de esto nos está sucediendo actualmente a pesar de vivir aferrados a este presente en crisis, del que decimos que cada vez se está peor, pero que no dudamos de seguir buscando las seguridades materiales propias, aunque nos dejemos la piel en ello, y descuidemos la atención a las cosas comunes incluida nuestra familia. Pero cuando nos toca vivir situaciones desagradables buscamos casi siempre la solución en lo conocido, en lo de antes: el colchón familiar, la solicitud de los amigos, la ayuda de las instituciones públicas o privadas. Entonces caemos en la cuenta de que las cosas ya no son como antes, las cosas han cambiado.

En las instituciones hay que hacer muchos papeles y dar muchos pasos; nos da la impresión de que no se fían de nosotros o de que no hay nada que repartir. En los amigos, después de lo que nos ha costado acudir a pedirles ayuda, encontramos que van tan justos que no pueden preocuparse de lo común incluidos los amigos. Y en las familias ya solo quedan los que viven cerca, pues cuando van desapareciendo los abuelos que desde el hogar común convocaban a hijos y nietos, han tomado otros derroteros y ya, casi, ni nos conocemos.

Amigos, no podemos ni debemos quedarnos en meros espectadores de lo que acontece; ni cuando nos va mal ni cuando nos va bien. La persona humana se hace verdaderamente humana cuando es protagonista de su propia vida y con otras personas la piensa, la vive y la va construyendo humana para todos.

Como creyentes, nuestra forma de estar en el mundo es la de ser testigos de una experiencia de encuentro con el crucificado resucitado: Jesús está vivo. Y los que nos miran nos han de ver como los buscadores de una vida coherente con esa experiencia, que la explicamos en los ambientes que vivimos y en las tareas que realizamos y que algunos de los que están a nuestro lado acogen esa Buena Noticia y se disponen a vivirla.

Esto supone hoy, en el contexto de una nueva ciudad cada día más anónima, secularizada e indiferente ante las grandes preguntas de sentido y aplastada por los medios de comunicación manipuladores y aplastantes del protagonismo de las personas, la creación de un nuevo marco de comunidades creyentes. Somos creyentes adultos y no podemos seguir en parroquias que solo afrontan la realidad con la práctica sacramental y la catequesis de infancia.

En las comunidades que conviven creyentes adultos desarrollando tareas eclesiales y otros en compromisos sociales, políticos o sindicales, y son capaces de celebrar la fe, de dejarse cuestionar por el Evangelio y de contrastar con tiempo y en espacios convivenciales su vida y sus tareas, puede haber futuro. Son personas que han entendido el texto evangélico que hemos proclamado: mientras el Señor de la casa tarda en llegar hay que trabajar, hay que servir, hay que esperar.

Trabajar para que cada día seamos mayor el número de comensales en la mesa común; servir en aquellos lugares que hacen posible la fraternidad entre las personas sin ningún tipo de discriminación y saber esperar a que llegue el tiempo en que nadie sea marginado por ser diferente o vivir de una manera distinta a la mayoría.

Una característica de nuestro tiempo es mantener a las personas ocupadas, que tengan muchas cosas que hacer aunque no se sepa lo que busca en ellas o qué sentido tiene cada una de ellas. La casa, los amigos, los viajes, el gimnasio, la vida social, el internet, los abuelos, los chicos, etc. Que cuando nos juntemos con otras personas podamos decir: *“no tengo tiempo para nada”*.

El verdadero problema surge cuando aparece algo realmente importante: una enfermedad o un accidente; la crisis de una hija adolescente; la llamada de socorro de algún amigo que te necesita, la vecina que tiene un problema con su pareja,... pero ¿de dónde saco tiempo para atender a esas personas? Deberíamos parar más a menudo para hacer discernimiento y decidir qué dejamos y qué merece la pena llevar para adelante desde nuestras opciones fundamentales en la vida.

La mejor escuela de aprendizaje para nosotros y para los demás es la escuela de la gratuidad; es barata en dinero y cara en tiempo dedicado a los demás, pero abundantemente enriquecedora para el crecimiento de nuestra propia persona.

Esa es la escuela de los seguidores de Jesús. La escuela hogar en la que se percibe al Señor que llega, se sienta a la mesa y se pone a servirnos; su presencia amorosa nos llena de energía positiva para poder desarrollar nuestra vida como servicio a las personas que salen a nuestro encuentro o nos encontramos en el camino de cada día.

DOMINGO XX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías 38, 4-6.8-10): **El rey no puede nada contra vosotros.**

Salmo (39, 2.3.4.18): **«Señor, date prisa en socorrerme»**

2ª lectura (Hebreos 12, 1-4): **Fijos los ojos en el que completa nuestra fe.**

Evangelio (Lucas 12, 49-53): **¿Pensáis que he venido a traer al mundo paz?**

Los deseos abrasadores de un fuego que venga a limpiar todas las impurezas de nuestro mundo, son compartidos hoy, por multitud de hombres y mujeres, por comunidades y colectivos, por creyentes y no creyentes, por pueblos y naciones, que desean que cambien muchos aspectos de nuestras sociedades.

Unos lo hacen desde un silencio vergonzante que los retiene en la soledad de su casa, sin atreverse a manifestar públicamente que lo están pasando mal. Otros, desde parecida soledad, en su cuarto, oran al Padre en secreto, pidiendo justicia en las relaciones humanas. Muchos salen y salimos a la calle, unidos a otros en un mismo clamor de justicia. El papa Francisco, con otros muchos, participando de todos esos buenos y legítimos deseos, se atreven a pedir compasión, ternura y misericordia a quienes manejan los mecanismos políticos, económicos, globales, que deciden sobre la vida y la muerte de tantas víctimas inocentes.

A nuestro mundo le falta compasión. Porque son muchos los que, desde la vida y palabra personales, y desde la vida y palabra comunitarias, se entregan al prójimo con ternura, reclamando con su entrega lo que parece que es posible a todo corazón humano. ¿O no es voluntad de Dios transformar los corazones de piedra en corazones de carne, capaces de latir al ritmo débil de los más débiles?

La historia es maestra en cambios importantes e inesperados. Algunos de ellos son recientes. En el mundo y en nuestra Iglesia. Los cristianos creemos que el Espíritu de Dios sigue siendo viento impetuoso capaz de remover cimientos, y llamaradas de fuego sobre las cabezas de los seres humanos. En este sentido solidario se están abriendo muchos caminos y caben aún muchas sorpresas. Se levantan todavía muros, pero otros caen inesperadamente y otros son asaltados por deseos de libertad.

*Conviene que ninguno escapemos de la responsabilidad que nos toca asumir. En la casa, en el trabajo, en la calle, en la estructura pública en la que cada uno pueda aportar su servicio a la humanidad. Pasar haciendo el bien no es algo optativo para nadie: «**Quien no vive para servir, no sirve para vivir**». El mundo **debe** cambiar. El mundo **puede** cambiar. Nosotros debemos cambiarlo. También tú y yo.*

La vida de Jeremías, como la de Jesús, incluyen la denuncia profética, y expresan deseos de cambios profundos nacidos de la voluntad de Dios. La situación puede y debe cambiar, y este anuncio acarreará riesgos para la vida del profeta y división entre sus oyentes.

Por esta vocación profética Jeremías conocerá la cárcel, y Cristo será la **«bandera discutida»** preconizada por el anciano Simeón. División que Jesús asume como parte de su misión salvadora y transformadora. La palabra profética será perseguida, la querrán apagar quienes dicen ver en ella un peligro para el pueblo. La razón de fondo es que peligran su situación y privilegios respecto de ese pueblo al que dicen servir y proteger.

Resulta fuerte oír en labios de Jesús las palabras **«¿Pensáis que he venido a traer al mundo paz? No, sino división»**. Y una división que afecta a los lazos familiares más profundos, de padres e hijos. Contrastan estas palabras con la paz que canta el nacimiento de Jesús, y la paz que despide su contacto último con los discípulos en los textos de la resurrección. Toda una vida bajo el signo de la paz.

Es el mismo evangelio de hoy, sus primeras palabras, las que nos pueden ayudar a comprender esta paradoja: la división nacerá de los mismo deseos de Jesús expresados con la imagen **«ardiente»**, la imagen del fuego: **«¡He venido a prender fuego en el mundo!»**. Con que viveza expresa Jesús el deseo de que las cosas cambien.

Un cambio nada superficial, sino un cambio desde la raíz. Jesús está viviendo en medio de un pueblo que sufre, un pueblo sometido a otros que le someten, dominio político extranjero, pobreza del pueblo sencillo que sufre para hacer frente a su penuria, juicio religioso y exclusión de la Ley por parte de quienes presentan con dureza hipócrita a un dios duro, como ellos, un dios hecho de condenas y preceptos menores que cargan como losas pesadas sobre la conciencia del pueblo dominado por su prepotencia religiosa.

Liberar a esos oprimidos, anunciar a esos pobres la Buena Noticia, proclamar a un Dios de gracia, serán las señas mesiánicas de Jesús. A lo largo de la historia, han sido muchos los seguidores fieles de Jesús que, con su vida y palabra proféticas, han prolongado el deseo de su Señor, y les ha ardido el corazón en la tarea de construir el Reino. Hacen posible que el mundo arda en llamas de justicia, de paz verdadera, en llama de amor, de libertad y solidaridad hacia los últimos, hacia la periferia del mundo.

ASUNCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA

1ª lectura (Apocalipsis 11, 19a; 12,1.3-6a.10ab): **Una mujer vestida de sol, coronada por doce estrellas.**

Salmo (44, 10bc.11-12ab.16): **«De pie a tu derecha está la reina»**

2ª lectura (Corintios 15, 20-27a): **Dios ha sometido todo bajo sus pies.**

Evangelio (Lucas 1, 39-56): **Lo que te ha dicho el Señor se cumplirá.**

Según nos cuentan las estadísticas, existe todavía bastante desigualdad entre las mujeres y los hombres. Así, por lo general siguen cobrando menos que un hombre; su presencia en sitios de responsabilidad está lejos de equipararse a ellos, y, además, tienen más posibilidades de ser víctimas de violencia. Pero, al margen de las justas reivindicaciones, la fiesta de la Asunción de la virgen es una fiesta muy propicia para honrar y homenajear a la mujer anónima, a esas mujeres que nunca salen en los medios, aunque su papel en la sociedad es extraordinario.

La mujer que vive volcada hacia los demás, la que sabe compaginar el trabajo en casa y fuera de ella; la que consigue sacar provecho a unos pocos euros; la que es la primera en iniciar la jornada doméstica y la que la termina; la que tiene tiempo para todos y para todo, y la que no pide ni exige nada. No salen en los medios, pero ahí están.

Estas mujeres anónimas son las que, de manera silenciosa, sin que nadie las note, han entregado y han hecho mucho a la sociedad y a la Iglesia. Muchas nunca han escuchado un ¡gracias!, ni se lo han reconocido, ni nadie les ha hecho saber lo mucho que valen y el mucho bien que han hecho. Pero, Dios sigue otros criterios de valoración: los que no cuentan para el mundo, son los preferidos y elegidos de Dios, Él no se fija en las apariencias, sino en el corazón.

El ejemplo, el modelo lo encontramos en María, la pequeña, la anónima, mujer de un pueblo también insignificante, desconocido; sin embargo, ha sido elegida y glorificada por la gracia de Dios que enaltece a los humildes. Por eso, creo, que el mejor día, el más apropiado para recordar, valorar, reconocer y honrar a la mujer anónima podía ser la fiesta de la Asunción, la Glorificación de la Virgen María.

La Asunción de la Virgen María al cielo es el dogma más reciente de la Virgen, fue definido y proclamado por Pío XII el día 1 de noviembre de 1950. El dogma de la Asunción proclama que María ha sido asunta al cielo en cuerpo y alma, es decir, toda la persona de María, toda entera, ha experimentado la plenitud de vida en Dios.

En la Biblia las personas, además de ser agraciadas por Dios con dones y cualidades personales, son también personas representativas, representan al pueblo, a través de ellas se nos revela la acción y la fuerza de Dios que salva a su pueblo. La figura de María que se nos narra en el evangelio, no se ha de entender solo de un modo individualista, sino como la mujer que es imagen de lo que ha de ser y ya es el pueblo fiel. Así lo afirmó el Concilio al considerar a la Virgen María, tipo y modelo de la Iglesia. Más aún, se puede ampliar esta afirmación: María, tipo y modelo de la persona ideal.

El Concilio nos da una descripción sencilla y bonita de María como tipo y modelo de la Iglesia: **«María, estrella de esperanza cierta para el pueblo que todavía peregrina en la tierra»**. Bella definición: María, estrella de esperanza cierta no solo para la Iglesia, sino para la humanidad, que camina envuelta en densos nubarrones grises y en noche invernal, pero María nos dice que no perdamos la esperanza: que por encima de los nubarrones se encuentra el sol, y que tras la noche invernal viene el amanecer primaveral.

María asunta al cielo nos revela algo sobre el destino final al que estamos todos llamados. Eso que en el fondo todos esperamos, ya es realidad plena en María glorificada; pero no olvidemos que María es miembro del pueblo y de la humanidad. Por consiguiente, María se convierte en imagen de lo que esperamos, que aunque reprimida, no está muerta, y es consuelo para el pueblo que camina en medio de grandes y dolorosas dificultades, al señalar nos el norte hacia el que hay que caminar. Y que no es pura ilusión, sino posibilidad real, al animarnos a creer y confiar en que Dios no abandona nunca al pueblo y que camina con nosotros: **«No tengáis miedo, yo estoy con vosotros»**, nos dice el Señor.

La Asunción de María está íntimamente unida a la resurrección de Jesús. En ambos acontecimientos se trata del triunfo de la justicia. Es la culminación de la opción por los pobres. María, tipo del pueblo pobre, compartió la humillación y la muerte de su Hijo, estuvo al pie de la cruz, pero la madre del condenado ha sido exaltada. Así, como el crucificado es el resucitado, la dolorosa es asunta al cielo. La gloriosa Asunción es el culmen de las preferencias de Dios por los pobres.

DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 66, 18-21): ***Vendré para reunir a las naciones.***

Salmo (116, 1-2): ***«Id al mundo entero y proclamad el Evangelio»***

2ª lectura (Hebreos 12, 5-7.11-13): ***Caminad por una senda llana.***

Evangelio (Lucas 13, 22-30): ***Esforzaos por entrar por la puerta estrecha.***

No podemos encerrarnos en nuestra visión egocentrista que mide, hasta la fe, por los baremos de nuestro continente. La comunidad cristiana la formamos gentes de todos los pueblos, razas y condición. Los de otros continentes son más numerosos que nosotros y tienen otra forma de ser cristianos, de manera que el cristianismo actual no es el nuestro, globalmente hablando, sino el suyo.

Nuestras comunidades y parroquia ya están llenas de curas venidos de todos los extremos del mundo. Por los seminarios españoles ya pasan estudiantes de África, América y Asia. A ellos les va a tocar hacer una gran renovación de nuestro cristianismo, si son verdaderos anunciantes del Evangelio.

Nuestro Papa ya ha venido de los confines del mundo, de las tierras del Sur, de las gentes lejanas. Ya ha dado muestras de aportar diferencia. Ya ha dejado cosas de nuestra historia cultural renacentista y las ha cubierto de sencillez y normalidad.

Si aceptamos su derecho a introducir sus cambios, nuestro euro-cristianismo cambiará. Y cambiará a mejor. Sin el lastre pesimista, desilusionado y tristón del que siempre hemos adolecido y del que algunos nos quejábamos. Ellos, desde luego no son como nosotros. Afortunadamente.

Esperemos que, por no ver el cristianismo expresado a nuestra manera, no llegemos hasta el punto de autoexcluirnos. Esa fue la postura de los contemporáneos de Jesús, reticentes a aceptar una religiosidad que ellos veían diferente a la suya tradicional. Confundían tradición con cultura propia y no aceptaban la manera de entender a Dios con otras palabras diferentes como las que Jesús sacaba, de su propia y profunda tradición religiosa. Eso les llevó a rechazar a Jesús mismo, a autoexcluirse de una comunidad cuya misión es estar abierta a todos en su pluralidad.

Lucas en su evangelio, enmarca toda la vida de Jesús en el escenario general de un camino por el que discurre su historia, en él se suceden los encuentros, y del que no se aparta ya que le conduce a la meta que se ha propuesto en la vida, en su conexión con la voluntad del Padre. Para cualquier judío, Jerusalén es la ciudad de los sueños. El símbolo de la felicidad, la paz, la plenitud y el descanso a una vida tejida de esfuerzos y anhelos, proyectos y aspiraciones. Pero las palabras tienen límites, y quienes las leemos también. Ya había ocurrido con los nombres geográficos y genealógicos.

A Egipto muchos se empeñaron en reducirlo a ser nombre que designaba un país vecino. No quisieron entender que, en la Biblia, designa, cualquier situación humana en la que nos sentimos atrapados, esclavizados y hundidos. Adán no señala a un ser concreto sino a la condición humana, en tensión entre aquello a lo que aspiramos, lo que somos realmente, y los errores que, en nuestras decisiones, nos conducen a situaciones imprevistas y no deseadas, con lo cual nos descubrimos crudamente en unas condiciones de necesitados que pueden abrirse a los otros y al Otro, o bien cerrarse en su orgullo autosuficiente.

Desde los tiempos bíblicos iniciales, la condición de caminante es, pues, todo un anuncio de programa religiosos. La historia humana es un camino que, personal y comunitariamente, realizamos todos y en todas las dimensiones nos afectan. También la religiosa. Dios es compañero de camino y manifiesta su lealtad sometándose a las vicisitudes de un camino lleno de cambios que nos invitan, a nosotros también, a cambiar, a estar abiertos a posibilidades nuevas, a reconocer que los caminos discurren por ámbitos vitales diferentes, y que por todos ellos podemos encontrar a Dios.

También nosotros, cristianos actuales, acostumbrados a vivir la fe en Dios según unos esquemas europeos, estamos ahora en una penosa situación de fin de una época. Creemos que nuestra experiencia religiosa está en crisis, y es verdad. Dudamos de que el cristianismo tenga futuro. Algunos piensan en un futuro ateo impregnado de una espiritualidad sin Dios. No nos damos cuenta de que no es el cristianismo el que se encuentra en crisis, sino nuestra cultura.

Sucedió así cuando Pablo planteó la necesidad de poner fin a un cristianismo que solo se expresaba en formas judías. Muchos se rasgaron las vestiduras por el cambio que eso iba a provocar. Las consecuencias fueron muy positivas: muchos extranjeros se hicieron cristianos. Y así se extendió el cristianismo por todo el mundo. No confundamos creer en Dios con nuestras formas de hacerlo. Lo importante es creer en Dios y conocer al Dios que nos transmite Jesús: ***«Vendrán de todos los países... y, de entre ellos, escogeré sacerdotes y levitas».***

Nuestras formas se han vuelto muy tristes, nuestro cristianismo se ha impregnado de pesimismo. Ya es hora de dejar paso a que otros le den vida y lo presenten con formas más acordes a lo que queremos los cristianos y espera la humanidad entera. Cuidemos nosotros que no se nos cierre la puerta.

DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Eclesiástico 3, 17-18.20.28-29): *Procede con humildad y te querrán más.*

Salmo (67, 4-5ac.6-7ab.10-11): *«Preparaste, oh Dios, casa para los pobres»*

2ª lectura (Hebreos 12, 18-19.22-24a): *Vosotros os habéis acercado al monte de Sión.*

Evangelio (Lucas 14, 1.7-14): *El que se humilla será enaltecido.*

De la situación de crisis que estamos atravesando, algunos están sacando partido; Hay algunos a los que esta crisis, no solo no les empobrece, sino que les enriquece. Se cumple así lo que en 1961 anunciaba Juan XXIII en su encíclica «Mater et Magistra», “que los pobres cada vez son más numerosos y más pobres y los ricos cada vez menos numerosos y más ricos”.

Ante esta situación nos podemos preguntar ¿por qué pasa esto? Y la respuesta está clara; Los hombres buscan la grandeza, en el poder en todas sus dimensiones a costa de los más débiles, cuando la auténtica grandeza del hombre la encontramos a la luz de la palabra de Dios de este domingo: “El que se humilla será ensalzado”. Solo en la humildad y en el servicio encuentra el hombre su propia grandeza; solo desde el mensaje del amor encuentra el hombre su grandeza.

Pero un amor que no puede ser solo una teoría de amarse unos a otros, sino encarnado en una realidad donde no se ama, donde se odia, donde el hombre se ha convertido en lobo para el hombre, donde la extorsión del hombre por el hombre sigue siendo una triste realidad, donde la tiranía de los poderosos amparada por los grandes ídolos del consumo y del poder, ha hundido a gran parte de la humanidad en la miseria.

Por eso tenemos que invertir la tendencia de esta sociedad que camina hacia su destrucción; porque destruir la dignidad de la persona es comenzar a destruir la sociedad. Tenemos, pues, que buscar la auténtica grandeza del hombre, que no está en el poder, el dominio y la extorsión para acumular riquezas sin medida, a costa de la miseria del prójimo, sino en la humildad, en la entrega y en el servicio. Hacernos pobres con los pobres, ser solidarios con los últimos de la sociedad, buscar la verdad en la humildad: esa es la verdadera grandeza del hombre.

La Palabra de Dios nos exhorta a la práctica de la humildad, a ser humildes en esta vida: aunque hoy la humildad, que siempre fue una virtud, está un tanto devaluada, pues en esta sociedad egoísta que solo busca el poder a cualquier precio, se confunde con debilidad o alienación. El libro del Eclesiástico nos dice: **«Hijo mío, en tus asuntos procede con humildad»**. La verdadera grandeza del hombre no consiste en pasar por encima del otro, no consiste en el desprecio a los demás o en el orgullo y la soberbia de pasar por delante del otro sin importarnos nada de su suerte, la verdadera importancia del hombre es hacerse pequeño en las grandezas humanas.

Con la parábola del banquete, Jesús llama a sus discípulos a la humildad, primero por un tema puramente humano: En los banquetes de la antigüedad donde todos se afanaban por colocarse cerca del anfitrión, podía suceder que este quitase a alguno del puesto que había conseguido a base de codazos para colocar ahí a alguien que lo merecía más, con lo que aquel que quiso medrar quedaba humillado y el que estaba por detrás se situaba en primer lugar.

Así también ocurrirá: que el que busque los primeros puestos en los banquetes de los poderosos de este mundo, será el último en el banquete de las bodas del Cordero y los últimos y relegados serán los primeros en ese banquete definitivo. Es lo que leemos en la primera lectura de hoy: **«Hazte pequeño en las grandezas humanas, y alcanzarás el favor de Dios; porque es grande la misericordia de Dios, y revela sus secretos a los humildes»**.

La segunda parte del evangelio nos plantea la situación para cuando seamos nosotros los anfitriones: **¿a quién llamamos a nuestra mesa?, ¿a quién buscamos en este mundo?** Muchas veces la tendencia de la sociedad es a ir tras los poderosos, tras aquellos que luego nos lo tendrán que agradecer con “pequeños favores” y así buscamos medrar entrando en la espiral de la corrupción y desvergüenza en la que entra con demasiada frecuencia la sociedad actual.

Por ello el Señor nos dice: **«Cuando des un banquete, invita a los pobres, lisiados, cojos y ciegos; dichoso tú, porque no pueden pagarte; te pagarán cuando resuciten los justos»**. O sea que el discípulo de Cristo tiene que ir a los últimos de la sociedad, descender, humillarse para buscar y levantar a aquellos que están derribados y humillados por el egoísmo y la injusticia de los poderosos de este mundo.

No busquemos el actuar en este mundo por lograr las glorias humanas, por alinearnos con los poderosos despreocupándonos de los marginados de la sociedad, porque hemos de tener presente lo que proclamamos en el salmo responsorial: que el Dios a quien seguimos es un Padre de huérfanos, protector de viudas, que prepara casa a los desvalidos, libera a los cautivos y los enriquece.

Seamos consecuentes con esto y pidámosle al Señor que, los que nos llamamos cristianos y nos reunimos en el banquete de la Eucaristía, sepamos compartir nuestro banquete en este mundo con los últimos de la sociedad.

DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría 9, 13-18): **¿Quién rastreará las cosas del cielo?**

Salmo (89, 3-4.5-6.12-13. 14 y 17): **«Señor, tú has sido nuestro refugio de generación en generación»**

2ª lectura (Filemón 9b-10.12-17): **Recíbelo como hermano querido.**

Evangelio (Lucas 14, 25-33): **El que no renuncia a todo, no puede ser mi discípulo.**

“Los tiempos avanzan que es una barbaridad”, así decía don Hilarión en la “Verbena de la Paloma”. Eso debieron pensar los pobladores de la llanura de Senaar. Contentos y orgullosos soñaron ser como Dios, tratarle de tú y arrebatarle el lugar. Su error no fue la construcción de una torre altísima, sino su motivación de, a través de ella, alcanzar el cielo desde la tierra. Dicho de otro modo, ser competidores de Dios y de su proyecto para la humanidad. La empresa falló, y hoy conocemos ese episodio como la torre de Babel (Gn 11,1-9).

La conclusión es clara: multitud de lenguas, dispersión de los pueblos, y difícil entendimiento entre unos y otros. El episodio de Babel no es el único intento de dejar a Dios en evidencia. El apetito de ser como Dios hizo que Adán y Eva se encontrasen desahuciados de un paraíso recién estrenado. A no mucha distancia de todo esto, Abel acabó muerto bajo su hermano Caín. Son relatos del comienzo de un desorden que hoy todavía no está enderezado.

Jesús mismo nos recuerda en el evangelio que quien quiere construir una torre, primero ha de calcular los gastos, y quien quiere comenzar una batalla, ha de medir sus fuerzas. Se trata de un buen aviso y un buen criterio para comenzar cualquier empresa o iniciar cualquier actividad. Hoy sabemos más de cálculos y de mediciones, de proyectos y de iniciativas, tenemos más posibilidades de conseguir nuestros objetivos, sacamos adelante empresas fantásticas y creamos incluso lo que nos puede destruir.

Pero, como en Babel, el problema no es técnico sino que es un cálculo de motivación y de prioridades. Un cálculo mucho más profundo que tiene que ver con la sabiduría de la vida que es, en definitiva, la sabiduría de Dios. “Solo quien rastree el cielo, solo quien conozca el diseño de Dios, caminará por sendas rectas”. El fracaso de Babel no se supera construyendo otra torre, sino cambiando las motivaciones y buscando nuevos fines. Solo con nuevos valores, con nuevas actitudes y nuevas motivaciones se puede superar el fracaso. La política tiene que ir de la mano con la ética y con la espiritualidad y así ordenar la técnica y el procedimiento económico. No podemos adelantar a Dios, tampoco podemos oprimir al prójimo. Son el mismo pecado.

¿Quién comprende lo que Dios quiere? Así comienzan muchas de nuestras oraciones y reflexiones. Queremos conocer la voluntad de Dios y cumplirla... pero en no pocas ocasiones nos llena de temor. Su propuesta es sencilla y evidente, no hace falta una compleja explicación, se trata de poner su voluntad en primer lugar, todo lo demás está en segundo, tercer o enésimo lugar de importancia.

La raíz del creyente es el encuentro con Jesucristo y el descubrimiento de un Dios que es, ante todo y sobre todo, amor. La seguridad y el confort de la familia, los bienes, o la consideración social están en un plano distinto. Nada puede hacer sombra a Dios.

Dios quiere lo mejor para sus hijos. El encuentro con Dios transforma nuestra vida y aporta un camino nuevo. El evangelio nos habla de calcular los costes y medir las fuerzas, pues quien sigue el plan de Dios no va a recorrer un camino trillado, sino que va a dejar las seguridades de la vida para apoyarse solo en Dios. Evidentemente que Él quiere lo mejor para sus hijos, **¿alguien puede pensar lo contrario?**

Pero este camino pide de nosotros una serie de renunciaciones a otras seguridades que, o son falsas, o son claramente insuficientes. El creyente sabe que con Dios, nada puede temer, pero también sabe que va a ser un camino diferente, no habitual, no convencional... es el mismo camino de Jesucristo, un itinerario en el que se unen la seguridad de Dios, con la certeza de la cruz.

Jesús de Nazaret vivió la experiencia de amor y confianza absoluta en el Padre Dios que le llevó a tomar su cruz y también las cruces de muchas otras personas. Él, por su confianza radical en el Padre, cargó con la cruz de los pecadores, la de los marginados, la de los enfermos y desheredados, la de los extranjeros... y los liberó. Vivió un amor entregado que le llevó a hacer que el prójimo fuera su mayor interés y su más grande dedicación. La cruz no apartó a Jesús de la voluntad del Padre. Su cruz nos recuerda a los crucificados del mundo. Su victoria, en la resurrección, nos muestra la fidelidad absoluta de Dios con su hijo Jesús y con cada uno de sus hijos.

Dios se revela de muchas maneras, evidentemente en su hijo Jesucristo, pero también en la historia y en los acontecimientos. Estos nos muestran el saber de Dios y nos invitan a acoger su proyecto de vida. No podemos cerrar los ojos a su Palabra y a su voluntad, manifestada en tantas ocasiones y en el sufrimiento de tantas personas.

Jesús descubrió el saber de Dios en las cruces de las personas, nosotros abrimos nuestros ojos a los sufrimientos actuales para discernir la voluntad de Dios. Su sabiduría nos sigue evocando amor, perdón, solidaridad, justicia, víctimas... entrega. Poner a Dios en primer lugar es retirar la primacía al interés propio para trabajar por el bien común y por los derechos de quienes peor lo pasan. La sabiduría y el plan de Dios es la vida para todos.

DOMINGO XXIV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Éxodo 32, 7-11.13-14): ***Multiplicaré vuestra descendencia.***

Salmo (50, 3-4.12-13. 17 y 19): ***«Me pondré en camino a donde está mi padre»***

2ª lectura (1ª Timoteo 1, 12-17): ***Dios tuvo compasión de mí.***

Evangelio (Lucas 15, 1-10): ***La misma alegría habrá por un pecador arrepentido.***

Estamos en una época de malas noticias y muchos problemas, en la que todos agachamos la cabeza recibiendo golpes o tratando de evitarlos. Por ello es muy difícil decir u oír algo como ¡Felicitadme!, ¡Alegraos por mí! o ¡Dadme la enhorabuena!

Una época en la que una alegría de hoy puede convertirse en una lágrima mañana: el despido de nuestro puesto de trabajo, o una terrible carta en la que nos comunican el desahucio. Unos se resignan y otros salen a protestar, también los hay que, sintiéndose seguros, muestran su prepotencia y se muestran indiferentes ante la desgracia ajena. Desde dentro sabemos muy bien de nuestros problemas. También de sus causas y causantes, pero más aún de nuestra impotencia para solucionarlos.

Cuando en las calles, en las noticias, entre los amigos, con los vecinos, con la familia y a título propio, no paramos de escuchar protestas, problemas, crisis, descontento, discusiones... ¿Cómo vamos a felicitarnos? ¿Cómo darnos palmaditas y decir “ya pasará”? Son momentos amargos y nos decimos: “a mal tiempo, buena cara”, “Mal de muchos... alegría de tontos” y callamos escondiendo lo que consideramos nuestras vergüenzas.

Los cristianos nunca, y ahora tampoco, hemos de predicar ni la resignación ni la alegría tonta, inconsciente o alienante. Con frecuencia se hace, porque creemos que sirve de consuelo. Incluso llegamos a recriminar primero el consumismo, la avaricia o el materialismo como causas de la tristeza en una cultura del bienestar, sin afirmar previamente que estar bien tener casa y trabajo dignos, poder disfrutar de los placeres de la vida, son motivos ciertos y buenos de alegría.

Pero como cristianos, es decir, como personas que conocemos y hemos experimentado la Buena Noticia, podemos hablar hoy a la gente de la alegría en medio de los problemas, de la sonrisa en la dificultad, de las bienaventuranzas de los pobres y humildes, pero sobre todo de la alegría contagiosa de un Dios que, no sin motivo, grita ¡FELICITADME!

En la Iglesia hablamos frecuentemente del pecado y del daño que produce en el corazón humano, alejándonos del amor de Dios. Recitamos así las palabras del salmista, proclamando nuestro arrepentimiento y pidiendo el perdón de Dios, como también hacía Moisés implorando la misericordia de Yahvé. Un creyente que reconoce su pecado se siente perdido, como la oveja, la moneda o el hijo pródigo del evangelio, consciente, además, de que ha sido él quien se ha alejado de un Dios siempre fiel.

No somos nosotros los que nos relacionamos primero con el Dios de Jesucristo y al pecar nos alejamos de su amor, sino que es Él quien se ha vinculado a nosotros desde siempre y, por así decirlo, nos ha perdido contra la voluntad de su amor. El amor divino es tan inmenso que siente esta pérdida, la de cualquiera de sus hijos, como una falta, una carencia, un daño propio, más allá del sentido moral que nosotros demos a ello.

Por eso las parábolas del evangelio de Lucas nos cuentan cómo el pastor sale a buscar a la oveja perdida, la mujer no descansa hasta encontrar la moneda extraviada, o el padre misericordioso espera día y noche a que su hijo vuelva, sin acotar así en nada la libertad de este. Dios se duele de nuestras faltas y ausencias, porque sabe que es a nosotros a quienes nos hacen más daño.

Si el amor de Dios se manifiesta enorme en nuestras ausencias, faltan palabras para explicar la grandeza del mismo en el reencuentro. El amor se convierte entonces en una tremenda alegría, en ganas de hacer fiesta y celebrarlo, como el padre de la parábola que manda derrochar lo mejor de su casa. Pero no porque el padre haya recuperado algo que tenía, como si el hijo fuese una posesión, sino porque el hijo ha recuperado su dignidad de hijo.

La alegría de Dios que simbolizan las tres parábolas nos sirve de modelo. Igual que Dios se felicita, nosotros estamos invitados a felicitarnos, porque la alegría divina es contagiosa: ya porque sepamos que siempre y en medio de todas nuestras faltas y pecados Él va a perdonarnos, ya porque no alegremos cada vez que un hermano se ha reencontrado como hijo de Dios. Ahora bien, podemos también enrocarnos en nosotros mismos como el hijo mayor de la parábola y seguir viviendo en la tristeza y amargura. Podemos tonta y egoístamente “pasar” de la alegría divina. Nuestra es la elección.

DOMINGO XXV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Amós 8, 4-7): *Escuchad, los que exprimís al pobre.*

Salmo (112, 1-2.4-6.7-8): *«Alabad al Señor, que alza al pobre»*

2ª lectura (1ª Timoteo 2, 1-8): *Haced oración por todos los hombres.*

Evangelio (Lucas 16, 10-13): *Nadie puede servir a dos amos.*

Si preguntamos hoy a una persona si es idólatra, seguramente nos llevaríamos un rapapolvo; nos respondería: ¡Usted me ofende, qué se ha creído! Ser idólatra en nuestro entorno, no está bien visto, tiene mala prensa. Los idólatras son los paganos, los que adoran ídolos de madera, de barro o de hierro, pero nosotros... somos gente culta, incluso algunos dirían: por quién me toma ¡yo soy cristiano! Entonces, me pregunto: ¿Era Jesús un exagerado o no hay que tomarse al pie de la letra lo que dice sobre el dinero?

Las palabras de Jesús las conocemos bien: «no se puede servir a Dios y al dinero». Cuando decimos “servir” estamos diciendo vivir de forma compulsiva, enfermiza, obsesionante; dedicar nuestro tiempo, nuestras fuerzas, nuestra inteligencia para que crezca, para que esté bien seguro y protegido. En vez de decir “servir” deberíamos decir “adorar”. Jesús, que sabía muy bien de qué hablaba, usa este verbo, que tiene un sentido religioso: solo a Dios se puede “servir”, solo a Dios se puede “adorar”

Es verdad que en estos temas, como en otros muchos propios de una sociedad compleja como la que vivimos, no son sencillos ni fáciles. A nadie se le escapa que un buen planteamiento económico basado en el bien común, pensando en los más desfavorecidos, buscando la justicia social, es necesario y pedido por todos; sin duda alguna, por los cristianos. No podemos demonizar ni la economía ni a los economistas.

Sin embargo, a pie de calle, el dios “dinero” va poniendo sus altares y va exigiendo que sus fieles le ofrezcan sacrificios. Por un afán desmesurado de dinero se puede llegar a robar (a mano armada o con cuello blanco); se puede llegar a matar (por mano propia o por encargo). Se pueden hacer desfalcos, se hacen desahucios, se hunde de por vida a familias, se relega a la pobreza absoluta a personas, colectividades y a pueblos enteros.

El dinero quiere ocupar todo el corazón del ser humano; exige adoración absoluta. Por eso es rival de Dios. No es un juego de niños; el dios dinero llega a exigir muerte, hambruna, injusticias, atropellos. El Dios creador, de la vida y de la misericordia, quiere que todos vivan con dignidad; no quiere verdugos y víctimas; quiere personas que se amen entre ellos y que le amen a Él.

Uno de los elementos fundamentales de la fe cristiana es precisamente la confesión de que el ser humano, cada uno de nosotros hemos sido creados libres y hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios. No se trata de un “teorema teológico” ajeno o tangencial a nuestra vida. Es fundamental, pues la dignidad del hombre, su origen y meta, no se mide en referencia a nada de lo creado, ni de otra criatura: ni animales, ni tesoros naturales, ni estrellas... el ser humano solo se mira en el espejo de Dios.

Cuando perdemos de perspectiva este principio teológico y antropológico fundamental, somos esclavos de nuestras falsas imágenes: el ser humano ya no es una criatura que refleja a Dios, sino un medio para nuestro interés o un instrumento a nuestro servicio. Dios nos crea libres, no esclavos. Cualquier forma de esclavitud no procede de Dios. La persona libre sabe que sirve a Dios sin que pierda ni un ápice de su dignidad.

De todas las posibles tentaciones que alberga el corazón humano, solo una es puesta por el mismo Jesús a la altura de querer hacerle la competencia a Dios mismo. En el evangelio de hoy la sentencia de Jesús es contundente. La dificultad no está en el objeto en sí mismo (las monedas, el oro, el metal...), sino en el uso que de él se haga, en los límites que traspasa y en el fin que pretende alcanzar.

La medida de nuestras relaciones, de nuestras actitudes, de nuestras decisiones, deben partir del corazón del ser humano y deben de volver a él. Cuando la medida de nuestras relaciones, actitudes y decisiones están marcadas por el dinero, pervertimos la obra creadora de Dios. El dinero se ha hecho para servir al hombre, y no el hombre para servir al dinero.

La vida cristiana no se limita a una dimensión espiritual, a una vida de piedad, sino que alcanza a todo lo que vivimos: relaciones humanas, sociales, económicas. El cristiano debe saber cómo situarse ante el dinero; cómo hacer un uso correcto de él; cómo usarlo sin adorarle. En este mundo totalmente globalizado y en estos momentos de crisis económica universal. Quizás debiéramos preguntarnos: **¿A qué o a quién refleja nuestro rostro? ¿Podemos decir que somos imagen de Dios?**

DOMINGO XXVI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Amós 6, 1a.4-7): *Se acabará la orgía de los disolutos.*

Salmo (145, 7.8-9a.9bc-10): *«Alaba alma mía, al Señor»*

2ª lectura (1ª Timoteo 6, 11-16): *Practica la justicia, la piedad, el amor.*

Evangelio (Lucas 16, 19-31): *Recibiste tus bienes en vida.*

La epidemia de secularismo que nos invade no está producida solo por una supuesta persecución a la Iglesia o por el odio a la religión, no, es todavía más grave, el problema es que vivimos en una cultura del egoísmo y de la disgregación, en esta sociedad donde cada uno va a lo suyo y donde podemos decir que hemos dejado de ser cristianos para ser, simplemente, esclavos de nuestras ambiciones.

Nunca entendí la popular frase que dice: “El ser humano es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra”, más el transcurso de la vida me ha hecho comprender la gran verdad que esto encierra. Miremos la historia: en las Cortes constituyentes de la 2ª República (Octubre 1931) se debatía la cuestión religiosa. El, entonces, ministro de la Guerra, D. Manuel Azaña, pronunció la frase: “España ha dejado de ser católica”.

Hoy podríamos plantearnos esa misma cuestión, porque, ser católico no es solo engrosar las estadísticas con una partida en el libro de bautismos de la parroquia correspondiente, sino que es adquirir un compromiso de vida marcado por los valores del Evangelio, y eso implica vaciarnos de nosotros mismos para entregarnos a los demás.

Es curioso que cuando entramos a una ciudad, en el casco histórico nos señalan los lugares de culto: Catedral, conventos, iglesias de interés artístico... Pero en las zonas modernas de la ciudad, nos señalan los lugares actuales de culto: las grandes superficies, los bancos..., o sea, los grandes templos del consumo, de un consumo que nos esclaviza. Esto genera en nosotros el egoísmo y las ambiciones que hacen que nuestro corazón ya no sea un corazón cristiano.

Con todo ello, aunque es cierto que surgen actitudes de solidaridad de muchas personas, ONGs... que están dando todo por los más débiles, también están saliendo a la luz, cada vez más, los Epulones de hoy, esclavos de la ambición que desprecian y chupan la sangre del Lázaro que tienen a la puerta. Por eso, podemos preguntarnos si realmente tenemos un corazón cristiano o no solo hemos dejado de ser católicos sino, también, de ser cristianos.

El profeta Amós denuncia a lo largo de su libro los abusos y las injusticias que tienen lugar en el Israel de su tiempo, lo que traerá el inevitable castigo sobre el pueblo. Vemos cómo anuncia a los que son en aquel momento los principales del pueblo que también serán los que encabezan la marcha hacia el destierro en el despojo total. Pero Amós destaca que el castigo tiene su causa, y esta es el abuso que hacen los ricos y poderosos, que viven en lujosos palacios, banquetean espléndidamente y carecen de la compasión solidaria con los acontecimientos por los que atraviesa el pueblo.

Esto genera una serie de injusticias, pues esta situación de bienestar solo pueden permitírsela los ricos a costa de los pobres, olvidándose de ellos y oprimiéndolos: «no os doléis de los desastres de José». Esta forma de actuar es completamente contraria al espíritu que Dios exige de su pueblo. Esta actitud encuentra su respaldo en una interpretación falsa de la religión y apoyada por unos jueces de los que dirá en otro lugar: «convierten la justicia en amargura y arrojan el derecho por tierra» y que «odian a los acusados y detestan al que habla con franqueza».

En la línea de la denuncia de los profetas presenta Jesús a los fariseos que se preocupan solo de su propio bienestar despreocupándose de los más pobres. En esta parábola vemos a un rico que se despreocupa de todo para vivir bien y no solo se despreocupa sino que crea injusticia a su alrededor, pues es totalmente ajeno a la miseria de aquel que junto a su puerta se alimenta de lo que tiran de su mesa.

La riqueza insolidaria y desmedida de uno trae la pobreza y la miseria del otro, lo que supone que si no hubiera tanto rico derrochador no habría tanto mendigo a las puertas. Es lo que Jesús quiere hacer entender a los fariseos con esta parábola llamándolos a la conversión, pues el destino del rico, que con su actitud insolidaria está produciendo una grave injusticia, es la muerte, mientras que el destino del pobre es la vida. Por eso urge una conversión desde la Palabra de Dios, porque si no es así, ni aunque un muerto resucite, ni aunque suceda un milagro cambiarán de actitud.

Esto a nosotros nos llama a la reflexión, pues aunque es cierto que todos, en una u otra medida, somos víctimas de la crisis, también es verdad que somos ciudadanos del primer mundo, que tenemos nuestras necesidades básicas cubiertas y que, incluso, nos permitimos algún capricho, y que lo que para nosotros son necesidades básicas, para otros son lujos inalcanzables. Que en nuestro mundo tenemos una realidad incuestionable; y es que hay unas 75.000 personas que mueren cada día de hambre, que con lo que unas pocas naciones tiramos o desperdiciamos podrían salir de la pobreza otras muchas.

Por eso, si no queremos convertirnos en el rico injusto de la parábola, esto no puede dejarnos indiferentes y adoptar una actitud de “austeridad solidaria”, o como decía el lema de Cáritas de hace unos años: «Vive sencillamente para que otros, sencillamente, puedan vivir».

DOMINGO XXVII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Habacuc 1, 2-3; 2, 2-4): *¿Hasta cuándo clamaré, Señor?*

Salmo (94, 1-2.6-7.8-9): *«Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor»*

2ª lectura (2ª Timoteo 1, 6-8.13-14): *Reaviva el don de Dios, que recibiste.*

Evangelio (Lucas 17, 5-10): *Hemos hecho lo que teníamos que hacer.*

“Creemos en tus ideas”. “Proponnos tu idea; nosotros tenemos fe en ti”. “Cree en ti mismo y en tu idea”. Estas frases últimamente se escuchan mucho en el ámbito bancario y empresarial, así como en las políticas gubernamentales del llamado “emprendimiento” o “emprededuría”. Con ellas se trata de animar, sobre todo a los jóvenes, a probar en el mundo de los negocios (para lo que, no solo hace falta creer, sino sobre todo que te concedan un crédito y confiar en los contactos adecuados, además de la buena suerte, para reactivar el tejido económico), o en la política con ideas “innovadoras” (para lo que es necesario un “lavado de cerebro” machacando día y noche a fin de seducir la incultura del populacho, aprovechando la falta de conocimiento de la historia para tergiversarla).

La verdad es que resulta un slogan bonito y atrayente, que sin embargo camufla una paradoja inquietante y peligrosamente dañina. La creencia en una idea, considerada la verdadera, está, en efecto, en la base del nazismo y otros fascismos (la idea de la raza o el pueblo, de origen biológico o natural), del comunismo (la idea de historia y futuro común, resultado de su devenir), pero también de una tercera ideología, salida “vencedora”: el capitalismo, sustentado en la creencia en la idea de mercado y progreso económico de las naciones obviando y marginando a la persona.

No hemos de olvidar que la asociación del creer y el idear, y la confusión entre defender una idea y tener fe en algo o en alguien, también toca a la religión, convirtiéndose esta en fundamentalismo, presente igualmente dentro de la Iglesia.

Pero la fe es algo diferente a la defensa de una verdad o una idea, por muy importante que nos parezca. En nuestra sociedad hemos de procurar, proponer y defender ideas e ideales, pero no creer en ellas, no tener fe en ellas, como si nuestra vida dependiera. La fe y la creencia es en las personas y no en las ideas.

Según la doctrina de la Iglesia, la fe cristiana solo lo es si se acompaña de otros dos ejes sobre los que gira la vida del cristiano: el amor y la esperanza. ¿Qué significa esto en un contexto social en el que creer se considera una forma o ingenua o fanática de situarse ante el mundo y sus problemas?

El Evangelio que hoy leemos no deja de desconcertarnos, como muchas de las palabras de Jesús. En él parece que Jesús nos está hablando de unos poderes mágicos, de los que la fe dotaría al creyente. Lejos de ello, lo que hace el Maestro es responder, desconcertando, por supuesto, a sus discípulos, que consideran que la fe puede ser aumentada o disminuida, ponerse o quitarse, como un complemento o atributo de la vida, como una capacidad o habilidad que tiene el cristiano. Una capacidad, por cierto, que le daría cierta prestancia y superioridad sobre el resto.

Pero la fe no es una capacidad sino un acto: el acto mismo del amor. El encuentro con Jesús, de persona a persona, de la que ama a la que es amada y se siente amada, es un acto, una acción de Dios que transforma y, por tanto, no puede ser de más o de menos, sino que lo es del todo: inunda del todo, mueve del todo, cambia del todo, lo puede todo, incluso lo que creemos imposible. Sin embargo, este acto tan grande –el del amor de Dios– pasa casi desapercibido –como un granito de mostaza– para el que no lo ha experimentado.

Así que la fe, la acción del amor de Dios en nosotros, se reconoce y se puede vivir solo desde la sencillez y la humildad, desde el reconocimiento de que no nos merecemos la inmensidad de tal amor. Es en la fuerza de la sencillez donde la fe se consolida y perdura, también en medio de las dificultades y sin sentido de la vida.

Por eso el profeta Habacuc dice que *«el justo vivirá de la fe»*, mientras que *«el injusto tiene el alma hinchada»*. Este último es, por su parte, quien considera que sus ideas y sus razones, aunque sea sinrazón, valen más que las de ningún otro, y por ello tiene derecho a imponerlas con violencia. El injusto “cree” en sus ideas, “tiene fe” en ellas, se compromete y compromete a otros al defenderlas, y así traba la justicia.

Si los cristianos “creemos” en unas ideas, por muy buenas que nos parezcan (la fraternidad universal, el valor de la familia, el derecho y la defensa de la vida, etc.) pero no le damos sentido en el acto del amor personal, las convertimos en verdades intransigentes y en formas de injusticia sobre los que no “creen” en ellas.

Así es imposible que demos testimonio, porque este se sostiene, como escribe san Pablo desde la cárcel a Timoteo, en «vivir con fe y amor en Cristo Jesús». Vivir así, y renovar este acto de amor y de fe cada día, es vivir en esperanza y ser esperanza para todos los que nos rodean.

Vivir por la fe, desde el amor y para la esperanza, es la forma de transmitir el Evangelio, no unas ideas religiosas; es la forma de compartir la experiencia de encontrarse con Dios.

DOMINGO XXVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (2º Reyes 5, 14-17): *¡Vive Dios, a quien sirvo! No aceptaré nada.*

Salmo (97, 1.2-3ab.3cd-4): *«El Señor revela a las naciones su salvación»*

2ª lectura (2ª Timoteo 2, 8-13): *Si morimos con Él, viviremos con Él.*

Evangelio (Lucas 17, 11-19): *Los otros nueve, ¿dónde están?*

La cultura moderna ha creado un modo de ser y de pensar que mira casi exclusivamente al hacer, a la eficacia, al rendimiento y productividad, a lo útil. Privado del destino trascendente, la vida se va convirtiendo en un episodio irrelevante que hay que llenar de bienestar, de experiencias placenteras y de disfrute exhaustivo de lo inmediato.

Sin embargo, el ser humano, además de un bienestar material digno, -que todo hombre ha de tener por justicia-, necesita de algo que no se fabrica, ni es fruto de la técnica, ni se compra en los supermercados, ni se impone; hay que recibirlo como regalo, como gracia, ¡ha de ser fruto de la gratuidad!

Todos tenemos necesidad de que se nos quiera, se nos acepte, se nos valore, no por lo que tenemos y hacemos, sino por lo que somos. Todo ser humano tiene necesidad de un “hogar” para que crezca sanamente. Aquí radica una de las causas más profundas de este fenómeno que tanto está preocupando a nuestro mundo: el fenómeno de la violencia en sus diversas manifestaciones. Según algunos analistas, “la delincuencia y la agresividad juvenil son fenómenos, que frecuentemente aparecen relacionados con la desorganización de las familias y con la falta de atención y cariño por parte de los padres” (Gerardo Pastor Ramos). La razón profunda de la violencia radica en que la verdad original de la persona humana: el amor gratuito, ha sido brutalmente reprimida, negada, rechazada, y lo más terrible es la perversión del amor.

Todos tenemos necesidad de gestos de gracia. El hombre nuevo, capaz de crear un mundo nuevo y una sociedad nueva, sana y pacífica, no nacerá desde los patrones técnicos, sino desde la libertad, iluminada y estimulada por la gratuidad del amor, que hace nuevas todas las cosas. El ser humano en su realidad profunda y originaria es amor y fruto de la generosidad, y solo la relación de amor nos hace realmente humanos.

Quien ha recibido, gratuitamente, el don de Dios debe ser agradecido. Para ilustrar esta actitud evangélica Lucas nos ofrece este relato: *«Diez leprosos se acercan a Jesús y le suplican que los cure»*. Es interesante constatar que el sufrimiento une lo que la vida ha separado. La lepra era una enfermedad que comportaba una doble degradación: la terrible enfermedad física y la marginación social y religiosa. Judíos y samaritanos eran contrarios, sin embargo, la fe de estos enfermos les anima y empuja a ir juntos a Jesús, suplicándole su compasión.

Jesús los mira con la misma mirada de su Padre, una mirada de misericordia, e interviene, enviándoles a presentarse a los sacerdotes, para que confirmaran la curación y así ser integrados de nuevo en la comunidad. Yendo de camino, quedan curados, pero solo uno “vio” que estaba curado, reconoce el don de Dios, y vuelve de nuevo a Jesús con corazón agradecido, alabando a Dios por el don gratuito de la salud. El agradecimiento, consecuencia de la fe, es lo que le salva radical e íntegramente, en lo físico y en lo religioso. *«Levántate y vete. Tu fe te ha salvado»*.

Frente a la lógica del mercado, la competitividad, la ley del más fuerte, la “gratuidad” es la fuente y origen de todo. Nuestra sociedad tiene necesidad de que se recuperen otras dimensiones y experiencias que han sido olvidadas y reprimidas, pero que definen nuestra identidad. El origen de todo es el amor gratuito de un Dios y que así se ha definido: *«Dios es Amor»*.

Incluso, la vida de cada uno es don recibido de los otros. Los cristianos hemos de partir de la experiencia de ser queridos gratuitamente; existimos porque hemos sido queridos. Del amor de Dios Padre en Cristo y el don del Espíritu recibimos lo mejor que tenemos: ser hijos de Dios y hermanos. El ser hijos y hermanos se nos da gratuitamente, no se elige ni se merece. Ahora bien, lo recibimos como don y como tarea a la vez, lo que significa que nuestro mejor proyecto es el amor gratuito, hacer del otro hombre un prójimo y de todo prójimo un hermano.

«A la luz de Jesús, don gratuito del Padre, el otro es una llamada permanente a la fraternidad, incluso cuando, por la razón que sea, el ambiente lo rechaza; cuando los enemigos lo aplastan y los amigos lo abandonan; cuando él mismo avanza por un camino equivocado; cuando su rendimiento disminuye y otros lo sustituyen; cuando ya no resulta útil para nadie. Ni siquiera el hombre de negocios en bancarota, ni el hombre o mujer rechazados por todos, ni el preso, ni el drogadicto, ni el enfermo del SIDA, pierden su calidad de hermanos».

Sin gracia no es posible la fraternidad, y sin fraternidad no hay futuro plenamente humano para la humanidad. Todos necesitamos gestos de gracia. Todos necesitamos que se nos quiera, se nos acepte y se nos acoja más allá de lo que merecemos.

DOMINGO XXIX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Éxodo 17, 8-13): *Yo estaré en pie en la cima del monte.*

Salmo (120, 1-2.3-4.5-6.7-8): *«El auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra»*

2ª lectura (2ª Timoteo 3, 14-4,2): *Ella puede darte la sabiduría.*

Evangelio (Lucas 18, 1-8): *Fijaos en lo que dice el juez.*

Mucha gente sigue pasándolo mal, lo sabemos. Seguramente conozcamos situaciones concretas en nuestro entorno. Hablamos de la situación, charlamos durante un rato... y nos sentimos impotentes ante tanta injusticia: “Vivimos en un orden mundial criminal y caníbal, donde las pequeñas oligarquías del capital financiero deciden de forma legal quién va a morir de hambre y quién no” (Jean Ziegler, ex vicepresidente de la ONU).

El papa Francisco también es rotundo al afirmar que “un capitalismo salvaje ha instaurado la lógica del beneficio a cualquier coste, del dar para obtener, del provecho sin mirar a las personas”. ¿Qué hacer? Nos volvemos insensible, “nos acostumbramos a levantarnos cada día como si no pudiera ser de otra manera; nos acostumbramos a la violencia como algo infaltable en las noticias; nos acostumbramos al paisaje natural de la pobreza y de la miseria caminando por las calles de nuestras ciudades”.

«Había un juez que ni temía a Dios, ni respetaba a los hombres» (Lucas 18,2). Así comienza diciendo Jesús, y, de este modo, situaba a los oyentes en su propia realidad. No los distraía ni evadía. Muchos de ellos sabían, por propia experiencia, lo que significaba pedir justicia y cómo, a menudo, sus quejas eran desoídas una y otra vez. Eran pobres, sin ninguna relevancia social, sin ninguna influencia ante la justicia.

Y les habló de una viuda. Sin un marido, aquella viuda era “nadie” y representaba a todos los “nadies” de aquella sociedad, a todos los que no son tenidos en cuenta. Ellos mismos habían asumido que, al igual que los poderes de mundo, el Dios de la ley y del templo estaban lejos de sus vidas y no les prestaba atención.

Hoy, para nosotros que le escuchamos, sus palabras siguen desprendiendo la misma luz. Iluminan nuestros ojos ante la realidad social de millones de hermanos que piden justicia y sus llamadas no son escuchadas; ponen al descubierto, en nuestras relaciones interpersonales, la oscuridad que desprenden nuestros juicios sobre los demás, tan llenos, a veces, de prejuicios; iluminan nuestro interior, ayudándonos a descubrir las exigencias, miedos y culpas que nos atenazan, impidiéndonos oír nuestro yo auténtico y, de ese modo, emprender el camino de la aceptación y del perdón.

También hoy, como entonces, perduran imágenes, o las creamos, de un Dios juez que premia y castiga y que no nos escucha, por más que le pidamos. Con sus parábolas Jesús rompe nuestras falsas imágenes sobre Dios. Destruye las imágenes mundanas que de Él nos hemos formado: la del dios poderoso, lejano, ajeno e insensible a la vida; la del dios juez, sin misericordia para su gente; la del dios de la culpa y del miedo, que amarga la vida de los hombres; la del dios sordo y mudo, que ni escucha ni responde, por más que le recemos.

En las palabras de Jesús no hay espacio para la duda. Si aquel mal juez tuvo que hacer justicia, ¿qué no hará Dios por sus hijos? La distancia entre el juez de la parábola y Dios es tan inmensa que no ha de haber en nosotros duda alguna sobre Él. Dios nos escucha siempre y siempre nos hace justicia.

Muchos cristianos aún seguimos creyendo, como aquellos primeros oyentes, que Dios está lejos, que no nos escucha cuando le hablamos, que es insensible a nuestros dolores y deseos. Pero, si Dios es como nos muestra Jesús, ¿qué hemos de hacer? Jesús nos propone que nos fijemos en la viuda y que hagamos como ella.

La viuda de la que habla en esta parábola no cejó en su empeño y llamó a las puertas del juez una y otra vez. Insistió. A los oyentes de entonces, como a nosotros hoy, nos sorprende la determinación con que actuó aquella mujer. No se desanimó. Tuvo confianza.

Ella es un ejemplo, una imagen, para que caigamos en la cuenta sobre cómo hemos de confiar en que Dios está de nuestro lado, escuchándonos, respondiéndonos, haciéndonos justicia. Y así, con la determinación con que ella actuó, es como debemos creer y orar, superando falsas imágenes que, como jueces malos, nos impiden acercarnos a los demás, nos amenazan para que no entremos en nuestro propio corazón y nos alejan del Dios de Jesús que como dice el salmo es quien te cuida, es quien te protege, es quien está junto a ti para ayudarte.

DOMINGO XXX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Eclesiástico 35, 12-14.16-18): *El Señor es un Dios justo.*

Salmo (33, 2-3.17-18.19 y 23): *«Si el afligido invoca al Señor, Él lo escucha»*

2ª lectura (2ª Timoteo 4, 6-8.16-18): *He mantenido la fe.*

Evangelio (Lucas 18, 9-14): *¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador.*

Vivir permanentemente en el tiempo presente, escondidos en las faenas de cada día, preocupados en almacenar para que no nos falte y sin mirar atrás porque acuden los que pueden necesitarnos, es vivir de cualquier manera, sin sentido y sin historia que nos amparen y enraícen con los nuestros y con lo nuestro.

Hay una frase pronunciada en los momentos de velatorio y funeral: “A ver si nos vemos en otro sitio”, que muy pocas veces llega a ser realizada, pues casi nadie sacamos la agenda y apuntamos la cita. Esa conversación suele darse entre personas que tuvimos algo que ver en el tiempo pasado, pero que poco o nada nos vemos y tratamos en el tiempo presente.

De ahí que sea difícil que anhelemos contactar para en el tiempo futuro llevar adelante algún plan cuyo origen esté basado en una relación personal mantenida, querida y enriquecedora. La realización de planes con futuro requiere soñar y planificar juntos, trabajar a la par afrontando las dificultades que van surgiendo y celebrar en compañía los logros y los pasos que vamos dando en la consecución de los objetivos.

Si realmente convivimos con otras personas, no debemos tener miedo, somos acompañados. Si disfrutamos de esa compañía y podemos acompañar a otra gente; tampoco necesitamos escapar a tiempos futuros para que no nos carguen. Y cuando la cosa se ponga difícil, no buscaremos salida en tiempos pasados porque vivíamos mejor. Y todo, porque no debemos vivir de cualquier manera.

Desde niños hemos escuchado, ante situaciones de precariedad extrema: “esto clama al cielo”; lo interpretábamos como que el culpable, el único que podía arreglarlo estaba arriba. Y no hemos avanzados mucho: el gobierno, el presidente, el jefe, el obispo, los padres, siempre son los responsables de lo que nos pasa, de lo que sucede en nuestro entorno cercano.

Una generación adulta así educada termina por sentirse vigilada por los de arriba, cuidada siempre por las personas que les gobiernan y que desean lo mejor aunque sea a costa de tener que hacer constantemente lo que le mandan y dispuesta a cumplir servilmente las órdenes que le imponen.

Jesús, como siempre, nos propone su camino que conduce a la vida desde la mirada que cada uno de nosotros, sus seguidores, dirigimos a los demás, a la Ley y a Dios su Padre.

Así se comporta el fariseo, su preocupación es guardar la Ley que aprendió de chiquitito y cumplir todas sus muchas normas; cuantas más, mejor. Eso es lo que le enseñaron sus mayores y lo que hace la gente de orden; tal y como él mismo pretende ser para pertenecer al mundo de los puros, de los buenos.

Al mirar atrás, ve al que es menos cumplidor que él; por eso queda oculto a la visión calculadora de los demás y proyecta la imagen de un Dios vigilante y castigador de todos los que no cumplen.

Algunas personas nacen mirando hacia abajo: buscan comida, restos de algo que les permita sobrevivir en esta sociedad. Esto es lo que hace el publicano de la parábola evangélica. Se sitúan detrás del todo, en el último lugar, porque se sienten culpables de la situación que están viviendo.

Al mirar hacia arriba solo se le ocurre apartar su mirada y solicitar la compasión de Aquel que puede concederla porque es el autor de la Ley y el conocedor del corazón de los hombres a los que quiere porque somos sus criaturas.

A los lados se mira para competir, para comparar, para admirar, para ayudar; se observan los corredores en el estadio, se miran los modelos en la pasarela; los ídolos deportivos son imitados con admiración, y las personas caídas, al borde del camino, son ayudadas a levantarse.

Al mirar a los lados, somos capaces de caer en la cuenta de que todas las personas somos iguales y, a la vez, diferentes. Los otros nos enseñan que mutuamente nos podemos enriquecer con las cualidades de cada cual y que, al convivir los unos junto a los otros, nos complementamos perfectamente para crecer como personas.

Todas las miradas que hemos descrito son parciales y dejan de abarcar algún aspecto de la propia persona o de las demás. Para llegar a tener una visión plena de lo que es la vida de las personas es necesario contemplar la totalidad.

Esta es una mirada a la que hay que dedicar todo el tiempo de la vida y hay que crear unos espacios que la hagan posible. No se puede realizar de cualquier manera, y no todas las personas llegamos a realizarla.

El apóstol Pablo, en la segunda lectura, habla de esta mirada como de una carrera (tiempo de la vida) que tiene un premio (la plenitud regalada) que es otorgado por Aquel que nos ha dotado de todo lo necesario para llegar a la meta (final del tiempo de cada uno).

DOMINGO XXXI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría 11, 22-12, 2): **A todos perdonas, porque son tuyos.**

Salmo (144, 1-2.8-9.10-11.13cd-14): **«Bendeciré tu nombre por siempre, Dios mío, mi rey»**

2ª lectura (2ª Tesalonicenses 1, 11-2, 2): **Consideraos dignos de vuestra vocación.**

Evangelio (Lucas 19, 1-10): **Hoy tengo que alojarme en tu casa.**

Hoy me he fijado en algunas frases del libro de la Sabiduría que proclamamos en la primera lectura: «Amas a todos los seres y no odias nada de lo que has creado. Si hubieras odiado alguna cosa, no la hubieras creado. A todos perdonas, porque son tuyos, Señor, amigo de la vida». Dedicemos un rato a su lectura, a su meditación, y al silencio. Solo el silencio permite seguir avanzando en el misterio inabarcable del amor de Dios a su criatura. Con frecuencia las palabras separan más que unen. No hemos sido educados en esta dimensión contemplativa de las relaciones humanas y con Dios.

Nuestra oración tiene mucha palabra, mucho concepto, buenos, no lo pongo en duda. Pero le falta quietud, silencio. Somos muy pragmáticos, queremos ver, palpar ideas, sentimientos. Y las palabras y las ideas, a pesar de su bondad, introducen una distancia entre el sujeto que piensa y el objeto pensado, sea este una persona o el mismo Dios. Y sin embargo en Él vivimos. Nos movemos y existimos.

Todos nuestros conceptos sobre Dios, y también sobre las personas, ocultan lo que ellos –Dios y personas– son, siempre más allá de todo saber: «Lo que yo digo sobre Dios, es un hombre quien lo dice»; «El Dios inefable ha estado siempre ahí delante de nuestros mejores pensadores, que tenían por nada lo pensado y escrito sobre Dios». También han pensado así nuestros místicos y teólogos: San Agustín, santo Tomás de Aquino, Karl Rahner...

No es fácil hablar de esto. Pero, convendría añadir que un misterio inabarcable se esconde, no solo en Dios, sino también en toda persona. Ni siquiera la más abierta transparenta todo su misterio. La única actitud posible, ante la persona, como ante Dios, es la adoración. Y con ella la aceptación del otro como misterio y su afirmación sin exclusiones ni recelos, una afirmación capaz de sacar de esa persona lo mejor que ella misma encierra.

Es la mejor colaboración que podemos prestar al amor creador y recreador de Dios, amigo de la vida, que ama a todos, porque somos suyos. Afirmar a la persona. Dejar que la persona sea persona y favorecer lo que afirma y posibilita su desarrollo y su dignidad.

El encuentro de Jesús con Zaqueo pudiera aparecer como noticia de actualidad en cualquiera de nuestros Medios de Comunicación Social. A todos nos afecta, si nos dejamos afectar por ella. Porque no todo el mundo **«trata de distinguir quien es Jesús»**, ni todos compartimos nuestros bienes, ni todos devolvemos lo robado. Unos porque no nos impacta el personaje, y otros porque hay circunstancias que nos impiden acercarnos a Jesús.

Meditemos por un momento sobre nuestros deseos de conocer a Jesús, que hacemos para ello, y qué cosas, situaciones o personas nos hacen difícil este conocimiento. Y pensemos si nosotros mismos favorecemos o hacemos difícil a otros el encuentro con Jesús.

Por parte de Jesús no queda: **«Zaqueo, baja enseguida porque hoy quiero hospedarme en tu casa»**. Cambiemos los nombres, personalizemos el relato: “Zaqueo”, somos tú y yo, somos nosotros. Y su casa es mi casa y la casa de todos los hombres, y la casa de los pobres, en la que Dios habita como en un templo. Las casas son templos de dignidad, templos del Espíritu, arcas de la Alianza nueva y eterna que Dios quiere establecer con toda la humanidad.

Zaqueo recibe a Jesús muy contento. Tal vez hacía mucho tiempo que, metido en los impuestos y su riqueza, y en sus robos, no era tan feliz. Alegría de la que no participan los que murmuran contra Jesús. Pero Zaqueo supera los prejuicios sociales, como superó su baja estatura. Valiente y solemne, toma su propia decisión puesto en pie; **«Señor, la mitad de mis bienes para los pobres»**.

No es, como en el caso de la viuda pobre, **«todo lo que tenía para vivir»**. Seguramente Zaqueo no va a dejar de ser rico, pero comparte una cantidad muy importante: la mitad de sus bienes. Es difícil imitar el criterio de Zaqueo. Es necesaria una conversión muy fuerte. Y, sobre todo, pide estar convencido de que uno ha encontrado un tesoro escondido hasta entonces, por el que está dispuesto a venderlo todo, y a hacerlo con alegría. Pero aquí solo se puede hablar desde la experiencia. La teoría vale poco.

El texto evangélico alcanza su punto más alto en las palabras últimas de Jesús: **«Hoy ha sido la salvación de esta casa; también este es hijo de Abrahán»**. Dios quiere la salvación de todos, ricos y pobres, y Zaqueo ha encontrado la puerta que conduce a la vida. Comparte sus bienes con los pobres, y devuelve, multiplicado, “cuatro veces más”, lo que ha robado. No se “compra” la salvación, que siempre será don de Dios. Se sacan las consecuencias del encuentro con Cristo, y de la conversión que ha provocado en el que le ha recibido con alegría en su casa y en su vida.

TODOS LOS SANTOS

1ª lectura (Apocalipsis 7, 2-4.9-14): *Señor mío, tú lo sabrás.*

Salmo (23, 1-2.3-4ab.5-6): *«Este es el grupo que viene a tu presencia, Señor»*

2ª lectura (1ª Juan 3, 1-3): *Que amor nos ha tenido el Padre.*

Evangelio (Mateo 5, 1-12a): *Dichosos los pobres..., los humildes..., los limpios...*

Para cualquiera de nosotros, ser santo es muy difícil y poco atractivo, porque según nos decían, requiere un enorme esfuerzo de renuncia, sacrificio y perfección. Quizá, por eso no entendemos esta fiesta, porque nuestro punto de partida es la moral antigua (san Pablo diría la Ley). Entendemos la santidad como cumplimiento estricto y total de los mandamientos y las obras de misericordia.

Eso mismo nos hace ver imposible ser santos y entender la santidad. ¿Quién puede hacer todo eso? ¿Quién es capaz de cumplir todas las normas y preceptos? ¿Quién puede llegar a ese clímax de perfección? Como siempre, la Ley nos disuade, desmotiva, nos acusa, nos hace culpables, nos hace sentir mal y, encima, lo achacamos a Dios. El Apocalipsis nos sitúa en otra esfera, nos abre la ventana de la esperanza y nos asienta en la vida y en la confianza del futuro de la fe. Ser “santo” es estar abierto a la relación con Dios que, Él sí, es nuestro apoyo presente y nuestro futuro.

En este proceloso camino que es la vida, con muchos peligros y algún que otro desánimo, es fundamental contar con alguien que nos eche una mano en la búsqueda del objetivo que necesitamos alcanzar. Pero no debe mirarnos con ojos de controlador de calidad ni de vigilante estricto, porque, entonces, no pasaremos. Tiene que ser alguien que nos mire con los ojos tolerantes que usan los padres con los niños; así se inclinará con la mano tendida para darnos un empujón y animarnos a seguir.

La educación religiosa centrada en la Ley incapacitó a mucha gente a sentir a Dios tal como Jesús quiere que lo sintamos. Hay que descubrir a Dios, no lo que nos digan las normas. Son mundos distintos. Y el de Dios es muchísimo mejor. Por eso habrá tantos marcados por su experiencia.

La vida es dura para todos, incluso para los que dan la sensación de no faltarles nada. La dureza mayor la aporta nuestra condición de seres incompletos, hambrientos de vernos acabados totalmente. Eso hace de la vida un constante pensar, tender, esforzarse y trabajar por salvar la distancia que separa nuestro presente del futuro añorado y deseado.

Pero algunos lo sabemos y lo asumimos confiados en la convicción: Dios no nos deja solos, está a nuestro lado, aunque su compañía sea tan disimulada que se camufla en la realidad y pueda pasar totalmente desapercibida para quienes no han entrenado el sentido religioso que es el órgano visual que nos abre los ojos a Dios.

Esa sensibilidad tan especial algunos no la entienden ni la aceptan, la catalogan como uno más de los trucos que utiliza la ilusión para hacernos creer que se aparecen conejitos inexistentes previamente en la chistera de los magos, solo que ahora relacionados con cosas serias, con las que no se juega, como la vida.

Por eso hay gente muy contrariada con la religión, porque creen que dice cosas ilusas sobre algo tan serio como la vida que es dura para todos. Se reacciona, a veces, se convierte en persecución con peligro de la vida misma. Y eso lo saben muy bien las comunidades cristianas de algunos países en los que ser cristiano sigue siendo motivo suficiente de muerte.

Estas comunidades que entienden bien la vida en su dureza más extrema, entienden también el mensaje de un Apocalipsis que sabe de lo que habla porque se escribe en ese mismo ambiente vital. Allí, en medio de la violencia más fuerte, cuando la vida se siente como un camino muy largo que se acaba antes de hora y la Palabra de Dios puede sonar hueca y vacía, es donde se escucha la voz de un Alguien que llama con la designación de hijo a quien ve el final tan próximo.

Dios, entonces, se experimenta como Padre con la mano extendida que agarra y tira hacia sí transformándolo todo. Hace entrar en su casa y otorga a todos los elegidos la condición de miembros de su familia con el derecho de ser considerados como Él, que es Santo.

No lo han merecido, han pedido ayuda en la necesidad extrema y su esperanza tenue y limitada se ha visto cumplida de forma desbordante y sorprendente. Habían creído en Dios Padre y han visto realizada su fe. Eso se nos promete a todos y a todos nos llegará su comprobación. Pero saberlo ahora nos hace participar por adelantado de ese futuro; y ser santo es cultivar ya esa relación con el Dios de la vida difícil y dura.

DOMINGO XXXII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (2º Macabeos 7, 1-2,9-14): *¿Qué pretendes sacar de nosotros?*

Salmo (16, 1.5-6,8 y 15): *«Al despertar me saciaré de tu presencia, Señor»*

2ª lectura (2ª Tesalonicenses 2, 16-3, 5): *El Señor, nos libraré del maligno.*

Evangelio (Lucas 20, 27-38): *Son como ángeles; son hijos de Dios.*

En estos últimos domingos del año litúrgico, previos al comienzo de un nuevo año con el Adviento, nos invitan a hacer balance de nuestras actitudes a lo largo del año. Terminamos un año en que las condiciones sociales no han mejorado, seguimos teniendo gran número de parados e inmigrantes que siguen viniendo a nuestra parroquia en solicitud de ayudas para subsistir. Ante estas situaciones de precariedad, mucha gente se pregunta ¿Dónde está el rostro de Jesús junto al que sufre?

Por ello, nuestro balance ha de tener en cuenta: si nos hemos acercado al pozo de la samaritana, a escuchar a Jesús que nos invita a creer en Él, que es la fuente del agua viva, para que la sal no se vuelva sosa y la luz no permanezca oculta, de tal manera que la confesión de la fe nos haya llevado a transmitir la fe en la sociedad actual.

Si de verdad en este año que termina hemos vivido nuestra fe acercándonos a los problemas y situaciones difíciles de nuestros hermanos; si hemos sido solidarios con aquellos que más lo necesitan y si hemos contribuido a que, el rostro de Cristo haya estado cerca de aquellos que ocupan los últimos lugares de la sociedad.

Así, si hemos sido consecuentes con nuestra fe, si hemos partido de una unión verdadera con Cristo resucitado, es como estos hermanos nuestros habrán podido experimentar también la presencia de Cristo que sufre con ellos y desde ahí, habrán podido ver una luz de esperanza en medio del dolor. Por ello, en este final del año litúrgico (solo nos quedan dos domingos), hagamos balance de nuestras actitudes a lo largo del año para comenzar el Adviento en el nuevo año siendo portadores de esperanza.

A primera vista resulta extraño el evangelio que la liturgia nos presenta este domingo: unos saduceos le presentan a Jesús una extraña cuestión teológica acerca de la resurrección. Los saduceos eran un grupo que pertenecía, por decirlo de alguna manera, a la alta sociedad, a la aristocracia sacerdotal israelita, que negaban la resurrección, lo cual era causa de disputa entre ellos y los fariseos.

Por eso quieren poner de prueba al Maestro y lo hacen con el ejemplo más absurdo con la excusa de la ley del levirato: Una mujer viuda sin hijos y se va casando sucesivamente con siete hermanos, para terminar cuestionando de quién será la mujer en la resurrección, pues con todos estuvo casada y de ninguno tuvo descendencia.

Esto supone que la vida nueva en la Resurrección sería simplemente una prolongación de esta vida. Y esto no es así: la Resurrección supone la novedad absoluta, ya que este primer mundo, con sus miserias, sus injusticias y desigualdades habrá pasado. Por ello esta novedad absoluta de la Resurrección nos hace vivir siendo conscientes de nuestra provisionalidad en este mundo para vivir en Esperanza.

Este vivir en Esperanza está fundamentado porque nuestro Dios es un Dios de vivos y no de muertos. Lo justifica Jesús aludiendo a que a Dios le llaman Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, es el Dios de los Patriarcas que, aunque murieron hace siglos, siguen siendo objeto del amor de Dios, pues la muerte no puede destruir este amor y, para Él, todos sus hijos están vivos y son objeto de su amor.

Esto hace que la muerte, con toda su tragedia y su dolor sea una celebración pascual, pues el difunto, unido a Cristo, pasa de la muerte a la vida, a una vida nueva que esperamos, que es la razón de nuestra Esperanza, pero que no podemos describir con ejemplos e imágenes tomadas de esta vida, como pretendían los saduceos.

Este vivir en Esperanza nos lleva a relativizar las realidades de este mundo y a hacernos vivir esperando los cielos nuevos y la tierra nueva, y esto lo conceptualizamos diciendo la famosa frase: **«de nada le sirve al hombre ganar todo el mundo si se pierde a sí mismo»**, y esto es cierto pero, al interpretarlo mal, ha dado lugar a la acusación de que los cristianos vivimos esperando ilusiones irrealizables en una constante alienación, lo que nos hace vivir de espaldas a las injusticias y abusos en esta vida con la promesa de la vida eterna, y por ello, algunos concluían que la religión es “opio para el pueblo”.

Por esto no es así, esta no es nuestra fe ni es la Esperanza que nos mueve. **«Se nos advierte que de nada le sirve al hombre ganar el mundo si se pierde a sí mismo. No obstante, la espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien aliviar, la preocupación de perfeccionar esta tierra donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo»** (Concilio Vaticano II, Gaudium et spes, 39)

Por tanto, el discípulo de Cristo, que vive en Esperanza, deberá luchar por la paz, la justicia y el amor en esta tierra para que esta realidad sea ya un anticipo de los cielos nuevos y la tierra nueva y así nuestra Esperanza sea creíble. Por eso, al alimentarnos hoy con el Pan de la vida, pidámosle al Señor que, con nuestro testimonio, sepamos hacer de este mundo un anticipo del mundo futuro.

DOMINGO XXXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Malaquías 3, 19-20a): *Mirad que llega el día.*

Salmo (97, 5-6.7-9a.9bc): *«El Señor llega para regir los pueblos con rectitud»*

2ª lectura (2ª Tesalonicenses 3, 7-12): *El que no trabaja que no coma.*

Evangelio (Lucas 21, 5-19): *Así tendréis ocasión de dar testimonio.*

Escuchar hoy, fuera de contexto, “el que no trabaja, que no coma” genera incertidumbre o al menor rubor. Pero lo que Pablo denuncia con fuerza es la actitud de algunos miembros de la comunidad de Tesalónica que vivían despreocupados del trabajo y la atención de sus responsabilidades, pensando en el inminente regreso del Mesías diciéndose: “¿Para qué vamos a trabajar si el juicio de Dios está próximo? ¿Para qué esforzarnos? Evidentemente no se trataba de una cuestión particular, sino que era un conflicto comunitario. Una actitud que genera un problema padecido por todos, y en el que todos son parte de la solución.

La actual crisis afecta a muchas familias que subsisten sin trabajar, pero no por despreocupación, sino como víctimas de un sistema que desecha indiscriminadamente a hombres y mujeres... considerando que son inútiles para el “mercado” laboral. Muchos quedan marginados, ocupados exclusivamente en buscar ocupación. Algunos son demasiado jóvenes (faltos de experiencia), otros demasiado mayores (no podrán rendir suficientemente).

Son desempleados de larga duración, hiper-titulados y mega-capacitados... Son rostros y situaciones individuales que nos afectan a todos, puesto que son parte de nuestra comunidad. Ellos son nosotros, y todos somos parte de la solución. Dios, en el lejano relato de la creación nos dejó la encomienda de cultivar y custodiar la tierra. El trabajo no solo es un derecho... también es un deber de humanidad y de corresponsabilidad social.

Hoy muchos no trabajan... porque no pueden. Debemos preguntarnos qué podemos hacer para que nadie (mal)viva sin trabajar y para que no se pierda la aportación que cada persona puede hacer al bien de todos (laboral, profesional, intelectual, social...).

Es responsabilidad de todos, más aún cuando esta crisis parece que ha venido para quedarse. Un nuevo mundo está emergiendo y, si no hacemos nada, la economía y la eficacia serán los únicos árbitros de la sociedad. La cultura de la solidaridad, la corresponsabilidad, la generosidad y la compasión nos ayudarán a retomar el protagonismo y la construcción de un mundo “como Dios manda”.

Seguramente los que oyeron a Jesús se quedaron estupefactos. ¿El Templo destruido? ¿La casa de Dios devastada? Un lenguaje tan duro no podía dejar indiferente, la identidad de todo un pueblo estaba reflejada en el Templo de Jerusalén. Y el Galileo amenazaba con su ruina. Es normal que generase inquietud. También a nosotros el lenguaje de la destrucción nos genera intranquilidad. Preferimos los edificios terminados, las costumbres arraigadas y la sociedad organizada.

No era la primera vez que el profeta de Nazaret realizaba denuncias de este tipo. Ya se había “desencontrado” con los poderosos de su tiempo, había cuestionado a escribas y fariseos, y había denunciado con fuerza los ritos vacíos y la fe alejada de la vida. Él sabía que su predicación iba a traerle problemas serios, pero el miedo no le venció. En Jerusalén siempre mataban a los profetas, pero Jesús siempre confía en el Padre Dios, es quien tiene la última palabra.

La denuncia de Jesús sobre el templo y su aviso de destrucción nos hablan de la caída de las seguridades. Solo Dios es digno de fe y nada puede sustituirle. El mensaje sobre la destrucción del templo está unido a la advertencia de la persecución y los problemas para quienes sigan los pasos de Jesús. Si a Él lo han perseguido, también serán perseguidos sus discípulos. La advertencia del Evangelio es clara: no hay que temer, Dios mismo es quien nos protege y nos cuida. La fe en el Señor es la mayor garantía para el creyente.

No podemos equivocarnos nuestra fe. Las viejas seguridades desaparecen y se acaban. Nosotros reconocemos al Hijo de Dios y ponemos en Él nuestra esperanza, sabemos que solo Él nos salva y nos da la vida. Los cristianos no ponemos nuestra confianza en el prestigio, el dinero o la fama. Nuestra seguridad es Dios. Hoy es el tiempo de la autenticidad y de la fe. Solo en Dios descansa y se apoya nuestra vida.

Cuando se acerca el final del Año de la Misericordia, convocado por el papa Francisco, sentimos que este tiempo de gracia nos ha ayudado *«a sentir la gran alegría de creer, a reavivar la percepción de la amplitud de horizontes que la fe nos desvela, para confesarla en su unidad e integridad, fieles a la memoria del Señor, sostenidos por su presencia y por la acción del Espíritu Santo»* (Lumen fidei 5).

La fe vivida, expresada y celebrada hace más grande y más plena la vida, nos da luz y valentía, nos aporta un clave de sentido para afrontar la existencia. También nos ayuda a ser testigos del Evangelio, a pesar de nuestras limitaciones y de las dificultades que nos encontremos. Sabemos que *«la luz de la fe no disipa todas nuestras tinieblas, sino que, como una lámpara, guía nuestros pasos en la noche, y esto basta para caminar»* (Lumen fidei 57). Al escuchar la Palabra de Dios, ponemos nuestra mirada en Cristo; es quien inició y completa nuestra fe. Dios es quien tiene la última palabra; estemos vigilantes, preparados y perseverantes para dejarnos sostener y guiar por Él.

DOMINGO DE CRISTO REY

1ª lectura (2º Samuel 5, 1-3): ***Hueso tuyo y carne tuya somos.***

Salmo (121, 1-2.4-5): **«Vamos alegres a la casa del Señor»**

2ª lectura (Colosenses 1, 12-20): ***Damos gracias a Dios Padre.***

Evangelio (Lucas 23, 35-43): ***Acuérdate de mí cuando llegues a tu reino.***

La historia, que tanto enseña, nos ha transmitido la inquietud de los pueblos antiguos por conseguir una forma de convivencia que nos hiciera sentir una sensación de seguridad, la madre de la paz que consistía en vivir concentrado en las propias tareas vitales y familiares sin miedo a que viniera el poderoso de turno y decidiera poner fin a todo lo logrado. Mientras los grupos humanos eran pequeños (dimensiones de clan), esa función la ostentaba el anciano que iba diciendo, sobre la marcha, las actividades a realizar para satisfacer las necesidades de su comunidad familiar. La ampliación del grupo hizo imposible esa dirección por parte de un anciano. Hubo que institucionalizar de forma estable el gobierno, y al elegido se le llamó rey.

Para asegurarse que sus decisiones no serían arbitrarias, origen de la inseguridad, se le pedían unos criterios claros de la convivencia a los que su comportamiento se ajustaría (justicia). Así, al atenerse a todos esos criterios, sabían de antemano lo que podían esperar y no temer. Por eso un rey se apresuraba a dar leyes que transmitieran el compromiso de ajustarse a unos criterios claros en la relación con su pueblo. Eso es lo que nos transmiten las narraciones del pueblo judío en el desierto nada más salir de Egipto. Allí Dios da una Ley al pueblo, hace un pacto, sella una alianza, con la cual todos saben a qué atenerse y que puede esperar (seguridad).

Pero el miedo que invadía a los miembros de los pueblos, impregnaba hasta la ropa interior al rey, siempre temeroso de ser desplazado. Por eso solía ejercer el poder con un control exagerado de la justicia acercando el agua a su molino. El miedo de unos a ser avasallados y el del otro a ser destronado, creaba unas relaciones de recelo mutuo. Hoy, la segunda lectura da en el clavo al hablarnos de Dios como Rey. Porque no tiene miedo, tampoco tiene que apoyarse en la justicia legal. Es el Rey del perdón de los pecados. No aplica la justicia sino el amor, mira la necesidad humana, y se rige por la comprensión, pues ve la realidad de nuestra pobreza. Porque no tiene miedo no transmite miedo sino paz.

Grandeza y complejidad intensa la de las lecturas que proclamamos poniendo fin al año litúrgico. En el Adviento (auténtico comienzo de nuestras celebraciones anuales) del ciclo que se va a abrir inmediatamente como preparación para la Navidad, seguiremos paso a paso reflexionando entre la vida de Jesús que iremos evocando y la nuestra que nos irá preocupando.

Celebramos la fiesta de Jesús, ese pobre hombre, caminante obsesivo por encontrarse con otros caminantes y provocador de conversaciones hondas, sinceras, vitales, que hacen descubrir a sus interlocutores dimensiones nuevas en el camino de la vida que creían trillado y archiconocido. Hoy nosotros lo proclamamos como nuestro Rey. Hoy, el encuentro es dramático y el escenario de ese encuentro, terrible. Un patíbulo, el escenario de la muerte, es el marco de la escena donde Jesús coincide con otros dos que, como Él mismo, son los protagonistas de esa muerte. No es, pues, un momento de broma para ellos, aunque algún espectador si se lo tome a chiste.

Cuando la vida percibe su final y la muerte se convierte en el presente que uno tiene ante sus ojos, la mirada y la palabra, expresiones sinceras del corazón, se dirigen a suplicar lo que cada uno, todavía, espera. Cada uno lo hará desde ese hoy que condiciona su angustia, pero también desde la perspectiva que le otorga su convicción profunda.

Los últimos compañeros de Jesús en su vida vuelven a ser los del estrato social que le han acompañado siempre, marginales, en este caso de la justicia, en otros de la economía, o de la religión, o de la cultura, o de la comprensión. En todo caso, siempre de los que viven con intensidad los interrogantes y las inseguridades de la vida; por lo tanto, los que no tienen dónde ocultar su experiencia desnuda y cruda de la vida.

Uno de ellos, con la lógica de quien busca prolongar el último aliento de vida, pide una manifestación de poder que descomponga los hilos de este mundo y muestre, bien a las claras y por la tremenda, quién es Él, si realmente es cierto. Otro, desde el reconocimiento de su condición, descubre la dimensión oculta de Jesús y se abre a la súplica de aceptación y de perdón. Sin alharacas, sin ruidos, sin portentos, con la sinceridad de quien se sabe perdido desde la ley y desde el merecimiento. Solo el amor lo puede salvar.

Hoy, estas palabras nos remite a nuestro hoy vital y religioso, a nuestro mundo y nuestro tiempo, con las angustias y las impotencias. Pues hoy también escuchamos la misma promesa de Jesús: **«Hoy estarás conmigo en el paraíso»**. Hoy podemos ya disfrutar de la paz y la confianza de sabernos queridos y perdonados por un Dios que no elige el boato y la apariencia de nuestros gestos grandiosos sino la sencillez silenciosa de quien no necesita manifestaciones pomposas porque reina promoviendo perdón, confianza, esperanza y paz.